

Boris Vian

EL LOBO-HOMBRE

Traducción de J. B. Alique

CÍRCULO DE LECTORES

Título de la edición original: *Le loup-garou*
Traducción del francés: J. B. Alique
Diseño: Winfried Bährle

Círculo de Lectores, S.A.
Valencia 344, 08009 Barcelona
1357909028642

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Tusquets Editores
Está prohibida la venta de este libro a personas que no
pertenezcan a Círculo de Lectores.

© Ursula Vian
© Christian Bourgois Editeur, 1970

Depósito legal: B. 333-1990
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a.
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts
Barcelona, 1990. Printed in Spain
ISBN 84-226-3087-7
N.º 33647

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos más oferta en libros digitales, y sobre todo que los precios sean razonables.

PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:
NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.
Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.
Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.

Índice

El lobo-hombre	6
Un corazón de oro.....	16
Las murallas del sur	21
El amor es ciego.....	42
Martin me telefoneó.....	51
Marsella comenzaba a despertar	65
Los perros, el deseo y la muerte.....	72
Mala pata	80
Una triste historia.....	86
El pensador	95
Fiesta en casa de Léobille	100
El mirón.....	109
El peligro de los clásicos.....	117

El lobo-hombre

En el Bois des Fausses-Reposes¹, al pie de la costa de Picardía, vivía un muy agraciado lobo adulto de negro pelaje y grandes ojos rojos. Se llamaba Denis, y su distracción favorita consistía en contemplar cómo se ponían a todo gas los coches procedentes de Ville-d'Avray, para acometer la lustrosa pendiente sobre la que un aguacero extiende, de vez en cuando, el oliváceo reflejo de los árboles majestuosos. También le gustaba, en las tardes de estío, merodear por las espesuras para sorprender a los impacientes enamorados en su lucha con el enredo de las cintas elásticas que, desgraciadamente, complican en la actualidad lo esencial de la lencería. Consideraba con filosofía el resultado de tales afanes, en ocasiones coronados por el éxito, y, meneando la cabeza, se alejaba púdicamente cuando ocurría que una víctima complaciente era pasada, como suele decirse, por la piedra. Descendiente de un antiguo linaje de lobos civilizados, Denis se alimentaba de hierba y de jacintos azules, dieta que reforzaba en otoño con algunos champiñones escogidos y, en invierno, muy a su pesar, con botellas de leche birladas al gran camión amarillo de la Central. La leche le producía náuseas, a causa de su sabor animal y, de noviembre a febrero, maldecía la inclemencia de una estación que le obligaba a estragarse de tal manera el estómago.

Denis vivía en buenas relaciones con sus vecinos, pues éstos, dada su discreción, ignoraban incluso que existiese. Moraba en una pequeña caverna excavada, muchos años atrás, por un desesperado buscador de oro, quien, castigado por la mala fortuna durante toda su vida, y convencido de no llegar a encontrar jamás el «cesto de las naranjas» (cito a Louis Bousсенard)², había decidido acabar sus días en clima templado sin dejar de practicar, empero, excavaciones tan infructuosas como maníacas. En dicha cueva Denis se acondicionó una confortable guarida que, con el paso del tiempo, adornó con ruedas, tuercas y otros recambios de automóvil recogidos por él mismo en la carretera, donde los accidentes eran el pan nuestro de cada día. Apasionado de la mecánica, disfrutaba contemplando sus trofeos, y soñaba con el taller de reparaciones que, sin lugar a dudas, habría de poner algún día. Cuatro bielas de aleación ligera sostenían la cubierta de maletero utilizada a manera de mesa; la

¹ *Fausses-Reposes*: Falsos-Sosiegos. (N. del T.)

² Escritor, viajero y novelista francés (1847-1910). (N. del T.)

cama la conformaban los asientos de cuero de un antiguo Amílcar que se enamoró, al pasar, de un opulento y robusto plátano; y sendos neumáticos constituían marcos lujosos para los retratos de unos progenitores siempre bien queridos. El conjunto armonizaba exquisitamente con los elementos más triviales reunidos, en otros tiempos, por el buscador.

Cierta apacible velada de agosto, Denis se daba con parsimonia su cotidiano paseo digestivo. La luna llena recortaba las hojas como encaje de sombras. Al quedar expuestos a la luz, los ojos de Denis cobraban los tenues reflejos rubíes del vino de Arbois. Aproximábase ya al roble que constituía el término ordinario de su andadura, cuando la fatalidad hizo cruzarse en su camino al Mago del Siam,³ cuyo verdadero nombre se escribía Etienne Pample, y a la diminuta Lisette Cachou, morena camarera del restaurante Groneil arrastrada por el mago con algún pretexto ingenioso a las Fausses-Reposes. Lisette estrenaba un corsé Obsesión último diseño, cuya destrucción acababa de costar seis horas al Mago del Siam, y era a tal circunstancia, a la que Denis debía agradecer tan tardío encuentro.

Por desgracia para este último, la situación era en extremo desfavorable. Medianoche en punto; el Mago del Siam con los nervios de punta; y, dándose en abundancia por los alrededores, la consuelda, el licopodio y el conejo albo que, desde hace poco, acompañan inevitablemente los fenómenos de licantropía o, mejor dicho, de antropolicandría, como tendremos ocasión de leer en las páginas que siguen. Enfurecido por la aparición de Denis que, sin embargo, se alejaba ya tan discreto como siempre barbotando una excusa, y desencantado también de Lisette, por cuya culpa conservaba un exceso de energía que pedía a gritos ser descargada de una u otra manera, el Mago del Siam se abalanzó sobre la inocente bestia, mordiéndole cruelmente el codillo. Con un gáñido de angustia, Denis escapó a galope. De regreso a su guarida, se sintió vencido por una fatiga fuera de lo común, y quedó sumido en un sueño muy pesado, entrecortado por turbulentas pesadillas.

No obstante, poco a poco fue olvidando el incidente, y los días volvieron a pasar tan idénticos como diversos. El otoño se acercaba y, con él, las mareas de septiembre, que producen el curioso efecto de arrebolar las hojas de los árboles. Denis se atracaba de niscalos y de setas, llegando a atrapar a veces alguna peziza casi invisible sobre su plinto de cortezas, mas huía como de la peste del indigesto lengua de buey. Los bosques, a la sazón, se vaciaban a muy temprana hora de paseantes y Denis se acostaba más temprano. Sin embargo, no por eso descansaba mejor, y en la agonía de noches entreveradas de pesadillas, se despertaba con la boca pastosa y los miembros agarrotados. Incluso sentía menguar paulatinamente su pasión por la mecánica, y el mediodía le sorprendía cada vez con más frecuencia amodorrado y sujetando con una zarpa inerte el trapo con el que debía haber lustrado una pieza de latón cardenillo. Su reposo se

³ No se trata del país asiático sino de determinada modalidad del juego de bolos. (N. del T.)

hacía cada vez más desasosegado, y a Denis le preocupaba no descubrir las razones.

Tiritando de fiebre y sobrecogido por una intensa sensación de frío, en mitad de la noche de luna llena despertó brutalmente de su sueño. Se frotó los ojos, quedó sorprendido del extraño efecto que sintió y, a tientas, buscó una luz. Tan pronto como hubo conectado el soberbio faro que le legase algunos meses atrás un enloquecido Mercedes, el deslumbrante resplandor del aparato iluminó los recovecos de la caverna. Titubeante, avanzó hacia el retrovisor que tenía instalado justo encima de la coqueta. Y si ya le había asombrado darse cuenta de que estaba de pie sobre las patas traseras, aún quedó más maravillado cuando sus ojos se posaron sobre la imagen reflejada en el espejo. En la pequeña y circular superficie le hacía frente, en efecto, un extravagante y blancuzco rostro por completo desprovisto de pelaje, y en el que sólo dos llamativos ojos rufos recordaban su anterior apariencia. Dejando escapar un breve grito inarticulado se miró el cuerpo y al instante comprendió la causa de aquel frío sobrecogedor que le atenazaba por todas partes. Su abundante pelambreira negra había desaparecido. Bajo sus ojos se alargaba el malformado cuerpo de uno de estos humanos de cuya impericia amorosa solía con tanta frecuencia burlarse.

Resultaba forzoso moverse con presteza. Denis se abalanzó hacia el baúl atiborrado de las más diferentes ropas, reunidas según el caprichoso azar de la sucesión de los accidentes. El instinto le hizo escoger un traje gris con rayitas blancas, de aspecto bastante distinguido, con el cual combinó una camisa lisa de tono tallo de rosa, y una corbata burdeos. Cuando estuvo cubierto con tal indumentaria, admirado todavía de poder conservar un equilibrio que en absoluto comprendía, empezó a sentirse mejor, y los dientes cesaron de castañetearle. Fue entonces cuando su extraviada mirada vino a fijarse en el irregular y espeso montoncillo de negra pelambreira esparcido alrededor de su lecho, y no pudo impedir llorar su pérdida apariencia.

Hizo empero, un violento esfuerzo de voluntad para serenarse, e intentó explicarse el fenómeno. Sus lecturas le habían enseñado muchas cosas, y el asunto acabó por parecerle diáfano. El Mago del Siam debía ser un hombre-lobo y él, Denis, mordido por la alimaña, acababa de convertirse, recíprocamente, en ser humano.

Ante la idea de que debía disponerse a vivir en un mundo desconocido, en un primer momento se sintió presa de pánico. ¡Qué peligros no habría de correr como hombre entre los humanos! La evocación de las estériles competiciones a que se entregaban día y noche los conductores en tránsito de la Cote de Picardie le anticipaba simbólicamente la atroz existencia a la que, de buena o mala gana, sería preciso adaptarse. Pero luego reflexionó. Según todas las apariencias, y si los libros no mentían, la transformación habría de ser de duración limitada. Y en tal caso, ¿por qué no aprovecharla para hacer una incursión a la ciudad...? Llegados a este punto, preciso es reconocer que determinadas escenas entrevistas en el bosque se reprodujeron en la imaginación del lobo sin provocar

en él las mismas reacciones que antes. Al contrario: se sorprendió incluso pasándose la lengua por los labios, cosa que le permitió constatar de paso que, a pesar de la metamorfosis, seguía siendo tan puntiaguda como siempre.

Volvió al retrovisor para contemplarse más de cerca. Sus rasgos no le disgustaron tanto como había temido. Al abrir la boca pudo constatar que su paladar seguía siendo de un negro llamativo, y, por otro lado, que también conservaba incólume el control de sus orejas, tal vez una pizca sospechosas por ser en exceso alargadas y pilosas. Mas consideró que el rostro que se reflejaba en el pequeño y esférico espejo, con su forma oval un algo prolongada, su pigmentación mate y sus blancos dientes, haría un papel aceptable entre los que conocía. Así que, después de todo, lo mejor sería sacar partido de lo inevitable y aprender algo de provecho para el porvenir. Consideración no obstante la cual un ramalazo de prudencia le obligó antes de salir a hacerse con unas gafas oscuras que, en caso de necesidad, atemperarían la rojiza brillantez de sus cristalinios. Proveyóse asimismo de un impermeable que se echó al brazo, y ganó la puerta con paso decidido. Pocos instantes después, cargado con una maleta ligera, y olfateando una brisa matinal que parecía singularmente desprovista de fragancia, se encontraba en la cuneta de la carretera, alargando el pulgar sin complejo alguno al primer automóvil que divisó en lontananza. Había decidido ir en dirección a París aconsejado por la experiencia cotidiana de que los coches rara vez se detienen al empezar la cuesta arriba y sí, en cambio, cuesta abajo, cuando la gravedad les permite volver a arrancar con facilidad.

Su elegante aspecto le reportó ser rápidamente aceptado como acompañante por una persona con no demasiada prisa. Y confortablemente acomodado a la derecha del conductor, se dispuso a abrir sus ardientes ojos a todo lo desconocido del vasto mundo. Veinte minutos más tarde se apeaba en la Plaza de la Opera. El tiempo estaba despejado y fresco, y la circulación se mantenía dentro de los límites de lo decente. Denis se lanzó osadamente entre los tachones del asfalto y, tomando el bulevar, caminó en dirección al Hotel Scribe, en el que alquiló una habitación con cuarto de baño y salón. Dejó su maleta al cuidado de la servidumbre y salió acto seguido a comprar una bicicleta.

La mañana se le fue en un abrir y cerrar de ojos. Fascinado, no sabía bien hacia dónde pedalear. En el fondo de su yo experimentaba, sin lugar a dudas, el íntimo y oculto deseo de buscar un lobo para morderle, pero pensaba que no le resultaría demasiado fácil encontrar una víctima y, por otro lado, quería evitar dejarse influenciar en demasía por el contenido de los tratados. No ignoraba en absoluto que, con un poco de suerte, no le sería imposible acercarse a los animales del Jardín des Plantes, pero prefirió reservar tal posibilidad para un momento de mayor apremio. La flamante bicicleta absorbía en aquel momento toda su atención. Aquel artilugio niquelado le encandilaba, y, por otra parte, no dejaría de serle útil a la hora de regresar a su guarida.

A mediodía estacionó la máquina delante del hotel, ante la mirada un tanto reticente del portero. Pero su elegancia, y sobre todo aquellos ojos que

semejaban carbúnculos, parecían privar a la gente de la capacidad de hacerle el más mínimo reproche. Con el corazón exultante de alegría, se entretuvo en la búsqueda de un restaurante. Finalmente eligió uno tan discreto como de buena pinta. Las aglomeraciones le impresionaban todavía y, a pesar de la amplitud de su cultura general, temía que sus maneras pudiesen evidenciar un ligero provincianismo. Por eso pidió un sitio apartado y diligencia en el servicio.

Pero lo que Denis ignoraba era que precisamente en ese lugar de tan sosegado aspecto se celebraba, justo aquel día, la reunión mensual de los Aficionados al Pez de Agua Dulce Rambouilletiano. Cuando estaba a medio comer vio irrumpir de repente una comitiva de caballeros de resplandeciente tez y joviales maneras que, en un abrir y cerrar de ojos, ocuparon siete mesas de cuatro cubiertos cada una. Ante tan súbita invasión, Denis frunció el ceño. Mas, como se temía, el *maître* acabó por acercarse cortésmente a la suya.

—Lo siento mucho, señor —dijo aquel hombre lampiño y cabezón—, ¿pero podría hacernos el favor de compartir su mesa con la señorita?

Denis echó una ojeada a la zagala, desfrunciendo el ceño al mismo tiempo.

—Encantado —dijo incorporándose a medias.

—Gracias, caballero —gorjeó la criatura con voz musical. Voz de sierra musical, para ser más exactos.

—Si usted me lo agradece a mí —prosiguió Denis— ¿a quién deberé yo? Agradecérselo, se sobreentiende.

—A la clásica providencia, sin duda —opinó la monada.

Y a continuación dejó caer su bolso, que Denis recogió al vuelo.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¡Tiene usted unos reflejos extraordinarios!

—Si... —confirmó Denis.

—Sus ojos son también bastante extraños —añadió la joven al cabo de cinco minutos—. Los veo parecidos a... a...

—¡Ah! —comentó Denis.

—A granates —concluyó ella.

—Es la guerra... —musitó Denis.

—No le entiendo...

—Quería decir —explicó Denis—, que esperaba que le recordasen a rubíes. Pero al oír que sólo ha dicho granates, no he podido por menos que pensar en restricciones. Concepto que, por una relación de causa efecto, me ha llevado acto seguido al de guerra.

—¿Estudió usted Ciencias Políticas? —preguntó la morenita.

—Le juro que no volveré a hacerlo.

—Le encuentro bastante fascinante —aseguró llanamente la señorita, que, entre nosotros, lo había dejado de ser muchas ya más veces de las que pudiera contar.

—De buena gana le devolvería el piropo, pero pasándolo al género femenino —expresóse Denis, madrigalesco.

Salieron juntos del restaurante. La lagarta confió al lobo convertido en

hombre que, no lejos de allí, ocupaba una encantadora habitación en el Hotel del Pasapurés de Plata.

—¿Por qué no viene a ver mi colección de grabados japoneses? —acabó susurrando al oído de Denis.

—¿Sería prudente? —inquirió éste—. ¿Su marido, su hermano o algún otro de sus parientes no lo vería con inquietud?

—Digamos que soy un poco huérfana —gimió la pequeña, haciéndole cosquillas a una lágrima con la punta de su ahusado índice.

—Una verdadera lástima —comentó cortésmente su distinguido acompañante.

Al llegar al hotel creyó darse cuenta de que el recepcionista parecía llamativamente distraído. También constató que tanta felpa roja amortiguante hacía diferir notablemente ese establecimiento de aquel otro en el que él se había alojado. Pero en la escalera se distrajo contemplando primero las medias y luego las pantorrillas, inmediatamente adyacentes, de la señorita. En el afán de instruirse, la dejó tomar hasta seis escalones de ventaja. Y una vez que se creyó bastante instruido, apretó nuevamente el paso.

Por lo que tenía de cómica, la idea de fornicar con una mujer no dejaba de chocarle. Pero la evocación de Fausses-Reposes hizo desaparecer finalmente aquel elemento retardatario y, muy pronto se encontró en condiciones de poner en práctica con el tacto, los conocimientos que en el añorado bosque le entraran por la vista. Llegados a determinado punto plugo a la hermosa reconocerse, a gritos, satisfecha; y el artificio de tales afirmaciones, mediante las cuales aseguraba haber llegado a la cúspide, pasó inadvertido al entendimiento poco experimentado en ese terreno del bueno de Denis.

Apenas si comenzaba éste a salir de una especie de coma bastante distinto de todo cuanto hubiese conocido hasta entonces, cuando oyó sonar el despertador. Sofocado y pálido, se incorporó a medias en el lecho y quedó boquiabierto viendo cómo su compañera, con el culo al aire, dicho sea con todo respeto, registraba con diligencia el bolsillo interior de su americana.

—¿Desea una foto mía? —dijo sin pensarlo dos veces, creyendo haber comprendido.

Se sintió halagado pero, por el sobresalto que empinó la bipartita semiesfera que ante sus narices tenía, al instante se dio cuenta del inmenso error de tan aventurada suposición.

—Esto... eh... sí, querido mío —acabó por decir la dulce ninfa, sin saber muy bien si se le estaba o no tomando la cabellera.

Denis volvió a fruncir el ceño. Se levantó, y fue a comprobar el contenido de su cartera.

—¡Así que es usted una de esas hembras cuyas indecencias pueden leerse en la literatura del señor Mauriac! —explotó finalmente—. ¡Una prostituta, por decirlo de algún modo!

Se disponía ella a replicar, y en qué tono, que se cagaba en tal y en cual, que

se lo montaba con su cuerpo serrano, y que no acostumbraba a tirarse a los pasmados por el gusto de hacerlo, cuando un cegador destello procedente de los ojos del lobo antropomorfizado le hizo tragarse todos y cada uno de los proyectados exabruptos. De las órbitas de Denis emanaban, en efecto, dos incesantes centellas rojas que, cebándose en los globos oculares de la morenita, la sumieron en muy curiosa confusión.

—¡Haga el favor de cubrirse y de largarse en el acto! —sugirió Denis.

Y para aumentar el efecto, tuvo la inesperada idea de lanzar un aullido. Hasta entonces, nunca semejante inspiración se le había pasado por las mientes. Mas, a pesar de tal falta de experiencia, la cosa resonó de manera sobrecogedora.

Aterrorizada, la damisela se vistió sin decir ni pío, en menos tiempo del que necesita un reloj de péndulo para dar las doce campanadas. Una vez solo, Denis se echó a reír. Se sentía asaltado por una viciosa sensación bastante excitante.

—Debe ser el sabor de la venganza —aventuró en voz alta.

Volvió a poner donde correspondía cada uno de sus avíos, se lavó donde más lo necesitaba y salió a la calle. Había caído la noche, el bulevar resplandecía de manera maravillosa.

No había caminado ni dos metros, cuando tres individuos se le acercaron. Vestidos un poco llamativamente, con ternos demasiado claros, sombreros demasiado nuevos y zapatos demasiado lustrados, lo cercaron.

—¿Podemos hablar con usted? —dijo el más delgado de todos, un aceitunado de recortado bigotillo.

—¿De qué? —se asombró Denis.

—No te hagas el tonto —profirió uno de los otros dos, coloradote y grueso.

—Entremos ahí... —propuso el aceitunado según pasaban por delante de un bar.

Lleno de curiosidad, Denis entró. Hasta aquel momento, la aventura le parecía interesante.

—¿Saben jugar al bridge? —preguntó a sus acompañantes.

—Pronto vas a necesitar uno ⁴ —sentenció el grueso coloradote sombríamente. Parecía irritado.

—Querido amigo —dijo el aceitunado una vez que hubieron tomado asiento—, acaba usted de comportarse de una manera muy poco correcta con una jovencita.

Denis comenzó a reír a mandíbula batiente.

—¡Le hace gracia al muy rufián! —observó el colorado—. Ya veréis como dentro de poco le hace menos.

—Da la casualidad —prosiguió el flaco— de que los intereses de esa muchacha son también los nuestros.

Denis comprendió de repente.

⁴ Juego de palabras. En inglés, *bridge*, además del juego de cartas, significa «puente». (N. del T.)

—Ahora entiendo —dijo—. Ustedes son sus chulos.

Los tres se levantaron como movidos por un resorte.

—¡No nos busques las vueltas! —amenazó el más grueso.

Denis los contemplaba.

—Noto que voy a encolerizarme —dijo finalmente con mucha calma—. Será la primera vez en mi vida, pero reconozco la sensación. Tal como ocurre en los libros.

Los tres individuos parecían desorientados.

—¡Arreglado vas si piensas que nos asustas, gilipollas! —tronó el grueso.

Al tercero no le gustaba hablar. Cerrando el puño, tomó impulso. Cuando estaba a punto de alcanzar el mentón de Denis, éste se zafó, atrapó de una dentellada la muñeca del agresor y apretó. La cosa debió doler.

Una botella vino a aterrizar sobre la cabeza de Denis, que parpadeó y reculó.

—Te vamos a escabechar —dijo el aceitunado.

El bar se había quedado vacío. Denis saltó por encima de la mesa y del adversario gordo. Sorprendido, éste se quedó un instante aturdido, pero llegó a tener el reflejo de agarrar uno de los pies calzados de ante del solitario de Fausses-Reposes.

Siguió una breve refriega al final de la cual, Denis, con el cuello de la camisa desgarrado, se contempló en el espejo. Una cuchillada le adornaba la mejilla, y uno de sus ojos tendía al índigo. Prestamente, acomodó los tres cuerpos inertes bajo las banquetas. El corazón le latía con furia. Y, de repente, sus ojos fueron a fijarse en un reloj de pared. Las once.

«¡Por mis barbas», pensó, «es hora de marcharse!»

Se puso apresuradamente las gafas oscuras y corrió hacia su hotel. Sentía el alma pletórica de odio, pero la proximidad de su partida le apaciguó.

Pagó la cuenta, recogió el equipaje, montó en su bicicleta, y se puso a pedalear incansablemente como un verdadero Coppi.

Estaba llegando al puente de Saint-Cloud, cuando un agente le dio el alto.

—¿O sea que va usted sin luces? —preguntó aquel hombre semejante a tantos otros.

—¿Cómo? —se extrañó Denis—. ¿Y por qué no? Veo de sobra.

—No se llevan para ver —explicó el agente— sino para que le vean a uno. ¿Y si le ocurre un accidente? Entonces, ¿qué?

—¡Ah! —exclamó Denis—. Sí; tiene usted razón. ¿Pero puede explicarme cómo funcionan las luces de este armatoste?

—¿Se está burlando de mí? —indagó el alguacil.

—Escuche —se puso serio Denis—. Llevo tanta prisa que ni siquiera tengo tiempo de reírme de nadie.

—¿Quiere usted que le ponga una multa? —dijo el infecto municipal.

—Es usted pelmazo de más —replicó el lobo ciclista.

—¡De acuerdo! —sentenció el innoble bellaco—. Pues ahí va...

Y sacando la libreta y un bolígrafo, bajó la nariz un instante.

—¿Su nombre, por favor? —preguntó volviendo a levantarla.

Después, sopló con todas sus fuerzas en el interior de su tubito sonoro, pues, muy lejos ya, alcanzó a ver la bicicleta de Denis lanzada, con él encima, al asalto del repecho.

En el mencionado asalto, Denis echó el resto. Al asfalto, pasmado, no le quedaba más que ceder ante su furioso avance. La costana de Saint-Cloud quedó atrás en un abrir y cerrar de ojos. Atravesó a continuación la parte de la ciudad que costea Montretout⁵ —fina alusión a los sátiros que vagan por el parque dedicado al antes nombrado santo y giró después a la izquierda, en dirección hacia el Pont Noir y Ville-d'Avray. Al salir de tan noble ciudad y pasar frente al Restaurante Cabassud, advirtió cierta agitación a sus espaldas. Forzó la marcha y, sin previo aviso, se internó por un camino forestal. El tiempo apremiaba. A lo lejos, de repente, algún carillón comenzaba a anunciar la llegada de la medianoche.

Desde la primera campanada, Denis notó que la cosa no marchaba. Cada vez le costaba más trabajo llegar a los pedales; sus piernas parecían irse acortando paulatinamente. A la luz del claro de luna seguía sin embargo escalando, montado sobre su rayo mecánico, por entre la gravilla del camino de tierra. Pero en cierto momento se fijó en su sombra: hocico alargado, orejas erguidas. Y al instante dio de morros en el suelo, pues un lobo en bicicleta carece de estabilidad.

Felizmente para él. Pues apenas tocó tierra se perdió de un salto en la espesura. La moto del policía, entretanto, colisionó ruidosamente contra la recién caída bicicleta. El motorista perdió un testículo en la acción a la vez que el treinta y nueve por ciento de su capacidad auditiva.

Apenas recobrada la apariencia de lobo y sin dejar de trotar hacia su guarida, Denis consideró el extraño frenesí que lo había asaltado bajo las humanas vestiduras de segunda mano. Él, tan apacible y tranquilo de ordinario, había visto evaporarse en el aire tanto sus buenos principios como su mansedumbre. La ira vengadora, cuyos efectos se habían manifestado sobre los tres chulos de la Madeleine —uno de los cuales, apresurémonos a decirlo en descargo de los verdaderos chulos, cobraba sueldo de la Prefectura, Brigada Mundana—, le parecía a la vez inimaginable y fascinante. Meneó la cabeza. ¡Qué mala suerte la mordedura del Mago del Siam! Felizmente, pensó no obstante, la penosa transformación habría de limitarse a los días de plenilunio. Pero no dejaba de sentir sus secuelas, y esa cólera latente, ese deseo de venganza no dejaban de inquietarlo.

(1947)

⁵ *Montretout* podría ser traducido, aproximadamente, como «enséñalotodo». (N. del T.)

Un corazón de oro

1

Aulne caminaba pegado a la pared y cada cuatro pasos miraba hacia atrás con gesto receloso. Acababa de robar el corazón de oro del padre Mimile. Por supuesto, se había visto forzado a destripar un poco al pobre hombre, y, en particular, a hundirle el tórax a golpes de podadera. Pero, cuando hay de por medio un corazón de oro, no es cuestión de pararse en barras en cuanto a procedimientos.

Cuando hubo caminado trescientos metros, se quitó de manera ostentosa su gorra de ladrón y, tirándola a una alcantarilla, la reemplazó por el sombrero flexible de un hombre honrado. Su paso se hizo más seguro. Sin embargo, el corazón de oro del padre Mimile, todavía caliente, no cesaba de molestarle, porque seguía latiéndole desagradablemente en el bolsillo. Además, le hubiera gustado contemplarlo con tranquilidad, pues era un corazón que, con sólo verlo, ponía a cualquiera casi en la obligación de delinquir.

Ciento veinte brazas más adelante y aprovechando una alcantarilla de dimensiones superiores a las de la anterior, Aulne se desembarazó de la porra y de la podadera. Ambos instrumentos estaban recubiertos de cabellos pegados y de sangre, y como a Aulne le gustaba hacer las cosas cuidadosamente, seguro que también abundaban de huellas digitales. Sin embargo, conservó, sin tocarla la misma indumentaria, por completo salpicada de sangre pegajosa, pues, dado que a los viandantes no les suele caber en la cabeza que un asesino vista como todo el mundo, tampoco era cuestión de infringir el código del medio.

En la parada de taxis eligió uno bien vistoso y reconocible. Se trataba de un antiguo Bernazizi, modelo 1923, con asientos de imitación esterilla, trasero puntiagudo, conductor tuerto y parachoques de atrás medio caído. Los colores frambuesa y amarillo de la capota de satén rayado añadían al conjunto un toque inolvidable. Aulne pasó a su interior.

—¿Dónde le llevo, burgués? —preguntó el chófer, un ruso ucraniano a juzgar por su acento.

—Dé la vuelta a la manzana... —respondió Aulne.

—¿Cuántas veces?

—Todas las que sean necesarias hasta que la bofia nos eche el ojo encima.

—¡Ah, ah! —reflexionó el taxista de manera audible—. Bueno... bien... veamos... Como posiblemente me será difícil llegar a marchar con exceso de velocidad ¿qué le parece si circulo por la izquierda? ¿Eh?

—Correcto —aceptó Aulne.

Bajó a tope la capota y se sentó lo más estirado posible para que pudiera verse con facilidad la sangre que adornaba su indumentaria. Eso, combinado con el sombrero de hombre honrado que lucía, haría evidente a cualquiera que tenía algo que ocultar.

Cuando llevaban dadas doce vueltas, se cruzaron con uno de los poneys de caza matriculados con la contraseña de la policía. El caballito estaba pintado de gris metálico y la ligera carreta de mimbre que arrastraba llevaba en los laterales el escudo de la ciudad. Tras olfatear el Bernazizi, el animal relincho.

—La cosa marcha —comentó Aulne—. Se disponen a darnos caza. Circule ahora por la derecha. Tampoco es cuestión de que nos arriesguemos a llevarnos a un chaval por delante.

A fin de que el poney pudiera seguirles sin fatigarse, el chófer redujo al mínimo la velocidad de marcha. Impasible, Aulne le dirigía. Así, enfilaron hacia el barrio de los altos edificios.

Un segundo poney, también pintado de gris, se reunió en seguida con el primero. En el interior de la carreta se encontraba un policía con uniforme de gala. De un vehículo a otro, y señalando a Aulne con el dedo, ambos funcionarios se ponían de acuerdo a voces, mientras que los poneys trotaban acompasadamente, levantando mucho las patas y moviendo la cabeza como suelen hacer los pichones.

A la vista de un edificio de aspecto propicio, Aulne dio orden al taxista de parar. A continuación, saltó con ligereza sobre la acera pasando por encima de la portezuela del automóvil, a fin de que los polis pudieran distinguir claramente las manchas de sangre sobre su indumentaria.

Acto seguido se metió en el edificio, llegándose a la escalera de servicio.

Sin apresurarse, subió hasta el último piso.

En él estaban los cuartos de la servidumbre. El suelo del pasillo, enladrillado con baldosas hexagonales, le trastornaba la vista. Podía elegir entre dos caminos: hacia la derecha o hacia la izquierda. El de la izquierda daba al patio interior, por donde se ventilaban los cuartos de baño, y acababa en un pequeño retrete. Se internó en él allí. Un tragaluz bastante alto empezó a chorrear de improviso delante de él. Una escalera hermosa como un sol estaba colocada al fondo. En aquel preciso momento, Aulne comenzó a oír resonar los pasos de los polizontes en la escalera. Sin pensarlo dos veces, se encaramó con presteza al tejado.

Una vez allí, respiró profundamente para recobrar el aliento antes de la inevitable persecución. El aire tragado en gran cantidad le sería de mucha utilidad para la bajada.

Corrió por la suave pendiente del tejado construido al estilo de Mansard⁶. Se detuvo al borde del empinado voladizo y, girando sobre sí mismo, dio la espalda al vacío. A continuación, se agachó y se ayudó con las manos para aterrizar sobre ambos pies en el canalón.

Recorrió aquel saliente de cinc casi vertical al muro. Abajo, el pavimentado patio parecía minúsculo, con cinco cubos de la basura, todos ellos bien alineados, un viejo escobón que semejaba un pincel y un cajón casi repleto de desperdicios.

Sería preciso descender a lo largo del muro exterior y penetrar en uno de los cuartos de baño del edificio contiguo, es decir, aquellos cuyas ventanas se abrían en la pared de enfrente. Para ello podían utilizarse los garfios clavados en los muros de todo patio interior. Colocando los pies en alguno de ellos, trataba de aferrarse con las dos manos al alféizar de la ventana elegida, y acto seguido subir el cuerpo a pulso. El oficio de asesino no resulta, en verdad, nada descansado. Aulne se lanzó por los herrumbrosos barrotes.

Arriba, los polizontes armaban todo el bullicio posible corriendo en círculo sobre el tejado y pisando con sus zapatones. De ese modo, cumplían estrictamente con el plan piloto de sonorización de persecuciones establecido por la Prefectura.

2

La puerta estaba cerrada, pues los padres de Brise-Bonbon (Masca-Caramelos) habían salido, y Brise-Bonbon se bastaba para guardar la casa él solito. A los seis años no queda tiempo para aburrirse en un apartamento en el que siempre hay a mano jarrones por romper, cortinas por quemar, alfombras por manchar y tabiques que se pueden decorar con huellas digitales de todas las tonalidades, interesante forma de aplicación de los colores reputados como no peligrosos en el sistema de Bertillon⁷. Ni si se dispone, por añadidura, de un cuarto de baño, de grifos que funcionan, de cosas que flotan y, para mondar los tapones... de la navaja de afeitar del padre, una hermosa y afilada hoja.

Al oír ruidos en el patio interior al que daba el cuarto de baño de su casa, Brise-Bonbon abrió del todo los entreabiertos batientes de la ventana para ver mejor. Ante sus narices, dos grandes manos de hombre vinieron a aferrarse al

⁶ Arquitecto francés (1598-1666). En francés *mansarde* = buhardilla. (N. del T.)

⁷ Médico y antropólogo francés (1853-1914) que inventó un sistema de identificación de delincuentes basado, entre otros datos antropométricos, en el color de los ojos. (N. del T.)

reborde del vano de piedra. Congestionada por el esfuerzo, la cabeza de Aulne acabó por aparecer ante los interesados ojos del niño.

Quizá el perseguido había sobrevalorado sus capacidades gimnásticas, lo cierto es que no pudo subir a pulso al primer intento. Como las manos aguantaban bien donde las había puesto, se dejó caer a lo largo de toda la extensión de los brazos con intención de recobrar el aliento.

Con mucha dulzura, Brise-Bonbon levantó la navaja de afeitar que tenía bien agarrada, y pasó la afilada lámina sobre los nudillos blancos y tensos del asesino. Las manos de éste, en verdad, eran muy carnosas.

El corazón de oro del padre Mimile tiró de Aulne hacia abajo con todas sus fuerzas cuando las manos le comenzaron a sangrar. Uno a uno, los tendones fueron saltando como las cuerdas de una guitarra. A cada tajo, resonaba una débil nota. Finalmente, quedaron sobre el alféizar diez falangetas exangües. De cada una manaba todavía un hilillo purpúreo. Por su parte el cuerpo de Aulne rozó la pared de piedra, rebotó en la cornisa del entresuelo y vino a dar con sus huesos en el cajón de los desperdicios. Bien podía quedarse allí: los traperos se encargarían de él a la mañana siguiente.

(1949)

Las murallas del sur

1

Cubierto de deudas como desde hacía muchísimos años no lo había estado, el Mayor decidió comprar un automóvil para pasar las vacaciones más agradablemente.

Con la intención de asegurarse una inmediata disponibilidad de fondos empezó por sablear a sus tres mejores amigos para costearse una curda de campeonato, pues su ojo de cristal estaba empezando a tender hacia el azul añil, y ello era síntoma de sed. La cosa le salió por tres mil francos, francos que sintió tanto menos, cuanto que en absoluto tenía la intención de devolverlos.

Dio así de entrada interés a la operación y se esforzó por complicarla todavía más, con intención de elevarla a la categoría de milagro pagano. Con ese fin se pagó una segunda borrachera con el dinero que le reportó la venta de su cinturón de castidad medieval, cinturón claveteado de clavo de especia y fabricado con cuero repujado hasta perderse de vista.

No le quedaba gran cosa, pero, con todo, aún eran demasiadas. Pagó la mensualidad del alquiler con el reloj, cambió sus pantalones por unos calzones cortos, su camisa por una Lacoste y, astuto viejo, se puso a la búsqueda de alguna manera de gastar la calderilla que todavía le sobraba.

(En el curso de sus pesquisas tuvo la mala suerte de recibir una herencia, pero, por fortuna, rápidamente se enteró de que no podría disponer de ella antes de que pasaran varios meses, plazo que consideró más que suficiente.)

Le quedaban aún once francos y algunas provisiones. No podía ni pensar en irse en condiciones tales. Organizó, pues, en su casa, una juerga de medianas proporciones.

El sarao se celebró con toda felicidad y, al final del mismo, sólo tenía ya un paquetito de cien gramos de curry en polvo, ligeramente estropeado, con el que nadie había podido acabar. Contra sus previsiones, la muy apreciada sal de apio constituyó, en efecto, la base de la mayoría de los últimos cócteles servidos, despreciado como fue el curry previsto para tal uso.

(La insigne malaventura que parecía perseguir al Mayor quiso, no obstante,

que una de las invitadas olvidase el bolso en su casa, con nada menos que quinientos francos dentro. Parecía que habría que volver a empezar, cuando al Mayor, iluminado por una de aquellas geniales inspiraciones que le caracterizaban, le asaltó el deseo de irse de vacaciones provisto de un salvoconducto obtenido por los cauces legales. Es preciso que señalemos, antes de continuar, que fue aquella pretensión inaudita la que le salvó.)

2

El Mayor irrumpió en casa de su amigo el Bison⁸ cuando éste se sentaba a la mesa, entre sonoro entrechocar de mandíbulas, en compañía de su mujer y el Bisonnot. Se cocía, por una vez en la vida, un guiso de pasta hervida a cuya preparación la Bisonne se había dignado dedicar diez minutos. La familia entera se regocijaba con la idea de la consiguiente cuchipanda.

—¡Almorzaré con vosotros! —dijo el Mayor, estremecido de gula, al ver hervir la pasta.

—¡Cerdo! —le espetó el Bison—. Conque la has olido desde lejos, ¿eh?

—¡Exactamente! —contestó el Mayor, sirviéndose en el reparto un gran vaso de vino del que se guardaba especialmente para sus visitas, y al que se dejaba que se picase un algo para que tomase cierto regusto añadido a su sabor original, tan agradable al paladar como todos sabemos.

El Bison sacó un plato suplementario del aparador y lo colocó en la mesa, en el sitio que anteriormente había ocupado el Mayor. Éste se dejaba servir habitualmente y, contra la costumbre, no les cogía ojeriza a quienes de él se ocupaban.

—El asunto es el siguiente —dijo de repente—. ¿Dónde pensáis ir de vacaciones?

—A la orilla del mar —contestó el Bison—. Quiero conocerlo antes de morir.

—Me parece muy bien —concedió el Mayor—. Me compro un coche y os llevo a Saint-Jean-de-Luz.

—¡Alto ahí! —le paró el Bison—. ¿Tienes tela?

—¡Naturalmente que sí! —aseguró el Mayor—. Digamos que la tendré. No te preocupes por eso.

—¿Y sitio para alojarte?

—¡Naturalmente que también! —continuó el Mayor—. Mi abuela, que ya

⁸ Bisonte: se trata del propio Boris Vian, que gustaba de firmar *Bison Ravi* (Bisonte Embelesado), anagrama de su nombre. El Mayor (Le Major) es Jacques Loustalot, gran amigo y compañero de correrías nocturnas de Vian. (N. del T.).

murió, tenía un apartamento, y mi padre lo conservó.

Tras algunos segundos de duda, pues no había entendido bien si el Mayor había usado *o* o *a* en el pronombre, el Bison optó por pensar que lo conservado era el apartamento, y no la abuela.

La pasta seguía creciendo en el agua hirviente, y ya iba por la tercera vez que la Bisonne separaba la cacerola del fuego para tirar el sobrante a la basura.

—De acuerdo —dijo finalmente el Bison—. Pero me imagino que dispondrás de gasolina. Porque ¿sabes? suele resultar de utilidad cuando se trata de coches.

—Encontraré la necesaria —aseguró el Mayor—. Con un salvoconducto en regla se consiguen fácilmente bonos de gasolina.

—Sin duda —concedió el Bison—. ¿Pero conoces a alguien en la Prefectura que te pueda facilitar una autorización?

—No —reconoció el Mayor—. ¿Y vosotros? ¿Conocéis a alguien?

—Ahí es donde querías venir a parar ¿eh?

El Bison miraba a su interlocutor con un ojo entornado y reprobador.

—Os advierto —interfirió su esposa— que si no nos comemos pronto esa pasta, tendremos que cambiar de habitación. Dentro de un momento no cabremos aquí.

Sin necesidad de más advertencia, los cuatro se abalanzaron sobre el guiso, pensando, encantados, en los ascos que antaño hacían los alemanes ante la mantequilla de Normandía y las salchichas de tocino.

El Mayor no cesaba de beber tintorro tras tintorro. Y es que no disponer más que de un ojo, le constreñía a hacer lo posible para llegar a ver doble cuanto antes, y así no perderse bocado.

El postre consistía en rebanadas de pan cuidadosamente reblandecido y aderezado con dos hojas de gelatina rosa perfumada al orégano de Cheramy, a la manera de Jules Gouffé.⁹ El Mayor repitió dos veces, y al final no quedó nada.

—¿A través de su periódico, no podría Annie recomendarnos en la Prefectura? —dijo de repente la Bisonne—. Porque has de saber que no opondré a que viajemos contigo si no dispones de autorización.

—¡Excelente idea! —exclamó el Mayor—. Y por lo demás, tranquila. Los polis me gustan tan poco como a ti. Cada vez que veo un agente se me hace un nudo en el intestino delgado.

—En cualquier caso será necesario hacer las cosas de prisa —advirtió el Bison—. Mis vacaciones empiezan dentro de tres semanas.

—¡Perfecto! —aseguró el Mayor, pensando que así le daría tiempo a gastar los quinientos francos.

Bebió un último trago de tinto, cogió un cigarrillo del paquete de la Bisonne, eructó violentamente, y se puso en pie.

—Voy a ver si veo coches —anunció al irse.

⁹ Poeta y gastrónomo francés (1775-1845). (N. del T.)

3

—Escuche —dijo Annie—. Voy a ponerlo en contacto con Pistoletti, el individuo que en la Prefectura se ocupa de las autorizaciones para el periódico. Ya verá como todo sale bien. Se trata de una persona muy agradable.

—De acuerdo —dijo el Mayor—. Así todo se arreglará. Se arreglará, sin duda alguna. Pistoletti es un hombre admirable.

Sentados en la terraza del Café Duflor, esperaban a la Bisonne y a su hijo, que llegaban con un poco de retraso.

—Creo que trae un certificado médico referente al niño —continuó el Mayor—. Ello nos ayudará a conseguir el salvoconducto. Según tengo entendido, hoy mismo iba a sacarlo.

—¿Ah, sí? —dijo Annie—. ¿Y qué es lo que certifica?

—Que no puede soportar viajes en tren —contestó el Mayor, limpiando su monóculo de cristal ahumado.

—¡Ahí llegan! —advirtió Annie.

La Bisonne corría detrás del Bisonnot, que acababa de soltársele de la mano. La criatura corrió en línea recta durante unos quince metros y acabó encontrándose con un velador del Café Les Deux Mâghos,¹⁰ velador con mesada de mármol un instante antes del choque, y con mesada hecha pedazos un instante después.

El Mayor se levantó e intentó separar a la criatura del velador. Un camarero se llegó hasta ellos y comenzó a protestar.

—Permítame que le diga —argumentó el Mayor— que he tenido ocasión de verlo todo. Ha sido el velador el que ha empezado. No insista en sus lamentaciones, o me verá en la obligación de detenerle.

Palabras sobre las cuales mostró su falsificada documentación del Cuerpo de Seguridad, ante lo que el camarero se desmayó. Entonces el Mayor le quitó el reloj y, tirando de la mano del niño, se reunió con Annie y con la Bisonne.

—Deberías cuidar mejor de tu hijo —dijo a ésta.

—No me des la lata. Traigo el certificado. Este niño es raquítrico y no puede soportar un viaje en ferrocarril.

Dicho lo cual, obsequió a su hijo con un estremecedor sopapo que dejó sumido al infante en una especie de plácida hilaridad.

—Felizmente para la Red de Ferrocarriles... —comentó el Mayor.

—¿Acaso quieres insinuar que tú nunca te has cargado una mesa de terraza? —repuso, amenazadora, la Bisonne.

—¡A su edad, desde luego no! —aseguró el Mayor.

¹⁰ En realidad se refiere al *Café de Flore* y al *Café des Deux Magots* en el Boulevard Saint-Michel de París. (N. del T.).

—¡No me extraña! ¡Siempre fuiste un poco retrasado!

—¡Está bien! —cortó el Mayor—. No vamos a discutir ahora. Dame el certificado.

—Déjemelo ver —intervino Annie.

—El doctor no nos ha puesto ninguna pega —informó la Bisonne—. Como todo el mundo puede ver, este niño padece de raquitismo... ¡Quieres dejar esa silla de una vez!

El Bissonot acababa de coger el respaldo de la silla de un cliente vecino, y silla y cliente dieron en tierra, arrastrando en su caída algunas copas en medio de cierto alboroto.

Eclipsándose discretamente, el Mayor compuso la figura de estar meando contra un árbol. Por su parte, Annie intentaba poner cara de quien no conoce a nadie.

—¿Quién ha sido? —preguntó el camarero.

—El Mayor —acusó el Bissonot.

—¿Seguro? —insistió el camarero con aire incrédulo—. ¿No habrá sido el niño, señora?

—Está usted loco —respondió ésta—. No tiene más que tres años y medio.

—Mientras que Mauriac está chocho —concluyó el niño.

—Eso es una gran verdad —concedió el camarero, y a continuación se sentó a la mesa para discutir con él de literatura.

Tranquilizado, el Mayor regresó y volvió a sentarse entre las dos mujeres.

—Así pues —comenzó Annie—, ahora sólo se trata de ir a ver a Pistoletti...

—¿Y cuál es tu opinión sobre Duhamel? —preguntó el camarero.

—¿De verdad cree que funcionará? —se interesó el Mayor.

—A Duhamel se le alaba en exceso —contestó el Bissonot.

—Seguro que sí —respondió Annie—. Con la carta de recomendación del periódico...

—En ese caso, iré mañana mismo —dijo el Mayor.

—Te voy a pasar un manuscrito mío para que me digas lo que te parece —dijo el camarero—. La acción discurre en la superficie de una cara velluda. Me parece que tú y yo tenemos los mismos gustos.

—¿Cuánto le debemos, camarero? —preguntó Annie.

—No, déjalo, —se interpuso la Bisonne—. Me toca a mí.

—¡Con permiso! —sentenció el Mayor. Como no llevaba un céntimo encima, el camarero le prestó dinero para pagar, y, tras dejar una generosa propina, el Mayor sin darse cuenta se embolsó lo que sobraba.

—¡Abro yo! —gritó el Bisonnot.

—¡No marees! —replicó su padre—. De sobra sabes que eres demasiado pequeño para llegar hasta el cerrojo.

Preso de furor, aquél se lanzó al aire tomando impulso con los dos pies, y, tras saltar como un gato, quedó muy sorprendido al encontrarse sentado sobre el trasero viendo un gran destello verde.

Era el Mayor. Tenía un aspecto normal, a pesar de que su aplastado sombrero reverberaba con rebuscados y cambiantes reflejos: había comido pavo.

—¿Y bien? —dijo el Bison.

—¡Tengo el coche! Un Renault de 1927, modelo *coach*, con el maletero en la parte posterior.

—¿Y el capó que se levanta por delante? —interrogó, inquieto, el Bison.

—Sí... —concedió el Mayor de mala gana—. Y con encendido mediante magneto, y freno esotérico en el tubo de escape.

—Se trata de un sistema muy antiguo —observó su interlocutor.

—Lo sé bien —dijo el Mayor.

—¿Cuánto?

—Veinte mil.

—No es caro —estimó el Bison—. Pero la verdad es que tampoco es una ganga.

—No. Y, precisamente, deberás dejarme cinco mil francos para acabar de pagarlo.

—¿Cuándo me los devolverás?

El Bison parecía no fiarse.

—El lunes por la tarde, sin falta —aseguró el Mayor.

—¡Hum! —dijo el Bison—. No te tengo demasiada confianza.

—Lo entiendo —repuso el Mayor, y cogió los cinco mil francos sin dar las gracias.

—¿Has pasado por la Prefectura?

—Ahora pensaba ir... Me cuesta mucho trabajo meterme en aquella guarida de aduaneros testarudos y escandalosos.

—Venga, venga, espabila —dijo el Bison empujándole hacia el descansillo— y apúrate un poco.

—¡Hasta luego! —gritó el Mayor desde el piso de abajo.

Regresó dos horas después.

—Querido, la cosa no marcha todavía —dijo—. Es necesario que me firmes una declaración que certifique que dispones de la gasolina necesaria.

—¡Me estás hartando! —se irritó el Bison—. ¡Estoy hasta las narices de tanto retraso! Hace ya una semana que me dieron las vacaciones, y te aseguro que no me hace ninguna gracia seguir aquí. Creo que haríamos mucho mejor tomando de una vez el tren todos juntos.

—Espera, espera. Considera que es mucho más agradable hacer el viaje en coche. Y para ir de compras una vez que estemos allí, también nos vendrá muy

bien.

—Sin lugar a dudas —concedió el Bison—. Pero piensa tú que, a este paso, cuando lleguemos tendré que volverme porque mis vacaciones se habrán acabado. Eso contando con que no nos metan en chirona por el camino.

—Las cosas van a salir redondas a partir de ahora —aseguró el Mayor—. Fírmame ese papel. O lo conseguimos esta vez, o te prometo que me voy en tren con vosotros.

—Te acompañaré —dijo el Bison—. Pasaremos por mi oficina y se lo mandaré mecanografiar a mi secretaria.

Así lo hicieron. Tres cuartos de hora después entraban en la Prefectura y, por un tortuoso dédalo de pasillos, se dirigían hacia el despacho de Pistoletti.

Amable cincuentón quizá una pizca puntilloso, éste no les hizo esperar más de cinco minutos. Después de un breve cambio de impresiones, se levantó y les indicó que le siguieran. Consigo llevaba los formularios y los documentos justificativos cumplimentados por el Bison y el Mayor.

Atravesaron un estrecho pasadizo que, por el interior de un puente cubierto, unía el edificio en que estaban con el vecino. El corazón del Mayor giraba a toda velocidad sobre sí mismo, chirriando como una peonza de Nüremberg. En una galería abovedada, largas colas de gente esperaban ante las puertas de los despachos. La mayor parte de ellos echaban pestes; otros se disponían a morir. A los que caían durante la espera se les dejaba allí donde tocaban tierra, y se procedía a recogerlos por la tarde.

Pistoletti pasó por delante de todo el mundo. Pero se detuvo en seco al llegar adonde se dirigía y pareció muy contrariado de no ver ante sí a la persona que buscaba.

—Buenos días, señor Pistoletti —dijo el otro.

—Buenos días, señor —respondió Pistoletti—. Aquí tiene. Me gustaría que autorizase esta petición, que está en regla.

El individuo compulsó el legajo.

—¡Muy bien! —dijo por fin—. Veo que el interesado reconoce disponer del carburante necesario. Por consiguiente, estaría fuera de lugar hacerle una asignación.

—Hum... —musitó Pistoletti—. Como usted... mejor dicho, como su predecesor me aconsejó, solicité del señor Mayor ese testimonio para... para... para que no se dudase en hacerle una asignación de gasolina.

—¿Eh? —dijo el otro.

Y a continuación escribió sobre el papel: «Denegada la asignación, dado que el demandante asegura disponer del carburante necesario».

—¡Gracias! —dijo Pistoletti, volviendo a salir con los papeles.

Una vez fuera, se rascó el cráneo y dejó caer algunos jirones sanguinolentos sobre el suelo. Un agente que pasaba en aquel momento por allí resbaló al pisarlos y estuvo a punto de caer. El Mayor sonrió malévolamente, pero volvió a ponerse serio al ver la cara de circunstancias de su valedor.

—¿La cosa no va bien? —le preguntó el Bison a éste.

—Bueno, bueno... —se limitó a decir Pistoletti—. Vayamos ahora a ver a Ciabricot... Todo se complica... El funcionario que acabo de ver no es el mismo de antes, y el que está ahora parece de una opinión completamente distinta a la del anterior. En fin... Puede salir bien todavía... Pero que conste que el otro me había dicho que, con este papel, el asunto marcharía sobre ruedas.

—Vamos, vamos de una vez, en cualquier caso —le animó el Bison.

Seguido por sus dos acólitos, Pistoletti llegó hasta el extremo del pasillo, y volvió a pasar otra vez por delante de las narices del primero de la cola. El Mayor y su amigo tomaron asiento en un banco circular que abrazaba la basa de una de las columnas que sostenían la bóveda. Multiplicaron cuatro y medio por cuatro y medio hasta mil veces para ayudarse a pasar el rato. Quince minutos más tarde, Pistoletti volvía a salir del despacho. Su rostro no expresaba ni fu ni fa.

—Escuchen —les dijo—. Primero escribió «concedido» sobre la petición. A continuación puso la fecha, dijo «vale», y me preguntó: «¿Para ir adónde?». Se lo dije. Entonces volvió a mirar el papel, se palpó el hígado y exclamó: «¡Demasiado lejos!». Y se dedicó a borrar todo lo que acababa de poner... Es que tiene el hígado en muy malas condiciones ¿saben?

—Entonces —preguntó el Bison— ¿la petición queda denegada?

—Sí... —respondió Pistoletti.

—¿Y usted cree —prosiguió el Bison mientras un espeso vapor comenzaba a salirle por las junturas de las suelas de los zapatos— que si le diésemos diez mil francos a ese tal Ciabricot, no se nos concedería?

—¿Qué pasa? —encareció el Mayor—. ¿Es que ni siquiera está permitido llevar en coche a un niño que no puede aguantar los viajes en ferrocarril?

—En definitiva, ¿qué es lo que solicitamos? —continuó su amigo—. ¡Nada! Gasolina desde luego no, puesto que decimos que tenemos... Lo único que pedimos es una firma en la parte de abajo de un papel para poder sacar el coche, quedando sobreentendido que, con respecto al carburante, nos las arreglaremos en el mercado negro... ¿Y entonces?

—Entonces —acabó el Mayor— es que son unos pijoteros.

—Escuchen... —se aventuró a decir Pistoletti.

—¡Unos pijoteros y unos cerdos! —tronó el Bison.

—Podrán volver a intentarlo dentro de unos días... —sugirió Pistoletti intimidado.

—Tranquilo; no tenemos nada contra usted —aseguró el Mayor—. Al fin y al cabo no es culpa suya si Ciabricot sufre del hígado.

Palabras a pesar de las cuales, ambos amigos aprovecharon un recodo del pasillo para prensar a Pistoletti en emparedado, abandonando el cadáver en un rincón.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el Bison en el momento de salir.

—A mí me importa un rábano —respondió el Mayor—. Me voy sin

salvoconducto.

—No creo que debas hacerlo —le advirtió el Bison—. Bueno, yo voy a sacar billetes a la estación. No quiero tener que vérmelas con la poli.

—Espera hasta esta tarde —le pidió el Mayor—. Se me ha ocurrido otra posibilidad. Tampoco yo quiero nada con esa gentuza. Me producen un efecto suprafísico.

—Está bien —accedió el Bison—. Telefonéame.

5

—¡Lo tengo! —gritó la voz del Mayor a través del auricular.

—¿Cómo? ¿Lo has conseguido? —se interesó el Bison.

Apenas si podía creerlo.

—No, pero lo conseguiré. He vuelto a ir al poco rato con una chica, una amiga de Verge, aquel a quien conociste en mi casa. Ella tiene algunas amistades en la Prefectura. Ha pasado por casa de Ciabricot, y no ha hecho falta nada más. Me han prometido que me lo darán.

—¿Cuándo te lo darán?

—El miércoles a las cinco.

—Bueno, vale —concluyó el Bison—. Esperemos que así sea.

6

El miércoles a las cinco, se le informó al Mayor que el ansiado momento sería al día siguiente a las once. El jueves, a las once, le sugirieron que volviera a pasar por la tarde. Por la tarde le dijeron que se despachaban quince salvoconductos por día, y que el suyo hacía el número dieciséis. Y como no parecía dispuesto a soltar dinero, se quedó sin el salvoconducto.

Amigos de los empleados llegaban a cada momento, y los empleados apenas si daban abasto a librarles autorizaciones de compromiso. Incluso llegaron a rogar al Mayor que les ayudase a rellenar sus formularios. Mas éste se negó y se marchó, no sin olvidar sobre una mesa una granada con el seguro quitado, el ruido de cuya detonación le devolvió la tranquilidad de espíritu en el momento en que salía de la Prefectura.

El Bison, su mujer y el Bisonnot compraron, por fin, billetes para Saint-Jean-de-Luz. Para emprender viaje debían esperar hasta el lunes siguiente, pues todos los trenes estaban repletos. El sábado por la tarde, saliendo de su lujoso estudio de la Rue Coeur-de-Lion, el Mayor, por su parte, se puso en marcha en el Renault. Se había acordado que fuese el primero en llegar a Saint-Jean, y que tuviese el apartamento preparado para la llegada de sus amigos. A su lado iba Jean Verge, a quien el Mayor debía ya tres mil francos, y, detrás, Joséphine, una amiga del Mayor, de quien éste acababa de gastar la mitad del dinero que traía en el bolso, para pagarse una buena curda.

El coche transportaba también alguna carga: diez kilos de azúcar que Verge llevaba a su mamá, residente en Biarritz, un limonero de hojas azules que el Mayor se proponía aclimatar en el País Vasco, dos jaulas repletas de sapos, y un extintor cargado con perfume de lavanda, porque el tetracloruro de carbono huele bastante mal.

7

A fin de evitarse encuentros con esos bípedos que circulan emparejados y vestidos de azul oscuro, llamados gendarmes, al salir de la capital el Mayor tomó una carretera secundaria a la que pomposamente se había bautizado como N-306. De todos modos, los tenía a cero.

Para no perderse, seguía las indicaciones de Verge. Éste descifraba el mapa Michelin colocado sobre sus rodillas, y era la primera vez en su vida que se dedicaba a semejante actividad.

La consecuencia fue que, a las cinco de la mañana, después de haber rodado durante ocho horas a una media de cincuenta kilómetros por hora, el Mayor divisó en el horizonte la torre de Montlhéry. Al verla, dio inmediatamente media vuelta con el coche, pues en aquel sentido llegaban directamente a París por la Puerta de Orleáns.

A las nueve entraban en Orleáns. Aunque no quedaba más que un litro de gasolina, el Mayor se sentía feliz. No le habían visto el gorro ni a un solo policía.

A Verge le quedaban todavía dos mil quinientos francos que pronto se vieron convertidos en veinte litros de gasolina y cinco kilos de patatas ya que, dada la edad del coche, era preciso mezclar el carburante con trozos de dicho tubérculo, en la proporción de una cuarta parte.

Los neumáticos parecían resistir. Al final de la breve detención para repostar, el Mayor tiró del cordón unido a la válvula de la caja de velocidades, chifló dos veces, acogotó el vapor, y, a la postre, el Renault volvió a ponerse en

marcha.

Salieron de la N-152, cruzaron el Loire por un puente secundario y tomaron la mucho menos frecuentada N-751.

Los estragos ocasionados por la ocupación habían favorecido la eclosión, entre los carriles y los aguazales, de una vegetación feraz y aguanosa. Los corazoncillos agitaban sus corolas en todas direcciones, mientras que las cicindelas de campo deslizaban una nota malva entre la salpicadura nacarada de las florecillas más humildes.

Alguna granja aquí y allá salpimentaba la monotonía de la carretera, produciendo, cada vez, una agradable sensación de alivio en el escroto, semejante a la que se nota cuando se pasa de prisa sobre un puentecito en forma de arco. Según se iban acercando a Blois, comenzaron a ver surgir gallinas por todas partes.

Las gallinas picoteaban a lo largo de las cunetas siguiendo un plan cuidadosamente pergeñado por los peones camineros. En cada uno de los agujeritos excavados por sus picos se sembraban, a la mañana siguiente, semillas de girasol.

El Mayor con ganas de comer gallina, comenzó a dar golpes de volante. Giraba al mismo tiempo el cierre del tubo de escape, logrando así frenar el coche hasta la velocidad de marcha de un hombre caminando por un colmenar.

Una Houdan,¹¹ mantecosa y rolliza, apareció de repente a la vista, con la cresta levantada, dando la espalda al coche. El Mayor aceleró solapadamente, pero el ave se dio vuelta de improviso y le miró a los ojos con aire desafiante. Muy decidido, aunque también muy impresionado, el Mayor, puso cara de circunstancias y describió con el volante un ángulo de noventa grados. Como consecuencia, debieron recurrir al cartero de la comarca, que por casualidad pasaba por allí, para que les ayudase a desempotrar el coche del roble centenario del que, el juicioso reflejo del conductor, vino a causar la fractura.

Reparado el destrozo, el Renault se negaba a volver a ponerse en camino. Verge se vio obligado a bajar y a resoplar contra su trasero durante más de cinco kilómetros antes de conseguir que se decidiera a arrancar. El coche refunfuñó al detenerse para permitirle subir.

En modo alguno desanimado, el Mayor dejó atrás Cléry, llegó hasta Blois y enfiló hacia el Sur por la N-764, en dirección a Pont-Levoy. Ningún agente a la vista; volvía a recobrar la confianza.

Silbaba una marcha militar, marcando el final de cada compás mediante un enérgico taconazo. Pero no pudo terminarla, pues acabó por atravesar con el pie el suelo del automóvil y, de haber continuado, se habría arriesgado a volcar la caja de velocidades, dos de las cuales estaban desparramadas por el suelo desde el momento de la colisión contra el árbol.

En Montrichard compraron un pan. Atravesaron a continuación Le Liège, y

¹¹ Población rural francesa conocida por su mercado de volatería. (N. del T.)

el coche se quedó parado de repente en la encrucijada de la N-764 y la D-10.

Joséphine se despertó en aquel momento.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —contestó el Mayor—. Hemos comprado un pan y paramos para comerlo.

Se sentía inquieto. A una encrucijada se puede llegar desde cuatro direcciones. Y en una encrucijada se lo puede a uno ver desde los cuatro costados.

Bajaron del vehículo y se sentaron al borde de la carretera. Una gallina blanca apostada en la cuneta, se desempachó y enderezó hasta el nivel de la calzada su cabecita coronada por una alargada cresta. El Mayor se puso al acecho al verla.

De repente cogió el pan, un dos kilos formato grande, lo fue levantando en el aire según giraba para ponerse en posición favorable, simuló estar comprobando su transparencia y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la gallina.

Desgraciadamente para él, la granja de Da Rui, el popular futbolista, se levantaba no lejos del lugar, y de ella procedía aquel ave. La gallina que parecía haber sacado provecho de las enseñanzas recibidas, peinó el pan con un hábil cabezazo, enviándolo por lo menos a cinco metros de distancia. A continuación, corriendo como un galgo, volvió a hacerse con él antes de que llegara a tocar suelo.

En un abrir y cerrar de ojos, y entre una tupida nube de polvo, desaparecía a lo lejos llevándose lo debajo del ala.

Verge, que se había levantado de un salto, la perseguía.

—¡Déjala, Jean! —le gritó el Mayor—. No tiene importancia. Y, además, vas a conseguir llamar la atención de algún gendarme.

—¡Maldita hija de puta! —jadeó Jean mientras seguía corriendo.

—¡Que la dejes, digo! —insistió el Mayor, y Jean regresó bufando a más no poder—. Repito que no tiene importancia. He comido un panecillo a escondidas en la tahona.

—¡Pues sí que me sirve de consuelo! —dijo Verge, furioso.

—Además, llevándolo como lo lleva debajo del ala, debe apestar a volátil —comentó el Mayor con repugnancia.

—No te esfuerces por consolarme —repuso Jean—. Intentemos volver a ponernos en marcha para ir a comprar otro. Y en lo sucesivo, te lo ruego, dedícate a la caza de la gallina con cosas que no sean comestibles.

—Descuida, lo haré por ti —concedió el Mayor—. Me serviré de una llave inglesa. Y ahora, veamos qué le sucede al coche.

—¿No lo habías parado a propósito? —preguntó con asombro Joséphine.

—Esto... No —respondió el Mayor.

8

El Mayor tomó su detector de averías, un estetoscopio adecuadamente transformado, y se deslizó bajo el automóvil. Dos horas más tarde despertó bastante descansado.

Verge y Joséphine se agasajaban con manzanas todavía verdes en un predio vecino.

Con un tubo de caucho, el Mayor derramó en la cuneta las tres cuartas partes de la gasolina restante, a fin de aligerar de peso la parte delantera del vehículo. A continuación introdujo el gato bajo el larguero izquierdo y estabilizó el Renault a cuarenta centímetros del suelo, hecho lo cual abrió el capó.

Aplicó al motor la cabeza del estetoscopio y constató que la avería no procedía de ahí. Al ventilador no le pasaba nada; el radiador estaba caliente, o sea que funcionaba. Sólo quedaban, pues, el filtro del aceite y el magneto.

Cambió de emplazamiento el magneto y el filtro del aceite, e hizo una prueba. La cosa no marchaba.

Volvió a colocar cada una de las piezas en sus lugares respectivos y volvió a probar. Ahora sí.

—Bueno —concluyó por fin—. Es el magneto. Me lo temía. Tendremos que buscar un taller.

Llamó a grandes voces a Verge y Joséphine para que empujaran el coche. Pero como se había olvidado de sacar el gato, cuando aquéllos comenzaron sus esfuerzos, el coche basculó y, al caer sobre uno de los pies de Verge, al neumático delantero derecho le dio por reventar.

—¡Imbécil! —gritó el Mayor, cortando por lo sano las lamentaciones de su amigo—. ¡La culpa ha sido tuya, así que repáralo!

—Desde luego no llegaremos muy lejos empujando el coche —reconoció él mismo poco después—. Será mejor que Joséphine vaya a buscar un mecánico.

La mujer echó a andar por la carretera, y el Mayor se instaló cómodamente a la sombra de un árbol para descabezar una siesta. Entretanto se comía un segundo panecillo birlado en la panadería.

—¡Eh! ¡Si tienes hambre, tráete un pan al regreso! —gritó a Joséphine según ésta desaparecía tras la curva.

9

Una vez acabado el panecillo, el Mayor se alejó un poco del lugar esperando el regreso de Joséphine. De repente distinguió en el horizonte dos quepis azules que venían en dirección a él.

Echó a correr, o a volar más bien, pues visto de perfil se hubiera podido decir que tenía por lo menos cinco piernas, y llegó de nuevo hasta el coche. Apoyado contra un árbol y canturreando, Verge miraba al vacío.

—¡A trabajar! —le ordenó el Mayor—. Corta ese árbol. Aquí tienes una llave inglesa.

Con toda diligencia Verge se metió el vacío en el bolsillo y obedeció maquinalmente.

Una vez cortado el árbol, comenzó a hacerlo astillas, siguiendo las indicaciones del Mayor.

Después de ocultar las hojas en un agujero, camuflaron el automóvil dándole apariencia de carbonera, apariencia que completaron recubriéndolo con la tierra que habían sacado al hacer el hoyo. En la cima del artilugio, Verge colocó una varita encendida de sándalo, de la que emanaba olorosa humareda.

El Mayor manchó con carboncillo su cara y la de Verge, y arrugó lo mejor que pudo la ropa de ambos.

Justo a tiempo, pues los gendarmes llegaban. El Mayor temblaba.

—¿Qué...? —dijo el más grueso.

—¿...trabajando? —completó el segundo.

—Así es, sí —respondió el Mayor, procurando poner acento de carbonero.

—¡Qué bien huele vuestro carbón! —observó el más gordo.

—¿Puede saberse qué es? —preguntó el otro gendarme—. Para mí que huele a puta —sentenció con una risilla cómplice.

—Es canforero mezclado con sándalo —explicó Verge.

—¿Para la gonorrea? —dijo el gordo.

—¡Ja, ja, ja! —le rió la gracia su compañero.

—¡Ja, ja, ja! —se la rieron también Verge y el Mayor, un poco tranquilizados.

—Habrá que indicar a Obras Públicas que desvíen la carretera —concluyó el primer gendarme—. Ahí donde os habéis puesto, los coches deben molestaros mucho.

—Sí, habrá que avisarles —confirmó el segundo—. Los coches deben molestaros.

—Gracias por anticipado —alcanzó a decir el Mayor.

—¡Hasta la vista! —gritaron los dos gendarmes comenzando a alejarse.

Verge y el Mayor les contestaron con un sonoro adiós y, en cuanto se encontraron solos, se pusieron a la tarea de demoler la falsa carbonera.

Cuando hubieron terminado, se encontraron con la desagradable sorpresa de constatar que el coche no estaba dentro.

—¿Cómo puede ser? —se extrañó Verge.

—¡Y qué sé yo! —dijo el Mayor—. Estoy a punto de perder los estribos.

—¿Estás seguro de que era un Renault? —preguntó Verge.

—Sí —respondió el Mayor—. Y además ya había pensado en eso. Si fuera un Ford, el asunto tendría explicación. Pero estoy seguro de que era un Renault.

—¿Pero un Renault de 1927?

—Sí —confirmó el Mayor.

—Entonces todo se explica —aseguró Verge—. Mira.

Dieron media vuelta y vieron al Renault pacienco al pie de un manzano.

—¿Cómo habrá llegado hasta ahí? —dijo el Mayor.

—Ha cavado un túnel. El de mi padre hacía lo mismo cada vez que lo cubríamos de tierra.

—¿Lo hacíais a menudo? —se interesó el Mayor.

—¡Oh! De vez en cuando... Desde luego, no con demasiada frecuencia.

—¡Ah! —se limitó a decir el Mayor, escamado.

—Se trataba de un Ford —explicó Verge.

Dejaron a su aire el automóvil y se ocuparon de quitar los escombros de la carretera. Casi habían terminado cuando Verge vio al Mayor aplastándose contra la hierba, el ojo fuera de la órbita, haciéndole señales de que guardara silencio.

—¡Una gallina! —le susurró.

Se levantó bruscamente y volvió a caer todo lo largo que era en la cuneta llena de agua, justo en el punto donde se encontraba el ave. Ésta se sumergió, dio algunas brazadas, salió a la superficie un poco más lejos, y se dio a la fuga cacareando desenfrenadamente. Y es que Da Rui también les enseñaba a bucear.

Justo en aquel instante llegó el mecánico.

El Mayor se sacudió, le tendió una mano mojada y le dijo:

—Soy el Mayor. Espero, por lo menos, que usted no sea un gendarme.

—Encantado —respondió el otro—. ¿Se trata del magneto?

—¿Cómo lo sabe? —se extrañó el Mayor.

—Es la única pieza de recambio de la que no dispongo —dijo el mecánico—.

Por eso lo digo.

—Pues no —continuó el Mayor—. Se trata del filtro del aceite.

—En ese caso podré instalarle un magneto nuevo —concluyó el mecánico—.

He traído tres conmigo por si acaso... ¡Ja, ja, ja! Lo he engañado, ¿eh?

—Me quedo con los magnetos —dijo el Mayor—. Démelos.

—Dos de ellos no funcionan...

—No importa —le interrumpió el Mayor.

—Y el tercero está averiado...

—¡Mejor aún! —aseguró el Mayor—. Pero en esas condiciones se los pagaré a...

—Son mil quinientos —informó el mecánico—. Para montar uno tiene usted que...

—¡Sé cómo se hace! —volvió a interrumpirle el Mayor—. ¿Te importa pagar, Joséphine?

La mujer hizo lo que le pedían. Después de pagar, todavía le quedaban mil

francos.

—Gracias —le dijo el Mayor.

Y dando la espalda al mecánico, se fue a buscar el coche.

Cuando lo hubo traído, abrió el capó.

El magneto estaba repleto de hierba. Se la sacó valiéndose de la punta de un cuchillo.

—¿Me llevan? —preguntó el mecánico.

—Con mucho gusto —respondió el Mayor—. Son mil francos, pagados por adelantado.

—¡No es nada caro! —comentó el mecánico—. Aquí los tiene.

El Mayor se los embolsó distraídamente.

—¡Adentro todos! —dijo.

Cuando estuvieron acomodados, el motor se puso en marcha, sin más, al primer intento. Hubo que ir a buscarlo y volverlo a colocar en su sitio. Esta vez, el Mayor no se olvidó de cerrar el capó antes de arrancar.

Al llegar junto al taller, el motor volvió a pararse en seco.

—Se trata, sin duda, del magneto —opinó el mecánico—. Le pondré uno de los míos.

Hizo la reparación.

—¿Cuánto es? —preguntó el Mayor.

—¡Por favor...! ¡No merece la pena ni mencionarlo!

Seguía estando de pie delante del automóvil.

El Mayor desembragó y le atropello, después prosiguieron viaje.

10

Siempre por carreteras secundarias, alcanzaron las latitudes de Poitiers, Angoulême y Châtellerauld, y vagaron durante algún tiempo por la región de Bordeaux. El miedo al gendarme alargaba los agraciados rasgos del Mayor. Su humor empeoraba.

En Montmoreau les asaltó la angustia al divisar las barreras de un control de policía. Gracias a su telescopio, el Mayor pudo esquivarlo internándose por la N-709. A Ribérac llegaron sin pizca de gasolina.

—¿Te quedan mil francos? —preguntó el Mayor a Joséphine.

—Sí —contestó ésta.

—Déjamelos.

El Mayor compró diez litros de carburante y, con los mil francos que había recuperado del mecánico, se pagó una tremenda comilona.

De Ribérac a Chalais el camino se hizo corto. Por Martron y Montlieu volvieron a salir a la N-10, y desde allí se dirigieron a Cavignac, donde Jean Verge tenía un primo.

11

Tumbados sobre un almiar de heno, el Mayor, Verge y Joséphine esperaban.

El primo de Verge quería, en efecto, confiarles un tonelillo para que lo llevaran a su hermano, residente en Biarritz, y justo en aquellos momentos se estaba procediendo a prensar el vino.

El Mayor mordisqueaba una brizna de paja meditando sobre el ya próximo final del viaje. Verge sobaba a Joséphine. Y Joséphine se dejaba sobar.

El Mayor intentaba también hacer un cómputo mental de su colección de magnetos, pues en Aubeterre, Martron y Montlieu habían cambiado los kilos de azúcar de Verge por unos cuantos magnetos, pero se confundía con los decimales.

De repente se sumió por completo en el almiar al ver aparecer una visera de cuero color carne de cocido, mas se trataba simplemente del cartero del lugar. Cuando volvió a salir a la luz, tenía dos ratones en los bolsillos y la cabeza llena de vástagos de heno.

De hecho, el coche no corría ningún peligro, encerrado como estaba en la cuadra del primo, pero lo que iba de viaje le había dejado ya como secuela una tan inevitable como refleja manera de comportarse.

Al Mayor le gustaba aquel género de vida vegetativa que llevaban en casa del pariente. De mañana comían apio, por la noche compota, y, entretanto, otras cosas, después de lo cual se acostaban a dormir. Verge sobaba a Joséphine, y Joséphine se dejaba sobar.

Cuando llevaban tres días con semejante régimen, se les anunció que el vino estaba ya preparado. Verge comenzaba a sentirse harto. Por el contrario, la moral del Mayor era exultante, y apenas si recordaba la existencia de cierta familia Bison que, en Saint-Jean-de-Luz, debía estar durmiendo al aire libre en espera de la llegada del Mayor y de las llaves del apartamento.

Tras hacer sitio en el maletero posterior del automóvil, colocó adecuadamente en él el barrilito de vino.

Cuando todos se hubieron despedido del pariente de Verge, el Renault cayó animosamente sobre Saint-André-de-Cubzac, giró a la izquierda hacia Libourne y, por un dédalo de carreteras secundarias, dejando atrás Branne, Targon y Langoiran, llegó hasta Hostens.

Había transcurrido exactamente una semana desde que salieran de la Rue Coer de Lion. En Saint-Jean-de-Luz, alojada desde hacía cinco días en una habitación encontrada por milagro, la familia Bison se imaginaba jubilosa al Mayor tras los sólidos barrotes de una prisión provincial.

En aquellos mismos instantes y representándose mentalmente, a su vez, tan desagradable escena, el Mayor pisó a fondo el acelerador, con lo que el Renault se encabritó y al magneto le dio por explotar.

Un taller se levantaba a unos cien metros.

—Dispongo de un magneto completamente nuevo —dijo el mecánico—. Se lo instalaré. Le costará tres mil francos —terminó anunciando.

Tres minutos exactamente empleó en la reparación.

—¿No preferiría que le pagara con vino? —preguntó el Mayor.

—Gracias, pero no bebo más que coñac —respondió el mecánico.

—Escuche —dijo entonces el Mayor—, soy una persona honrada. Voy a dejarle en prenda mi documento de identidad y mi cartilla de racionamiento. El dinero se lo enviaré desde Saint-Jean-de-Luz. No llevo nada encima en este momento. Unos maleantes me han desplumado.

Seducido por las educadas maneras del Mayor, el mecánico se avino al arreglo.

—¿Por casualidad no tendría un poco de gasolina para mi mechero? —preguntó el Mayor.

—Coja usted mismo del surtidor la que necesite —respondió el mecánico.

Y se metió en la oficina para guardar los papeles de su cliente.

Este, entretanto, cogió veinticinco litros, que eran los que necesitaba, y volvió a dejarlo todo como si nada hubiera ocurrido.

Levantó los ojos... A lo lejos, por detrás del coche, se acercaban dos agentes en bicicleta.

Amenazaba tormenta.

—¡Subid de prisa! —ordenó el Mayor.

El transmisor crujió. El Mayor arrancó lentamente y se lanzó a campo traviesa, en línea recta hacia Dax.

En el retrovisor, los gendarmes no eran ya más que un punto, pero a pesar de los esfuerzos del Mayor aquel punto no desaparecía. De repente, ante los viajeros, apareció una colina. El automóvil la abordó como una tromba. Llovía a cántaros. Los relámpagos envascaban el cielo con pegajosos resplandores.

La colina, creciendo paulatinamente, se convirtió en montaña.

—¡Habrás que soltar lastre! —dijo Verge.

—¡Jamás! —respondió el Mayor—. La pasaremos.

Pero el embrague patinaba y un acre olor a aceite quemado subía desde el suelo del automóvil.

Ante los ojos del Mayor, por desgracia, apareció una gallina.

Frenó en seco. El automóvil dio una vuelta de campana y vino a caer justo sobre la cabeza de la infortunada volátil, que murió en el acto. Por fin, quedó

inmóvil. El Mayor, finalmente, triunfaba. Pero en pago tuvo que entregar al campesino que acechaba en las proximidades, oculto en un hoyo *ad hoc*, como diría Jules Romains, los tres últimos kilos del azúcar de Verge.

Como no podían llevarse la inutilizable gallina (que encogía a marchas forzadas con la lluvia), lanzó unos cuantos alaridos de rabia.

Pero lo peor era que no podía arrancar de nuevo.

El embrague gritaba de dolor, y todos los cárteres del motor parecían a punto de romperse. La vibración de las aletas llegó a ser tan intensa que el Renault se levantó del suelo zumbando y subió a gulusmear una catalpa en flor. Pero lo que es avanzar, no había avanzado ni un paso.

En el retrovisor, el punto se hacía más grueso por instantes.

El Mayor se ató al volante con una correa.

—¡El lastre! —gritó.

Verge arrojó al exterior dos de los magnetos.

El coche temblequeó, pero siguió sin moverse.

—¡Suelta más! —rugió el Mayor con voz desgarrada.

Verge echó entonces al exterior hasta siete magnetos, uno detrás de otro. El automóvil dio un terrible salto hacia delante y, entre un horrisono estruendo de lluvia, granizo y mecánica, trepó de un tirón la colina.

Los gendarmes habían desaparecido. El Mayor se secó la frente y procuró conservar la ventaja. Dax y Saint-Vicent-de-Tyrosse se sucedieron.

En Bayonne pudieron ver, desde bastante lejos, un control de policía. El Mayor se agarró al claxon, y al pasar por donde estaba instalado, hizo la señal de la Cruz Roja. Los gendarmes ni siquiera se dieron cuenta de que, habiendo sido educado por una institutriz rusa, se santiguaba al revés. Y es que en la parte de atrás, para dar ambiente al asunto, Verge acababa de desnudar a Joséphine y le había arrollado la combinación alrededor de la cabeza como si se tratara de una venda. Eran las nueve de la noche. Los gendarmes les hicieron señas de que pasaran.

Una vez salvado el control, el Mayor se desvaneció, y luego recobró el sentido dejando en un mojón kilométrico uno de los parachoques.

La Négresse...

Guétary...

Saint-Jean-de-Luz...

El apartamento de la abuela, en el número cinco de la Rue Mazarin...

Era completamente de noche.

El Mayor dejó el coche delante de la puerta y la echó abajo. Se acostaron, agotados, sin haberse dado cuenta de la no presencia de los Bison. Por decir verdad, éstos se habían echado atrás ante la perspectiva de tirar abajo la puerta del apartamento en el que tendrían que haberse alojado. En lugar de ello prefirieron ir preparando una calurosa bienvenida al Mayor en la sórdida cocina con catres superpuestos que consiguieron que se les alquilase a cambio de mil francos diarios.

Al amanecer, el Mayor abrió los ojos.

Tras desperezarse, se puso la bata.

En la otra habitación, Verge y Joséphine comenzaban a despegarse el uno del otro echándose encima un cubo de agua caliente.

El Mayor abrió la ventana. Había seis gendarmes ante la puerta. Y estaban mirando su coche.

Al verlo, el Mayor se tragó una dosis masiva de algodón pólvora que, por fortuna, no llegó a explotar, porque cuando la hubo digerido por completo, le pareció completamente normal que hubiera agentes de vigilancia ante la comisaría de policía, sita precisamente en el número seis de la Rue Mazarin.

Pero su automóvil terminó por serle confiscado finalmente en Biarritz, ocho días después, justo en el momento en que comenzaba a estrechar amistad con un comisario, notable contrabandista, que tenía sobre su conciencia la muerte de ciento nueve aduaneros españoles.

(1949)

El amor es ciego

1

El cinco de agosto, a las ocho, la calina cubría la ciudad. Liviana, en absoluto estorbaba la respiración y se presentaba bajo apariencia singularmente opaca. Parecía, por otra parte, teñida de azul con verdadera intensidad.

Fue cayendo en capas paralelas. Al principio cabrilleaba a veinticinco centímetros del suelo, y los caminantes no podían verse los pies. Una mujer que vivía en el número 22 de la Rue Saint-Braquemart, dejó caer la llave en el momento de entrar en su casa, y no la podía encontrar. Seis personas, entre las que se contaba un bebé, acudieron en su ayuda. Entretanto, a la segunda capa le dio por caer. Y se pudo encontrar la llave, pero no al bebé que había tomado las de Villadiego al amparo del meteoro, impaciente por escapar del biberón, sentar cabeza y conocer los serenos placeres del matrimonio. Mil trescientas sesenta y dos llaves, y catorce perros, se extraviaron de tal manera durante la primera mañana. Cansados de vigilar en vano sus flotadores, los pescadores se volvieron majaretas y se fueron a cazar.

La niebla se hacinaba en densidades considerables en la parte baja de las calles en pendiente y en las hondonadas. Formaba alargadas flechas y se colaba por las alcantarillas y los pozos de ventilación. Así invadió los túneles del metro, que dejó de funcionar cuando la lechosa marea alcanzó el nivel de los semáforos. Pero en aquel mismo momento, la tercera capa acababa de descolgarse y, en el exterior, de rodillas para abajo todo era blanquecina oscuridad.

Los de los barrios altos, creyéndose favorecidos, se burlaban de los de las orillas del río. Mas al cabo de una semana todos estaban reconciliados y podían golpearse del mismo modo contra los respectivos muebles de las respectivas habitaciones. La niebla había llegado por entonces hasta el copete de las edificaciones más elevadas. Y si el cimbalillo de la torre fue lo último en desaparecer, el irresistible empuje de la creciente y opaca marea acabó a fin de cuentas por sumergirlo del todo.

2

Orvert Latuile despertó el trece de agosto después de una dormida de trescientas horas. Como saliese de una cogorza de las buenas, en un primer momento temió haberse quedado ciego. Con ello no habría hecho más que rendir homenaje a los innumerables alcoholes que se le habían servido. Tal vez fuese simplemente de noche, pero, en cualquier caso, de una manera distinta. Con los ojos abiertos, sentía la impresión que se experimenta cuando el rayo de luz de una bombilla viene a dar sobre los párpados cerrados. Con mano torpe, buscó el interruptor de la radio. Emitía, pero el informativo sólo lo esclareció hasta cierto punto.

Sin tomar en cuenta los agudos comentarios del locutor, Orvert Latuile reflexionó, se rascó el ombligo y notó, oliéndose la uña a continuación, que necesitaba un baño. Pero el amparo de aquella calígene caída sobre todas las cosas como el manto de Noé sobre Noé, como la miseria sobre el mísero mundo, como el velo de Tanit sobre Salambó o como un gato sobre un violín, le hizo colegir la inutilidad de semejante esfuerzo. Además, la tal niebla tenía un dulce aroma a albaricoque tísico que debía contrarrestar las emanaciones personales. Y por añadidura, el sonido se portaba bien y, al envolverse en aquella guata, los ruidos adquirirían una curiosa resonancia, blanca y clara como la voz de una soprano lírica cuyo paladar, hundido en una desgraciada caída sobre la esteva de un arado, hubiera sido reemplazado por una prótesis de plata forjada.

Para empezar, Orvert decidió prescindir de todos los problemas y actuar como si nada ocurriese. En consecuencia, se vistió sin dificultad, pues sus indumentos estaban colocados cada uno en su sitio: es decir, unos sobre las sillas, otros debajo de la cama, los calcetines dentro de los zapatos, y éstos, el uno en el interior de un jarrón y el otro calzando el orinal.

—Dios mío —dijo para sí—, qué cosa extraña esta calina.

Reflexión sin gran originalidad que le salvó del ditirambo, del simple entusiasmo, de la tristeza y de la melancolía negra, colocando el fenómeno en la categoría de las cosas sencillamente constatadas. Pero acostumbrándose paulatinamente a lo inhabitual, se fue animando poco a poco hasta el punto de decidirse a encarar determinadas experiencias muy humanas.

—Bajo hasta casa de la portera —se dijo— dejándome la bragueta abierta. Así comprobaremos si en realidad hay niebla, o si se trata de mis ojos.

Como es natural, el espíritu cartesiano de todo francés le induce a dudar de la existencia de cualquier calígene opaca, incluso si es tan tupida como para nublar la vista. Y no es lo que pueda decir la radio lo que vaya a decidir la aceptación de lo chocante. La radio no dice más que majaderías.

—Me la saco —dijo Orvert— y bajo como si nada.

En efecto, se le sacó y bajó como si nada. Por primera vez en su vida advirtió

el chasquido del primer escalón, el temblor del segundo, el grillar del cuarto, el carrasqueo del séptimo, el susurrar del décimo, el chichear del décimo cuarto, las sacudidas del décimo séptimo, el bisbiseo del vigésimo segundo y el abejorreo del pasamanos de latón, desatornillado de su sustentáculo terminal.

Se cruzó con alguien que subía aplastándose contra la pared.

—¿Quién va? —dijo, deteniéndose.

—¡Lerond! —respondió el señor Lerond, el inquilino de enfrente.

—Buenos días —dijo Orvert—. Aquí Latuile.

Al tenderle la mano, encontró cierta cosa rígida que soltó con asombro. Lerond emitió una risita embarazada.

—Perdone —dijo—, pero no se ve nada, y esta neblina es endemoniadamente calurosa.

—Cierto —asintió Orvert.

Pensando en su desabotonada bragueta, se avergonzó de constatar que Lerond había tenido la misma idea que él.

—Bueno, hasta la vista —dijo Lerond.

—Hasta la vista —contestó Latuile, desabrochando solapadamente la hebilla de su cinturón.

Cuando el pantalón le hubo caído sobre los pies, se lo quitó, arrojándolo a continuación por el hueco de la escalera. Ciertamente, aquella calina era tan agobiante como una pichona enamorada. Y si Lerond se paseaba con su mancebía al aire ¿por qué tenía Orvert que continuar a medio vestir...? O todo o nada.

Chaqueta y camisa volaban poco después. Decidió conservar los zapatos.

Al llegar al final de la escalera, golpeó con delicadeza en el cristal de la portería.

—¡Adelante! —respondió la voz de la portera.

—¿Hay cartas para mí? —preguntó Orvert.

—¡Oh, señor Latuile! —se desternilló de risa la gruesa mujer—. ¡Siempre con sus chascarrillos...! ¿Y qué, bien dormido ya...? No quise molestarle, pero tendría que haber visto los primeros días de niebla... Todo el mundo parecía fuera de sí. En cambio, ahora... Bueno, digamos que a todo se acostumbra uno...

Por el poderoso perfume que lograba franquear la lacticinosa barrera, Orvert reconoció que se acercaba a él.

—Solamente a la hora del cocido no resulta demasiado cómodo —prosiguió ella—. Pero no deja de ser divertida la nieblecita... Casi se podría decir que alimenta. Como usted sabe, yo como bastante bien... Pues bueno, desde hace tres días, con un vaso de agua y un trozo de pan me basta.

—Va a adelgazar —observó Orvert.

—¡Ja, ja, ja! —cacareó la portera con su risa parecida a un saco de nueces cayendo por la escalera desde el sexto piso—. Compruébelo por sí mismo, señor Latuile. Nunca me había sentido tan en forma. Incluso los melones se me están volviendo a poner en su sitio... Compruébelo, compruébelo por sí mismo...

—Esto..., yo... —dijo Orvert.

—Palpe, palpe, le digo que palpe.

Y cogiendo la mano del sentenciado, la colocó sobre el remate de uno de los melones en cuestión.

—¡Asombroso! —constató Latuile.

—Y eso que tengo cuarenta y dos años —informó la portera—. ¿Eh? ¿Quién lo diría? ¡Ah...! y es que las que son como yo, un poquito gruesas por donde es debido, tienen esa ventaja...

—¡Pero por todos los santos! —exclamó Orvert asombrado—. ¡Está usted desnuda...!

—¡Claro! ¡Lo mismo que usted! —replicó ella.

—Cierto —musitó Orvert para sí—. Brillante idea he tenido.

—Han dicho los del *arradio* —prosiguió la portera—, que se trata de un aerosol *cafronisíaco*.

—¡Ah...! —dijo Latuile.

Con la respiración entrecortada, la portera buscaba contacto. Por un instante, el hombre tuvo la sensación de que la dichosa calina le permitiría escamotearse.

—Escuche, por favor, señora Panuche —le imploró—. No somos animales. Aunque se trate de un aerosol afrodisíaco hay que comportarse con mesura.

—¡Oh, oh! —se limitó a decir la señora Panuche con voz jadeante, mientras se servía de las manos con precisión nada mesurada.

—¡Está bien! —dijo finalmente Orvert con dignidad—. Arrégleselas como pueda. Yo no quiero saber nada.

—Oiga —murmuró la portera sin perder su presencia de ánimo—, el señor Lerond es mucho más amable que usted. Con usted, según parece, es una quien tiene que hacerlo todo.

—Escuche —le dijo Latuile—. Acabo de despertarme hoy. Por lo tanto, me falta entrenamiento.

—Descuide, le enseñaré —aseguró la portera.

A continuación ocurrieron cosas sobre las que será mejor echar el piadoso manto de este desdichado mundo como sobre las miserias de Noé, de Salambó y el velo de Tanit en la encerrona.

Orvert salió muy vivaracho de la portería. Una vez en la calle aguzó el oído. En efecto, se echaba en falta el ruido de los automóviles. Pero, en su defecto, se dejaban oír innumerables canciones. Y las risas chisporroteaban por todas partes.

Un poco aturdido, se adentró algunos pasos en la calzada. Sus oídos no estaban acostumbrados a un horizonte sonoro de tal profundidad y se sentía un algo extraviado. De repente se percató de que estaba pensando en voz alta.

—¡Dios mío! —decía—. ¡Una niebla afrodisíaca!

Como se puede ver, sus reflexiones sobre el particular habían progresado poco. Pero es preciso ponerse en el lugar de un hombre que duerme durante

once días y que despierta en medio de una oscuridad total, complicada además por una especie de generalizado y licencioso envenenamiento, para constatar que su obesa y ruinosa portera se ha transformado en una valquiria de senos puntiagudos y abundantes, en una ávida Circe en su antro de placeres imprevistos.

—¡Caramba! —dijo todavía Orvert para precisar algo más su pensamiento.

Y dándose cuenta de repente de que estaba a pie firme en la misma mitad de la calle, sintió miedo y retrocedió hasta la altura del muro, bajo cuya cornisa caminó a lo largo de un centenar de metros. A esa distancia se encontraba la panadería. Como una dietética estrictamente aplicada le constreñía a consumir algún alimento después de cualquier esfuerzo físico notorio, entró en ella para procurarse un panecillo.

Una gran algazara parecía reinar dentro del establecimiento.

Orvert era hombre de pocos prejuicios. Pero cuando comprendió lo que exigía la panadera de cada cliente y el panadero de cada diente, sintió cómo se le erizaban los cabellos en la cabeza.

—¡Por todos los diablos! ¡Si le doy un pan de dos libras —estaba diciendo aquélla— tengo derecho a exigir de usted un formato equivalente!

—Pero señora... —protestaba la aguda voz de un viejecillo en quien Latuile reconoció al señor Curepipe, anciano organista de la iglesia del muelle— pero señora...

—¡Y usted es el que toca el órgano de tubos! —exclamó la panadera.

El señor Curepipe se enfadó.

—¡Ya le enseñaré yo a reírse de mi órgano! —dijo amenazadoramente dirigiéndose con paso apresurado hacia la salida, pero ante ésta estaba Latuile, a quien el choque cortó la respiración.

—¡El siguiente! —ladró la panadera.

—Quisiera un pan... —dijo Orvert con esfuerzo, dándose masaje en el estómago.

—¡Un pan de cuatro libras para el señor Latuile! —vociferó la expendedora.

—No, no... —gimió Orvert—. Apenas un panecillo...

—¡Grosero! —le espetó la tahonera.

Quien, dirigiéndose a su marido, dijo a continuación:

—¡Oye, Lucien, ocúpate de éste! ¡Así aprenderá lo que es bueno!

Los cabellos se le volvieron a erizar a Orvert sobre la cabeza. Y al emprender la huida a toda pastilla, fue a darse de lleno contra la luna del escaparate, que resistió.

Recorriéndola por completo, consiguió salir finalmente. En la panadería la orgía continuaba. El aprendiz se ocupaba de los niños.

—¡En fin, caramba! —refunfuñaba Orvert en la acera—. ¿Qué pasa? ¿Y si a uno le gusta elegir, qué? ¡Pues menuda boca de horno ha de tener la tal panadera...!

A continuación le vino a la cabeza la repostería cercana al puente. La

dependienta tenía diecisiete años, la boquita de piñón y un coqueto delantalillo estampado... Quizá en aquel momento no llevase más que el delantalillo...

Sin pensarlo dos veces, partió a grandes zancadas hacia dicho establecimiento. En tres ocasiones al menos tropezó con amasijos de cuerpos entrelazados de los que ni siquiera le interesó detenerse a descubrir las respectivas composiciones. Pero, en uno de los casos, el conglomerado, como mínimo, se componía de cinco palmitos.

—¡Roma! —se limitó a farfullar—. *Quo Vadis?* ¡Fabiola! *Et cum spiritu tuo!* ¡Las orgías! ¡Oh!

Había cosechado de su contacto con la luna del escaparate un chichón de los mejor puestos y se frotaba la cabeza. Lo que no le impedía precipitar la marcha, pues determinada presencia que participaba de su persona, pero que le precedía a mucha distancia, le incitaba a llegar a la meta lo antes posible.

Cuando creyó que ya se acercaba al objetivo, optó por caminar junto a las fachadas de las casas para guiarse por el tacto. Por el redondo disco de contrachapado sujeto con pernos, que mantenía en su sitio una de las rajadas cristaleras, pudo reconocer el establecimiento del anticuario. Dos números más allá, la repostería.

De repente topó con todo el cuerpo con otro que, inmóvil, le daba la espalda. Sin que pudiera evitarlo, se le escapó un grito.

—¡No empuje! —le respondió una voz profunda—. Y apresúrese a separar esa cosa de mis posaderas, si no quiere que le parta ahora mismo la cara.

—Esto... yo... ¿No pensará que...? —dijo Orvert.

Y giró a la izquierda para salvar el obstáculo.

Segundo choque.

—¡Qué le pasa a éste? —se interesó una segunda voz de hombre.

—¡A la cola, como todo el mundo!

Siguió el estallido de carcajadas.

—¿Cómo? —acertó a decir Orvert.

—Está claro —explicó una tercera voz—. Seguro que viene en busca de Nelly.

—Así es —balbuceó Orvert.

—Está bien, pues póngase en la cola —prosiguió el hombre—. Somos unos sesenta ya.

Orvert no respondió. Sentía el corazón desgarrado.

Volvió a ponerse en camino sin esperar a averiguar si ella llevaba o no su delantalillo estampado.

Tomó por la primera a la izquierda. Una mujer venía, precisamente, en sentido contrario.

Tras el choque quedaron, cada uno por su lado, sentados en el suelo.

—Perdón —dijo Orvert.

—La culpa es mía —respondió la mujer—. Usted circulaba por su derecha.

—¿Puedo ayudarla a levantarse? —se ofreció Orvert—. Está usted sola ¿no

es así?

—¿Y usted? —preguntó ella a su vez—. ¿No estarán a punto de echárseme encima cinco o seis de una vez?

—¿Seguro que es usted una mujer? —continuó Orvert.

—Compruébelo usted mismo —le contestó ella.

Se habían aproximado el uno al otro, y el hombre pudo sentir contra su mejilla el contacto de unos cabellos largos y sedosos. Ahora estaban de rodillas y de frente.

—¿Dónde encontrar un lugar tranquilo? —preguntó Orvert.

—En el centro de la calzada —dijo la mujer.

Lugar hacia el que se dirigieron, tomando como referencia el bordillo de la acera.

—La deseo —dijo Orvert.

—Y yo a usted —dijo la mujer—. Mi nombre es...

Orvert la cortó.

—Me da lo mismo —dijo—. No quiero saber nada más que lo que mis manos y mi cuerpo me revelen.

—Proceda —le animó la mujer.

—Naturalmente —constató Latuile— va usted sin ropa alguna.

—Igual que usted —respondió ella.

Dicho lo cual, se estrecharon el uno contra el otro.

—No tenemos ninguna prisa —prosiguió la mujer—. Comience por los pies y vaya subiendo.

A Orvert le extrañó la proposición. Se lo dijo.

—De tal manera, podrá ser consciente de todo —explicó la mujer—. No tenemos a nuestra disposición, como usted mismo acaba de constatar, más que el instrumento de investigación que significa nuestra piel. No olvide que su mirada no puede atemorizarme. Su autonomía erótica se ha ido al traste. Seamos francos y directos.

—Habla usted muy bien —dijo Orvert.

—Leo siempre *Les Temps Modernes* —informó la mujer—. Venga, comience de una vez con mi iniciación sexual.

Cosa que Latuile no se privó de hacer reiteradas veces y de diversas maneras. Ella mostraba indudables condiciones, y el terreno de lo posible es muy amplio cuando no hay temor a que la luz se encienda. Y además, eso ya no se usa, después de todo. Las enseñanzas que le impartió Orvert a propósito de dos o tres truquitos nada desdeñables, y la práctica de un empalme simétrico varias veces repetido, acabaron infundiéndole confianza en sus relaciones.

Y allí llevaron, de tal modo, la vida sencilla y regalada que hace a los humanos semejantes al dios Pan.

3

Al cabo de un tiempo, la radio anunció que los sabios estaban constatando una regresión regular del fenómeno, y que el espesor de la niebla aminoraba de día en día.

Como la amenaza era de consideración, se celebró gran consejo. Muy pronto se encontró una alternativa, pues el genio del hombre nunca deja de sorprender con sus mil facetas. Y cuando la niebla se disipó, según indicaron los aparatos detectores especiales, la vida siguió felizmente su curso pues todos se habían hecho saltar los ojos.

(1949)

Martin me telefoneó

1

Martin me telefoneó a las cinco. Yo estaba en la oficina escribiendo no sé qué, seguramente alguna inutilidad. No me costó demasiado trabajo comprenderle. Habla inglés con un acento mitad americano y mitad holandés, que también debe ser judío, de lo que resulta un todo un tanto especial, pero que en mi teléfono funciona. Teníamos que estar a las siete y media en la Rue Notoire-du-Vidame, en su hotel y esperar; además le faltaba el baterista. Yo le dije:

—*Stay here, I will call Doddy right now.* —Y él respondió:

—*Good Roby, I stay.*

Doddy no estaba en el despacho. Dejé recado de que me llamase. Había setecientos cincuenta pavos para ganar si se tocaba en las afueras desde las ocho hasta medianoche. Volví a hablar con Martin, que me dijo:

—*Your brother can't play?*

Yo contesté:

—*Too far. I must go back home now, and eat something before. I go to your hotel.*

Él repuso:

—*So! Good, Roby, don't bother, I'll go and look for a drummer. Just remember you must be at my hotel at seven thirty.*

Como Miqueut no estaba, me largué a las seis menos cuarto. Apenas media hora de sisa. Volví a casa a buscar mi trompeta. Me afeité, pues cuando se toca para la Cruz Roja nunca se sabe. Si es para oficiales, es incómodo aparecer hecho un cerdo, por lo menos de cara, con la ropa nada importa, en eso ni siquiera se fijan. Me desollé los morros, pues no puedo afeitarme dos días seguidos, duele demasiado. En fin, por lo menos era mejor que nada. No tuve tiempo de cenar del todo. Me tragué un plato de sopa, dije buenas noches y salí. Hacía bochorno. Era otra vez el camino hacia la oficina, pues también trabajo en la Rue Notoire-du-Vidame. Martin me había dicho:

—Nos pagarán cuando acabemos de tocar.

Mucho mejor así. Habitualmente, los de la Cruz Roja hacen esperar semanas

enteras antes de pagar, y luego hay que acercarse hasta Caumartin, cosa nada fácil con Miqueut. No me seducía demasiado la idea de volver a tocar con Martin. Es demasiado bueno al piano, un verdadero profesional, y refunfuña cuando no se toca bien. Pero si no quisiera saber nada de mí, no me hubiera telefoneado. Seguramente vendría también Heinz Neuman. Martin Romberg, Heinz Neuman, ambos holandeses. Heinz, al menos, hablaba un poco de francés: «Me gustaría regresar a verte. ¿Así es como se dice?». Me preguntaba eso la última vez que nos vimos, en el Normandie Bar. Allí es donde tenía al mariquita aquel, Freddy, durante la guerra. Acostumbraba a encerrarse para telefonar en la cabina camuflada como aparador normando. Se le oía decir: «Sí, sí, sí, sí, sí...» con un tono sobreagudo, a la manera alemana, y con una risa artificial y muy suelta. Qué horroroso el Normandie con sus falsas y ostentosas vigas de alcorcho artificial. Allí birlé, en cualquier caso, el número del 28 de agosto del *New Yorker* y el de septiembre del *Photography*, ése en el cual se ve la carota del ciudadano Weegee que se divierte tomando fotos de Nueva York bajo todos los ángulos, sobre todo desde arriba. Durante las oleadas de calor, los habitantes de los barrios populosos duermen en los descansillos de las escaleras de incendios, a veces son hasta cinco o seis niños, y muchachas de dieciséis o diecisiete años casi en cueros. Tal vez en su libro pueda verse con más detalle. Se titula *Naked City*, pero no creo que se pueda encontrar en Francia. Acababa de pasar por la Rue de Trévise. Perra suerte la mía, carajo, el mismo camino de todos los días. A continuación pasé por delante de mi oficina. Está casi al principio de la Rue Notoire-du-Vidame, en cuyo extremo opuesto se encuentra el hotel de Martin. No le vi, no había nadie allí, ni la camioneta tampoco. Miré a través de la puerta del hotel... A la izquierda estaban, junto a una mesa de junquillo, un hombre y una mujer que consultaban alguna cosa. Al fondo, al otro lado de una puerta abierta, se veía al gerente o al patrón sentado a la mesa y cenando con su familia. No entré. Martin debía haberme esperado allí. Coloqué la caja de la trompeta de pie sobre la acera, y me senté allí mismo aguardando la llegada de la camioneta, de Heinz y de Martin. El teléfono sonó en la recepción del hotel. Me levanté. Se trataba seguramente de Martin. El patrón, en efecto, salió:

— ¿El señor Roby será usted por casualidad...?

— Yo soy, sí.

Cogí el auricular. Aquel teléfono no funcionaba como el de mi oficina, parecía mucho más chillón, y me vi forzado a pedir que repitiese. Estaba cerca de casa de Doddy. Doddy no estaba. Tendría que pasar a buscarle por la casa de Marcel, en el número 73, *seventy-three*, de la Rue Lamark. Estaba bien, había ido a cenar allí y, demasiado haragán para regresar al hotel, seguramente pensó que el cacharro bien podía pasar a recogerle. Previo acuerdo con él, intenté telefonar a Temsey para disponer al menos de un guitarrista. Imposible localizarle. No importa, nos arreglaríamos con trompeta, clarinete y piano. Hubiera resultado más rumboso... De repente todas las luces de la calle se apagaron. Debía tratarse

de una avería. Me senté sobre la caja de la trompeta, apoyando la espalda contra la pared situada a la derecha de la entrada del hotel y esperé. Una niñita salió corriendo del establecimiento. Al verme, hizo una finta con el cuerpo y se alejó. Volvió poco después y se mantuvo observándome a prudente distancia. La calle estaba muy oscura. Una obesa mujer provista de un capacho pasó por delante de mí. Ya la había visto al llegar, vestida de negro, con aspecto de madre de familia campesina. Pero no, buscaba cliente, cosa que me pareció curiosa tratándose, como se trataba, de un lugar poco frecuentado. Unos faros brillaron de improviso en el extremo de la calle. Amarillos. No se trataba de nuestra camioneta, pues los de los americanos son blancos. Un «11» negro, para variar. Después un camión, pero francés, veinte por hora a lo sumo. Y, finalmente, el bueno. Se subió a medias sobre la acera y apagó los faros, simplemente para que el chófer meara contra la pared. Gestos de alivio. Comenzamos a charlar. ¿Cuándo llegan los otros? No falta más que uno, Heinz. Las ocho menos cinco ya. El individuo era un antiguo maquinista de la T.C.R.P. vestido de americano. No sabía qué decirle. Parecía bastante simpático. Finalmente le pregunté si la camioneta estaba limpia por dentro. La última vez, en el del *show-boat*, me senté sobre una mancha de aceite y me puse perdido el impermeable. No, aquél estaba limpio. Me acomodé en la parte de atrás con las piernas colgando fuera. Seguíamos esperando a Heinz. El tipo no podía esperar demasiado. A las nueve y cuarto le aguardaba su coronel americano, y antes debía pasar por el garaje a buscar otro coche. Al oír esto, le dije:

—Seguro que no le gusta pasear en este cacharro. Su automóvil debe ser mucho mejor...

—No demasiado. No se trata de un coche americano, sino de un Opel...

Oí pasos. Todavía no era Heinz. Las luces de la calle se volvieron a encender todas a la vez, y el conductor me dijo:

—No puedo esperar más. Voy a hacer una llamada por teléfono. Le pediré al encargado del garaje que prepare un *jeep* para que venga a buscarles. Yo me voy a buscar al coronel. ¿Habla usted inglés por casualidad?

—Sí.

—En ese caso, usted se lo explicará.

—De acuerdo.

Heinz llegó por fin y se puso a despotricar al saber que había que recoger a Martín. Siempre que tenía ocasión echaba pestes contra él, pero en cuanto estaban juntos pasaban el tiempo regodeándose en holandés y poniendo a parir a los que tocaban con ellos. Lo sé porque, a pesar de todo, siempre comprendo algo de lo que dicen, pues su idioma se parece al alemán. Los holandeses son todos unos cerdos, medio prusianos, todavía más lameculos que éstos cuando tienen algo que pedir, y tacaños como no puede uno hacerse idea. Además, no me gusta su manera de humillarse ante el cliente para conseguir cigarrillos. Los demás tenemos por lo menos un poco de estilo, pero ellos venga a hacer descaradamente la pelota. ¡Bah!, si por mí fuera... Sí, que conste que, a pesar de

todo, soy ingeniero, y que aunque se trata del más tonto de todos los oficios, para decirlo en pocas palabras, no deja de reportar consideración y perspectivas. ¡Bah!, ni siquiera se dan cuenta de que me bastaría con apretar un botón y ¡plaf! ¡Adiós, Martin, adiós, Heinz, hasta la vista! Y qué tiene que ver que sean músicos, los profesionales son todos unos cerdos... El conductor regresó y subimos al vehículo. Heinz creía poder contar con un baterista para las nueve. ¿Pero dónde estábamos yendo? El chófer debía llevarnos al número 7 de la Place Vendôme, eso era todo lo que sabía. Pero como no le daba tiempo, en aquel momento íbamos en dirección a la Rue de Berri. En la Rue de Rivoli echó cuantas pestes quiso porque estuviera prohibido pasar de las veinte millas con los vehículos militares. Para evitarse una dirección prohibida, dio una vuelta en ángulo recto. ¡Malditas vueltas! ¿Por delante de dónde acabábamos de pasar? Sí, por delante del Park Club, ambiente diplomático. Todavía no he tocado en él, pero sí, en una ocasión, en el Colombia. Aquel día, precisamente, estaba lleno de chicas guapas. Era una pena verlas acompañadas por americanos. Pero, en definitiva, es lo que merecen. Cuanto mejor están, más tontas son. ¿Y a mí qué más me da? Lo que quiero no es acostarme con ellas, estoy muy fatigado, sino sólo mirarlas. No hay nada que me guste tanto como mirar a una chica bonita. Bueno..., tal vez meter la nariz entre su pelo cuando lo lleva bien perfumado. Sí, eso tampoco está mal. Frenazo brusco. Estábamos en el garaje. Un muchachote vestido de americano. ¿Americano, francés? Tal vez judío antes que nada. Llevaba el escudo de las barras y estrellas en el hombro. Se trataba del garaje del periódico. Heinz pidió permiso para telefonar al baterista. Yo le expliqué el asunto al mozo, pero vi que le importaba un comino. No tenía ganas de molestarlo. Por fin Heinz regresó. Nada de baterista.

—Bueno, ¿se nos facilita un *jeep* o qué?

Sí, pero no hay chófer. Les dejé que se las arreglaran por sí solos, carajo. Me revienta hablar con ellos. Además, contagian un acento tan vomitivo que después, los ingleses de verdad te miran con mala cara. Y además, ¡mierda!, me producen retortijones de estómago. Finalmente parecían haberlo solucionado. Habían dado, después de todo, con el conductor.

—Vamos a coger el Opel y a buscar a Martin, después nos dejará en la Place Vendôme.

El Opel era gris, de no demasiado mal aspecto. Lo condujo hasta la entrada. Heinz y yo nos metimos en él. Desde luego era mucho mejor que una camioneta. Heinz sonreía de satisfacción. Pero, en realidad, era un coche de saldo. Temblequeaba, tenía un ralenti infecto. Me acordé del Delage: si se ponía un vaso de agua sobre el guardabarros, ni siquiera se producía una ondulación en la superficie del líquido. Claro que era un seis cilindros, el motor que mejor se deja equilibrar. El chófer no acababa de ocupar su asiento. Le estaban haciendo esperar para darle su hoja de salida. Llevábamos ya veinte minutos de retraso sobre la hora acordada. A mí me importaba un pito. Después de todo, el jefe era Martin. Que se las entendiese con ellos. Un *jeep* con remolque entró en el garaje.

Sus ocupantes tenían aspecto de individuos de 1900 con sus pieles de cabra en las butacas, sus grandes polainas enroscadas y las rodillas a la altura de los ojos. Les impedíamos el paso. Uno de ellos se subió al Opel, lo hizo recular dos metros y, cuando el otro vehículo hubo pasado, lo volvió a dejar exactamente en el lugar donde se encontraba antes. Qué necio. Yo no dejaba de refunfuñar. El chófer consiguió a la postre su papel, y por fin salimos. Asquerosa cafetera, en los virajes daban ganas de vomitar. Todo estaba flojo: la suspensión, la dirección... Como es fácil comprender, yo lo sabía de sobra. Con un cierto ritmo de vibración, los coches producen mareos. Los alemanes, con toda seguridad, deben saberlo también, pero ellos tal vez no se mareen con el mismo ritmo. Delante de Saint-Lazare estuvimos a punto de dárnosla con un Matford que atravesaba a su antojo sin mirar a ninguna parte. Subimos por la Rue d'Amsterdam y los bulevares periféricos hasta la Rue Lamark. La casa número 73 quedaba a la derecha. Lo avisé. Y delante de la de Marcel, bajé del vehículo. Sentado junto a una mesita, Martin miraba hacia la puerta. Me vio. ¿Así que en efecto era eso, marrano? Como le dio demasiada pereza regresar a la Rue Notoire-du-Vidame, se había quedado a cenar allí. Llegó hasta el coche. El saludo a través del vidrio de la portezuela le quedó muy a lo gángster. Acto seguido se puso a cotorrear en holandés con Heinz. Ya estaba. Volvían a empezar y Heinz se mostraba incapaz de decirle ni media. Era previsible. Un aparatoso y desmadejado viraje más.

—¡Es como un columpio! —dijo el conductor.

La Place Vendôme no estaba muy iluminada. En su número 7, las oficinas del Air Transport Command.

—¡Hasta la vista! —me dijo el chófer. Nos estrechamos la mano. —Me voy a buscar al coronel.

—Parece que no hay nadie —dije yo—. No debe ser aquí.

Y él me contestó:

—Si no lo encuentran, telefoneen a Elysée 07-75, es el garaje. Allí me dijeron que les trajera aquí. Pero, evidentemente, son las nueve menos cuarto, lo que significa tres cuartos de hora de retraso.

Dicho lo cual, se largó.

—*Go and ask, Roby* —me dijo Martin.

—¿Y por qué no tú? Yo no soy el jefe.

Finalmente entramos. No era allí. Los tipos aquellos no tenían ni idea. El ambiente era siniestro, bastante parecido al de una oficina de Correos. Acto seguido estábamos de nuevo en la calle.

—*Where's this driver?* —preguntó Martin.

Una chica embutida en una cosa de cordero blanco y un americano nos vieron de repente.

—*That's the band!*

—*Yes* —dijo Martin—, *we've been waiting for half an hour.*

Mucho tupé le echó al asunto, pero en cualquier caso, yo puse cara de

pendejo. La chica morena no estaba nada mal, como tendremos ocasión de comprobar posteriormente. Les seguimos. Por fin un coche de verdad. Un Packard de 1939, negro y con chófer. El chófer quiso engañarnos:

— ¡No pueden subir todos! ¡Se me reventarán los neumáticos!

— ¡Qué dices! ¡Tú no sabes lo que aguanta un Packard!

Tres detrás: las dos chicas y un yanqui. En los trasportines, Martin, Heinz y yo. Delante, el chófer y dos yanquis más. Rue de la Paix, Champs-Elisées, Rue Balzac. Primera parada. Hotel Celtique. Los dos de delante se bajaron. Espera. Enfrente estaba aparcado un Chrysler azul cielo de la U.S. Navy. Ya los había visto pasar numerosas veces por París. Me preguntaba si se trataría del modelo *fluid drive* con cambio de velocidades por inyección de aceite. En el interior del automóvil, Heinz y Martin chapurreaban en holandés; el chófer en francés. ¡Oh! ¡Qué repugnantes resultaban! Uno de los americanos volvió a montar en la parte anterior. Estirándose entre Heinz y yo, le alargó algo al que iba en la parte de atrás.

— *There's a gift from Captain.*

No sé de qué se trataría.

— *Thank you, Terry* — contestó el del fondo.

Y comenzó a desenvolverse. La cosa tenía las dimensiones de un librito de papel de fumar. Se la volvió a entregar al que iba delante. A continuación nos pusimos en marcha. Al Chrysler se habían subido un oficial de marina y dos mujeres. Nos seguían. De repente giramos a la derecha. Al menos, aquello se comportaba como un coche. Tal vez el chófer quisiera hacerse pasar por Bernard o por O'Hara, que tanto monta. Pero con ocho a bordo era demasiado. Hasta llegar al Bois de Boulogne no me dedicué a escuchar lo que decían los de la parte de atrás. Estábamos ya entre Garches y Saint-Cloud. En el centro iba una mujer rubia bien puesta de pechuga, la morena a su izquierda y un americano a su derecha. Hollywood.

— *Santa Monica is nice* — le oí decir a la del centro con acento displicente.

Desde luego que sí. Sobre todo a tu lado, papanatas. Aparte de lo mal hecha que estás, tienes cara de pocos amigos, desde luego. La otra, la morena, estaba mejor. Seguramente ni siquiera era americana. Éstas tienen todas las ancas hundidas. Si exceptuamos, claro está, aquellas dos a las que vi una tarde en el *show-boat*. Ambas con pantalones de talla ajustada, ajustada, y con unos culos bien redondeados debajo. Habría podido jurarse que se los habían fabricado hinchándolas poco a poco y ajustándoles paulatinamente la ropa para destacar el busto y las nalgas. De verdad, resultaban formidables.

— *What's the name of that friend of yours, Chris...?* — preguntó el americano a la morena.

— *Christiane* — respondió la otra.

— *Nice name, and she's nice too.*

— *Yes* — prosiguió la otra —, *but she's got a strange voice* [¡vaya con la amiga!] *and when she's on the stage, she makes such an awful noise... yes... but she's*

nice. May be we'll go to New York in february —añadió.

—*And where do you come from New York* —dijo el tipo—, *it would be wonderful to see you again, and this other friend of yours, Florence?*

—*Yes* —dijo ella—, *she's got a nice face, but the rest is bad.*

¡Con cuánta gentileza hablaba la tía de sus amistades!

—*And who will come too? All the chorus girls?*

A continuación de lo cual creí comprender que formaba parte de la Comisión de Fiestas y Festejos, pero quizá me equivoqué. Resultaba molestísimo escuchar con Heinz y Martin a mi lado, que no dejaban de hablar holandés.

—*I think you're the best* —dijo el individuo.

Y ella no respondió; tal vez pensaba que era cierto y que no se lo decía en plan de cumplido. Llegábamos ya al puente de Suresnes, lleno por completo de baches y en pésimo estado de conservación, mientras el nuevo, a su lado, todavía, estaba sin terminar. Comenzado en el cuarenta, llevaba ya enmoheciéndose por lo menos cinco años. La cuesta de Suresnes por fin. Era cojonudo escuchar el ruido de los neumáticos de un gran automóvil sobre el pavimento. Hacían un ruido hueco y rotundo. Subíamos en directa. ¿Que ocho resultan demasiados para un Packard? ¡Qué cretinez! Todos los chóferes son unos estúpidos. Son una raza inferior. Yo soy ingeniero y me cago en ellos, pero ellos están en buenas relaciones con los músicos, de lo cual se jactan. Sí, en definitiva son de la misma especie. Tipos que se achantan. Bueno, ya me vengaré con un colt más tarde. Me los cargaré a todos. Pero no quiero correr ningún riesgo, porque mi pellejo vale más que los de todos ellos juntos. Sería estúpido terminar entre rejas por tipos así. Me pregunto por qué no me decido a hacerlo de una vez. Se trataría de ir a buscar a un individuo como Maxence van der Meersch¹² y decirle:

—A usted no le gustan los rufianes ni los gerentes de establecimiento. A mí tampoco me gustan. Formemos una asociación secreta y una noche, por ejemplo, nos metemos en un Citroën negro y acabamos con todos los de Toulouse.

—No sería suficiente —me contestaría Van der Meersch—, habría que cargárselos a todos.

—En ese caso, tengo otra idea —replicaría yo—. Convoquemos una gran convención sindical y después los suprimimos. Basta con organizarse bien.

—¿Y si nos zurren la badana? —alegaría Van der Meersch.

—No tendría importancia. Lo habríamos pasado bien, pero al día siguiente encontraríamos a otros en su lugar.

—Y entonces —accedería él—, podríamos ensayar otros trucos.

—De acuerdo. Hasta la vista, Maxence.

El automóvil acababa de parar. Golf Club. Allí era. A tierra. Entramos.

¹² Escritor francés (1907-1951) que abordó en sus novelas problemas éticos, sociales y psicológicos, tratados desde una óptica cristiana. Su obra más célebre es *Cuerpos y almas* (*Corps et âmes*, 1934). (N. del T.)

Embaldosado, vigas a la vista, no era el primer lugar así que veía. Nos cambiamos en una habitación muy pequeña. Evidentemente, habían vuelto a requisar un sitio que no estaba del todo mal. Pasillo a la izquierda, gran salón con piano, es aquí.

2

Así, de buenas a primeras, el calor resultaba pasmoso. Mal he hecho en ponerme mi *sweat-shirt*. Por otra parte, debo de tener cuidado con el agujero del pantalón. Pero como la chaqueta es lo suficientemente larga, seguramente no lo verán. Y después de todo, no se trata más que de putas. En cuanto a los tíos, me importan un bledo. Los radiadores funcionan, sin duda alguna. Nos sentamos los tres. Martin considera que no hay el ambiente adecuado para interpretar *swing*. Heinz empuña el violín en lugar del clarinete, y entre los dos atacan una pieza cingara. Durante ese tiempo descanso, caliento un poco la trompeta soplando en su interior y desatornillo el segundo émbolo, que se atasca cuando se le pone aceite. Le echo un poco de saliva encima. Demasiado muelle. Desde luego, no hay nada como la saliva. Ni siquiera el *Slide Oil* de Buescher es lo bastante fluido. Y en cuanto al petróleo, probé una vez, y la vez siguiente me quedó el regusto en la boca durante más de dos horas. Algunas de las vigas están pintadas de rojo viejo, amarillo oro y azul de París desmayado, estilo antiguo. Gran chimenea monumental con un chuzo portateas adornado con flecos a cada lado. Viejos estandartes sobre las vigas del paravientos, a diez metros del suelo. Los techos son muy altos. Cabezas de animales disecadas en las paredes. Antiguas armas árabes. Justo enfrente de mí, un gran Aubusson¹³ en el que está representada cierta especie de cigüeña, así como una exótica vegetación. Sus tonalidades son un tanto llamativas, y van desde los amarillos y los verdes hasta el azul verdoso. Una gran araña de iglesia en mitad del salón, con cien candelillas eléctricas encendidas, y bombillas simulando habilidosamente la forma de llamas. Sólo un instante antes de que Martin y Heinz comenzasen, un individuo ha apagado la radio. El receptor está disimulado en la parte posterior de uno de los estantes de la biblioteca, provisto, según parece, de lomos de libros de mentirijillas. Contemplo las piernas de la chica morena, que ahora tengo enfrente. Lleva un bonito vestido de lana gris azulada con un bolsillito sobre la manga, y un pañuelo de color oliva. Pero

¹³ Denominación genérica de los tapices procedentes de la ciudad francesa del mismo nombre. (N. del T.)

cuando la veo de espaldas compruebo que su ropa está mal cortada por detrás. El talle le queda demasiado ancho y la costura de la cremallera se le abomba un tanto. Lleva zapatos de cuña, pero de piernas no está mal, pues las tiene bastante bien formadas tanto a la altura de las rodillas como a la de los tobillos. No tiene estómago y, con toda seguridad, sus nalgas han de ser duras. Perfecto. Aunque seguramente la mirada también la tendrá de puta. La otra chica del coche sigue estando junto a ella. Luce un infame tono de piel demasiado blanco. Se trata de una moza fofa y con muy buena pechuga, detalle en el que ya me había fijado. Pero sus piernas son horrosas, y su vestido, horroroso también, de cuadritos marrones sobre un fondo crudo. No resulta en absoluto interesante. Un capitán francés estilo oficial calvo, de edad, condecorado en la guerra del 14 (¿por qué me produce esta impresión?; tal vez sea a causa de los libros de Mac Orlan), está hablando con ella. Hay también dos o tres americanos, entre ellos un capitán, pero de los no elegantes, se ve que tienen dinero por lo poco que se preocupan de su indumentaria. A mi izquierda, detrás del piano y cerca de la entrada, hay una barra de bar detrás de la cual se mueve un sirviente del que sólo veo la parte superior de la cabeza. Los fulanos comienzan a atizarse whiskies en vasos de naranjada. La atmósfera es absolutamente vomitiva. Heinz y Martin han acabado con su invento. Ningún éxito. Decidimos tocar *Dream*, de Johnny Mercer. Cojo la trompeta, y Heinz el clarinete. Una pareja se decide a bailar, la morena también, y después se suman algunos otros fulanos. Pocos en cualquier caso. Imagino que debe haber algunos saloncitos contiguos. Es asombroso lo que calientan estos radiadores. Después de *Dream*, una movidita para despertarles, *Margie*. Empiezo a tocar con sordina, pues realmente son muy pocos los que bailan y, además, la cosa queda así mejor ensamblada con el clarinete. Templo un poco la trompeta, que estaba demasiado alta. Los pianos suelen sonar alto habitualmente, pero éste está algo bajo por el calor. Procuramos no cansarnos, y la gente baila sin demasiada convicción. Entra un tipo con americana negra galoneada, camisa y cuello almidonados y pantalones de rayas. Tiene aspecto de mayordomo, y tal vez lo sea. Hace una señal al camarero, quien nos trae tres cócteles de ginebra con naranja o algo por el estilo. A mí me gusta más la coca-cola. Este potingue me va a caer mal al hígado. Regresa acto seguido, cuando hemos terminado la melodía, y nos pregunta qué se nos ofrece. De amables maneras, tiene el rostro chupado, la nariz colorada, la raya a un lado y un tono de piel muy curioso. Parece triste el pobre viejo. Tal vez padezca del vómito negro hereditario. Se aleja y vuelve a acercarse con dos platos. En uno trae cuatro enormes raciones de tarta de manzana. En el otro, una pila de sándwiches, unos de *corned-pork* y otros de mantequilla y *foie-gras*. ¡Por la Virgen, qué buena pinta tienen! Para disimular, Martin dibuja una candorosa sonrisa de concupiscencia, y la nariz se le junta casi con el mentón. El camarero nos dice:

—Si les saben a poco, no tienen más que pedir más.

Volveremos a tocar después de haber comido un sándwich. La linda morenita se deja llevar contoneando sus duras nalgas, mientras pela la pava con

el americano. Bailan completamente plegados sobre las corvas y bajando mucho la cabeza, como formando una exagerada figura del galope al estilo 1900. Ya vi hacer lo mismo el otro día. Debe tratarse, seguramente, de la manía de moda. La cosa debe provenir de Auteuil y de los pijos de por allá. Justo a mis espaldas hay dos cabezas de ciervo rotuladas «Dittishausen, 1916» y «Unadingen, 21 de junio de 1928». El asunto, encuentro, no tiene verdaderamente más que un interés muy reducido. Están montadas sobre dos redondeles de madera barnizada que parecen haber sido cortados del mismo madero y un poco al sesgo. En efecto, tienen una forma aproximadamente oval, o elíptica, para decirlo con más exactitud. Entra un Mayor, no, un estrella de plata, es decir, un coronel, llevando del brazo a una linda mujercita. Aunque esto tal vez sea demasiado decir. La mujercita en cuestión tiene la piel tersa y sonrosada, los rasgos rechonchos, como si la acabasen de esculpir en hielo y estuviera empezando a fundirse. Sí, ese tipo de rasgos redondeados, carentes de relieves y de hoyuelos. Su aspecto tiene algo de repugnante. Bajo él debe ocultarse, por fuerza, alguna cosa. De algún modo hace pensar en un esfínter anal después de una lavativa, reluciente y desodorado. El fulano, por su parte, tiene un aspecto por completo anodino: narigón y con los cabellos canos. La estrecha amorosamente, y ella se restriega contra él. Resultáis vomitivos los dos, amigos míos. Id a echar un polvo a un rincón y regresad después, si es que os apetece. Qué estúpidos restregarse como esos gatos que cagan en cajas de ceniza. Me producís náuseas. Seguramente ella está bien limpiita y hasta un poco húmeda entre los muslos. Ahí va otra de un rubio tirando a pelirrojo. En 1910 se veían ya fotos parecidas. Sí, con una cinta roja alrededor de la cabeza: *American Beauty*. Y la cosa no ha cambiado desde entonces. Siempre muchachas demasiado aseaditas. Esa, además, está mal hecha. Tiene las rodillas separadas, y es del estilo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Deben ser todas, sin duda alguna, americanas o inglesas. La morenita sigue bailando. Dejamos de tocar durante un instante. Entonces, se acerca al piano y le pide a Martin que interpretemos *Laura*. A él no le suena. En ese caso, *Sentimental Journey*. De acuerdo. Ataco la sexta solicitada. Todos se ponen a bailar. ¡Menuda pandilla de fatuos! ¿Bailan para darse postín, para agradar a las chicas, o simplemente por bailar? El coronel continúa dándose el filete. Cierta moza me dijo el otro día que no puede soportar ante sus narices a ningún oficial americano. Además de hablar siempre de política, no saben bailar en absoluto. Y, por otra parte, resultan demasiado cargantes (lo cual no merece la pena decirse; con lo otro ya bastaba). Hasta ahora, estoy bastante de acuerdo con ella. Prefiero a los soldados. Los oficiales son todavía más hediondos que los cadetes franceses. Y a pesar de ello, presumen más que una mierda en un solar con esos bastoncillos que deben servir para dar por el culo a los caballos. Estoy sentado en una silla estilo rústico-medieval-fabricada-a-mano. Resulta soberanamente dura para las nalgas. Pero si me levanto, tendría que ocuparme de mantener oculto el agujero del pantalón. La morena vuelve a acercarse. Otro cuchicheo con Martin. Cerdo decrépito, también a ti te gustaría meterle mano donde le pica. Y

yo sé la razón. Hace mucho calor, y eso siempre rejuvenece. De costumbre, en el *show-boat*, se nos quedan congelados. Lo cual tampoco resulta demasiado estimulante para tocar. El tiempo parece que no transcurre esta noche. Es demasiado cansado tocar a tres. Y, además, esta música parece de tomadura de pelo. Le damos a dos melodías más y descansamos un rato. Nos zampamos la tarta. A continuación, un americano, que debe ser el Bernard o el O'Hara con quien el chófer hablaba ante la puerta del Celtique, hace su aparición.

—*If you want some coffee, you can get a cup now, come on.*

—*Thanks!* —contesta Martin, y vamos para allá.

Volvemos a atravesar el vestíbulo. Giro a la izquierda. Saloncito enmoquetado y por completo tapizado estilo Aubusson, con revestimiento de roble. En el diván están el coronel y su pegajosa hembra. Lleva ésta un traje sastre negro y medias quizá demasiado rosadas, pero finas. Es rubia y tiene los labios humedecidos. Pasamos por su lado sin mirarlos. Por lo demás, tampoco les hubiera molestado, pues no estaban haciendo nada, apenas expresar sus sentimientos. Entramos por fin en otra habitación, especie de bar y comedor, también sobrecargada de tapices de Aubusson (debe ser una manía) y con una alfombra sobre la moqueta. Pirámides de pasteles. Alrededor de dos docenas de machos y de hembras, éstas aproximadamente en la proporción de una por cada cuatro, están fumando y bebiendo café con leche. Hay cantidad de bandejas y bandejas, y nos acercamos a ellas, sin demasiada ostentación, pero con decisión inmarcesible. Esponjosos bollitos rellenos de crema de cacahuete. Me gustan. Jugosos marroncillos con sabor a néctar. Estos también. Y, para terminar, más tarta de manzana con una capa de dos centímetros de nata batida sobre la manzana y una pasta que es una maravilla. Bueno, por lo menos la velada no resultará del todo perdida. Trago y trago hasta que no puedo más, y todavía continúo un poco después, para asegurarme de que mañana no sentiré remordimientos. Vacío mi taza de café con leche, medio litro más o menos, y a continuación, me zampo algunos pastelillos más. Martin y Heinz cogen cada uno un puñado. Yo no. No me parece indicado llevarme nada ante las narices de todos estos cretinos. Pero, ya se sabe, los holandeses son como los perros. Les falta pudor y carecen de sensibilidad hasta que reciben el primer puntapié en el trasero. Damos una vuelta. Yo permanezco con la espalda contra la pared a causa del agujero de los pantalones. Regresamos finalmente al gran salón. Me desabrocho dos botones porque resulta duro volver a soplar casi inmediatamente después de haber zampado. La cosa vuelve a empezar. La morena está otra vez aquí. Quiere que toquemos *I dream of you*. ¡Ah! ¡La conozco! Pero Martin, no. No importa. Ella le propone *Dream*, mas como ya la hemos interpretado, él decide atacar *Here I've said it again*. Esta última me gusta bastante debido sobre todo a su *middle-part*, cuando se trata de hacer una caprichosa modulación del fa al si bemol sin dar sensación de que se está haciendo. Tocamos. Paramos un poco. Volvemos a tocar. Estamos medio dormidos. Han aparecido dos chicas nuevas. Seguramente son francesas. Tienen una pinta

deplorable con sus greñas hirsutas y su aspecto mezcla de mecanógrafa marisabidilla y criada. Como no podía ser menos, casi al instante se acercan a pedirnos música de baile de pueblo. Para hacerlas rabiarse, interpretamos *Petit Vin Blanc* a ritmo de *swing*. Qué majaderas, ni siquiera reconocen la melodía. Sí, casi al final sí, y nos ponen una cara bastante desagradable. Los americanos se cachondean, les gusta todo lo que es chabacano. Me parece que nos estamos pasando. Es más de medianoche y llevamos interpretadas montones de viejas pamplinas. Me atizo una coca-cola que me han servido en un vaso muy grande. A Martin acaban de pagarle en este momento. Un sobre bastante abultado. Se ha quedado mirándolo y ha dicho:

—*Nice people, Roby, they have paid for four musicians, though we were only three.*

Eso ha dicho el muy cretino. Por lo menos debe haber tres mil francos dentro del sobre. Martin se va a mear y, al volver, tiende la mano para conseguir un paquete de Chesterfield reseco.

—*Thank you, sir, thanks a lot!*

¡Despreciable lacayo! Un corpulento pelirrojo se acerca para preguntarme algo sobre una batería. Según parece, le interesa una para mañana. Le facilitó un par de direcciones. Poco después se acerca otro que se explica algo mejor. Lo que quería el anterior es alquilar una batería. Lo siento, nada que hacer. No conozco a nadie que se dedique a eso. En agradecimiento, me ofrece también un cigarrillo. Continuamos tocando, con lo que acaba por darnos la una. Intentamos acabar con *Good Night, Sweet-heart*. Se acabó, nos vamos. Otra, otra, por favor. Volvemos a interpretar *Sentimental Journey*. Verdaderamente les afecta que sea la última. Son tan tiernos... Bueno, habrá que pensar en irse. Venga, vamos a cambiarnos de ropa. Cuando acabamos hace frío en el pasillo y en la entrada de la mansión. Me echo el impermeable sobre los hombros. Martin está con Heinz. Me hace señas para que me acerque. Voy. Me suelta setecientos pavos. Ya entiendo, ya. El resto lo guardas para ti. Eres un cerdo asqueroso al que de buena gana aplastaría el hocico. Mas eso es precisamente lo que quisieras, que me diera por aludido. Soy menos cretino que tú y, además, tienes ya cincuenta años. El día menos pensado reventarás. A Heinz no le ha pagado delante de mí. Verdaderamente sois dos granujas de cuidado. En cuanto a los cigarrillos, me complazco en regalarle mi parte solamente por el placer de oírle decir: «*We thank you very much, Roby*». Esperamos un coche. La entrada está enlosada. Hay dos baldes rojos llenos de agua, un extintor y cartelones por todas partes: *Beware of fire; Don't put your ashes*, etcétera. Me gustaría saber a quién pertenece la residencia. Contemplándola, me extasíó con Heinz, a quien también le gusta. Volvemos al recibidor. Martin tiene ganas de mear. Ha birlado en algún sitio un ejemplar del *Yank* y me lo deja para que se lo guarde. Estamos cerca del teléfono. Cuando Martin regresa, me dice:

—*Can you call my hotel, Roby, I wonder if my wife's arrived.*

Su mujer debía llegar hoy. Telefono a su hotel, de parte del señor Romberg, para saber si la llave de su habitación está en el cajetín. Sí, sí está. Luego tu

esposa no. Tranquilo, también esta noche podrás meneártela con la foto de una *pin-up girl*. Volvemos al recibidor y nos dirigimos después hacia el Packard. El conductor no quiere llevarnos a los tres, le maldecimos.

—Vete, vete sin nosotros. Ya nos las arreglaremos.

Otra vez al recibidor. Me siento. Para variar, Heinz se pone a refunfuñar en jergonza. Martin parlamenta con Doublemètre, un americano muy gentil que nos encuentra un coche, pero Martin se va a cagar, y nos pide que le esperemos. Vuelta al recibidor. De todos modos, Heinz le ha dado veinte pavos de propina a uno de los mayordomos, que resulta bastante simpático.

—¿A quién pertenece la casa?

—A un inglés que es funcionario público en África del Sur y que tiene otra mansión muy cerca de Londres.

Me entero también de que, durante la ocupación, los alemanes no tocaron nada. Se limitaron a vivir en ella con todas las de la ley. El inglés ha perdido a su mujer hace tres años, y acaba de volver a casarse. El doméstico no conoce todavía a su nueva patrona. Triste resulta, en verdad, perder a un conocido. Él mismo, por ejemplo, tenía un buen compañero, un íntimo amigo desde hacía más de seis años, y lo perdió un buen día. ¿Qué se le va a hacer? Nada, pero la cosa deja un vacío difícil de llenar. Doy los oportunos pésames y nos estrechamos la mano. Hasta la vista. Gracias. Heinz y Martin están de regreso por fin. Salimos. El coche está en una alameda. Se trata de un Chrysler. No, es el otro, mejor aún, un Lincoln. Echo una meada contra un árbol. Finalmente llegan las dos mecanógrafas fregonas acompañadas por un americano. Éste conduce. Nosotros tres detrás; él delante con las dos chicas. Ellas dan chillidos porque dicen ir demasiado apretadas. Por mí que las parta un rayo. Yo voy bastante bien. Conectan la radio del coche. Se pone en marcha. Arranca con fuerza. Según parece, seguimos a otro. La música del receptor ayuda a pasar el rato. Se trata de un jazz blanco que suena un poco frío, pero que no deja de ser divertido. El coche sigue marchando a pedir de boca. Le digo a Heinz:

—No me importaría nada estar paseándome de esta manera durante toda la noche.

Él prefiere irse a dormir. París, Concorde, Rue Royale, Boulevards, Vivienne, Bolsa, *stop...* Martin se apea. A continuación me llevan a mí. Heinz está furioso por la vuelta que hemos dado. Estamos a la altura de la Gare du Nord, y ahora tiene que regresar hasta Neuilly. Que se las entienda con la compañía. Adiós, niños míos. Estrecho la mano al conductor:

—*Thanks a lot. Good night.*

Estoy en casa. La cama, por fin. Y justo antes de dormirme, siento cómo me convierto en pato.

(1946)

Marsella comenzaba a despertar

1

Marsella comenzaba a despertar.

El aprendiz de carnicero levantó el medio cierre de hierro pintado de verde aceituna que cubría la mitad superior del frente de la carnicería. La cosa produjo un violento ruido metálico, pero el aprendiz podía silbar todavía con más fuerza, y así lo hizo. Silbaba *El vals de Palavas tampoco es traba para la agencia Havas*¹⁴ obsesivo soniquete aprendido de la radio, que lo despachaba en tiradas interminables a lo largo de toda la jornada.

A continuación, el aprendiz retiró la metálica reja de tres cuerpos que cerraba la parte inferior del frente del establecimiento, y la depositó en el lugar acostumbrado. Hecho lo cual, barrió el aserrín esparcido la víspera, y se echó a descansar dándole vueltas a los pulgares.

Los pasos del patrón en el pasillo le recordaron algo. Abalanzándose sobre un hermoso y flamante cuchillo adquirido la víspera, comenzó a pasarlo frenéticamente sobre la chaira.

Entretanto, y aclarándose la garganta con un ruido nauseabundo como acostumbraba a hacer cada mañana, el patrón apareció. Se trataba de un tiazio moreno, un poco siniestro, y de aspecto semejante al de un turco. Sin embargo era de Nogent.

—Y bien —dijo—. ¿Ese cuchillo?

—Estoy empezando —respondió el mozo un poco azorado. Sus cortos y rubios cabellos, y su roma nariz le hacían parecido a un cochinillo.

—Deja ver.

El mozo alargó la hoja al patrón. Éste la cogió y se pasó el corte sobre una uña para probar el filo.

—¡M...! —blasfemó—. ¿Dónde has aprendido a afilar? Con un cacharro como éste no serías capaz de cortarle el cuello a un norcoreano.

¹⁴ Palavas es una población próxima a Montpellier. Havas, el nombre de una célebre agencia telegráfica francesa. La pronunciación francesa del título de la supuesta cancioncilla (que hemos traducido aproximadamente) constituye un sonoro calambur. (N. del T.)

Decía aquello para vejar a su aprendiz, del que de sobra le resultaban conocidas las inclinaciones revolucionarias.

—¡Oh! —protestó el mozo—. ¡A que sí!

Había hablado demasiado. Siniestro, el patrón le miraba fijamente.

—¡A que no! —dijo.

El mozo se sintió un tanto confuso. Tímidamente, intentó salir del paso.

—¿Macho o hembra...? —sugirió.

—¡Da lo mismo! —contestó el patrón con risa maliciosa.

Se aclaró la garganta por última vez. Como no podía soportarlo, el joven ayudante se puso a vomitar en el aserrín.

2

Mr. Mackinley frotó pensativamente una cerilla contra la suela de cuero de su zapato izquierdo. Tenía los dos pies sobre la mesa, y, para hacerlo, tuvo que encorvarse excesivamente, reavivando el dolor de su antiguo lumbago de Iwojima.

Mr. Mackinley tenía en realidad un apellido completamente distinto, y su negocio de exportación disimulaba la personalidad de uno de los elementos más activos del A.S.S., el Servicio Secreto norteamericano. Los endurecidos rasgos de su enérgico rostro daban a entender que, en caso de necesidad, Mr. Mackinley podía comportarse de manera implacable.

Dejó caer la mano sobre el botón de un timbre eléctrico. Apareció una secretaria.

—Haga pasar a la señora Eskubova —dijo en un inglés por completo desprovisto de acento.

—*Yes, sir* —contestó la secretaria, y Mr. Mackinley frunció el ceño ante el tufillo de Brooklyn que le evocó aquella voz grisácea. Pero como tenía sobre sí mismo más imperio que Hiro-Hito, se dominó.

Una mujer entraba poco después en el despacho. Parecía exultante y mística al mismo tiempo. Sus ojos azules, sus cabellos castaños y su cuerpo torneado y tentador, hacían de ella el agente ideal para cualquier misión delicada.

—*Hello, Pelagia* —dijo concisamente Mr. Mackinley.

Ella le contestó en la misma lengua, razón por la cual nos vemos forzados a traducir.

—Tengo una misión de confianza para usted —dijo Mackinley yendo derecho al grano, como suelen hacer los norteamericanos.

—¿Cuál? —contestó Pelagia pagándole en la misma moneda.

—La que sigue —susurró Mackinley, bajando el tono de voz—. De fuentes bien informadas nos hemos enterado de que un conocido político francés, el señor Jules M..., ha entrado en posesión de determinados informes que resultarían para nosotros de la mayor utilidad. Se trata del *dossier* Gromiline.

Pelagia palideció, pero no dijo ni pío.

—Esto... —continuó incómodo Mackinley—. Bueno, en resumidas cuentas. En mi opinión, solamente usted sería capaz de hacerse con los informes mencionados.

—¿Y cómo? —preguntó ella en un susurro.

—Querida mía... —dijo galantemente Mackinley—. Sus tan evidentes encantos...

La pitillera de plata de Pelagia le alcanzó en la ceja izquierda. Manaron algunas gotas de sangre. Mackinley seguía sonriendo, pero sus mandíbulas se contraían convulsivamente. Recogió la cajita y la devolvió a Pelagia.

—Me toma usted por una golfa —dijo ésta—. Yo no soy Marthe Richard, no lo olvide, Mackinley.

—Querida mía... —contestó él—. O dice sí o...

Y con gesto significativo se pasó el canto de la mano por la nuez.

Ella explotó.

—Me niego —dijo—. Es demasiado feo. Cuando entré a formar parte del Servicio, acordamos que mi fidelidad a Georges no habría de correr el riesgo de sufrir menoscabo.

—¡Ja, ja, ja! —se rió Mackinley—. ¿Y qué me dice de ese mocito rubio de sonrosadas mejillas...? Sí, ese aprendiz de carnicero de Montpellier, según creo, con el que acostumbra a pasear en taxi.

Esta vez la mujer acusó el golpe.

—¡O sea que usted lo sabe todo, especie de monstruo! —dijo casi sin aliento.

Él hizo una ligera inclinación galante.

—Todo no. Me gustaría saber todavía más —ironizó—. Por eso me he permitido solicitar su colaboración.

—¡Acostarme con Jules M...! —murmuró Pelagia—. ¡Qué abominación!

Se estremeció, y se levantó.

—Bueno, creo que no tenemos nada más que decirnos —concluyó Mackinley—. Dentro de unos días nuestro agente F-5 la contactará en Montpellier. Se le entregará un juego completo de documentos de identidad y, naturalmente, algunos viáticos...

—¿Cuánto? —preguntó ella entre dientes.

—Ejem... —vaciló Mackinley—. Tendrá quinientos mil en metálico y, además, cinco mil dólares que cobrará si el asunto resulta un éxito. El Servicio está decidido a mostrarse bastante generoso en esta ocasión. Entienda de una vez, querida Pelagia, que el informe Gromiline tiene una importancia extremada para el presidente...

3

El taxi arrancó con suavidad. Se trataba de un antiguo Vivaquatre cuyo chófer era medio sordo.

En la parte de atrás, sobre el acolchado, Pelagia acariciaba con ternura los recortados cabellos del aprendiz de carnicero.

—Gatito —le decía en ruso—. Cuando era muy pequeña, tenía un cerdito sonrosado, un encantador lechoncillo... Se llamaba Pulaski... Me recuerdas mucho a él.

Se estremecía al decirlo. Por su parte, el mozo de carnicería, un poco atontado de naturaleza, se dejaba acariciar sin decir palabra.

—¡Bah! —bufó Pelagia—. Me estoy empezando a crear un complejo retroactivo, como las zorras de las norteamericanas.

El taxi se acercaba al hotel en el que la pareja cobijaba sus amores.

—Escucha —dijo Pelagia haciendo acopio de todos sus conocimientos de francés—. Tú venir... Tú, pinchón mío, coger cuchillo... Tú cortarme el gaznate... No, no puedo acostarme con ese individuo —añadió en ruso—. Escucha, Goloubtchik —continuó en francés—, si me amas debes hacerlo.

—¿Por casualidad eres norcoreana? —preguntó el joven aprendiz de carnicero a quemarropa.

—¡Oh...! —dijo Pelagia—. De Kharbine... muy cerca...

—Entonces, vale —sentenció él—. Estamos de acuerdo. Lo haré.

Pelagia se estremeció.

—Sí, prefiero que lo hagas tú —dijo ella muy de prisa—. Mi cochinito sonrosado. Y en Palavas, donde nos conocimos.

Tras lo cual lo besó apasionadamente. Al ver la escena en el retrovisor, el chófer estuvo a punto de empotrarse en un camión.

—Lo haremos mañana —dijo el aprendiz—. Afilaré el cacharro esta tarde al regresar. Te esperaré en la playa a las nueve.

Era el 3 de septiembre.

4

—¿Dándole todavía? —se impacientó el patrón—. Decididamente, no tienes ni idea de cómo se afila un cuchillo.

—Ya veremos, ya veremos —dijo el mozo, con aires de triunfo.

—Sigo esperando al coreano —replicó el patrón buscándole las vueltas.

—Paciencia —le aconsejó el aprendiz.

Empuñando la chaira, comenzó a repasar la hoja con aplicación. Entre los apretados labios, le asomaba al exterior de la boca la punta de la lengua. El patrón sonrió con malicia y escupió en el aserrín, acertándole de lleno a un grueso moscardón verde.

5

—Pare aquí —dijo Pelagia dando un golpecito en el hombro al chófer.

Éste obedeció. Ella le largó dos billetes de mil francos y echó pie a tierra. Llevaba una falda negra y una camisa blanca generosamente escotada.

El chófer la contempló según se alejaba y chasqueó la lengua.

—Por este precio, de buena gana me la tiraba todas las noches —dijo con indignante grosería.

Ella se dirigió hacia la playa a grandes zancadas. Eran cerca de las ocho. De vez en cuando volvía la cabeza. Al verla pasar, dos hombres se detuvieron.

—¡Hum...! —comentó el primero.

—Sí —respondió el segundo.

La noche se cerraba con toda presteza. Pelagia caminaba ya por la playa de Palavas. No había nadie por los alrededores en aquel momento. Por fin llegó al lugar de la cita. Todavía no era la hora acordada. Se dejó caer sobre la arena y se dispuso a esperar.

Silencioso como una sombra, él surgió a sus espaldas. Ella advirtió su presencia.

—¡Mi cochinillo rosado! —suspiró.

Él estaba nervioso.

—Me fastidia —dijo—. Kharbine no está en Corea del Norte. Lo he mirado en un mapa.

—¿Y qué importa? —volvió a suspirar Pelagia—. Cualquier cosa antes que acostarme con ese individuo. No lo dudes ahora, Goloubtchik.

El mozo hizo por recordar la técnica de los paracaidistas a los que había visto en faena en el cine. Al mismo tiempo, su natural sentido de la limpieza le inspiró una idea.

—Entra dentro del agua —dijo—. Así no mancharemos nada.

La mujer entró en el agua.

De manera brutal, el joven la obligó a girar sobre sí misma y, colocándole el pulgar debajo de la nariz, le echó la cabeza hacia atrás. El cuchillo se hundió en

la carne. Una vez nada más.

—¡Caramba! —dijo el mozo retirando el arma—. Esta vez el patrón no podrá decir que estaba mal afilado.

A sus pies, el cadáver se desangraba en el agua ennegrecida.

—Bueno, ya está —murmuró el joven—. He mantenido la palabra empeñada.

Una masa contundente se estrelló de improviso sobre su sien, haciéndole derrumbarse sin sentido.

El agente F-5 emitió un silbido casi imperceptible. Una canoa se aproximó al lugar.

—Súbelo a bordo —dijo—. Este cerdo me ha evitado un desagradable trabajito.

El hombre de la canoa tiró del cuerpo del aprendiz.

—Una inyección de N.R.F.¹⁵ —continuó el otro—, y lo devolvemos a casita.

Registraron el cuerpo inerte. La herida había dejado de sangrar. Uno de ellos recogió el arma y la arrojó lo más lejos que pudo.

La billetera, el cinturón. Había que deshacerse también de todo aquello. A continuación, empujaron el cuerpo hacia la orilla. Era preciso que alguien llegase a dar con él. F-5 tenía necesidad de cubrirse las espaldas con relación a Mackinley.

El zumbido de la pequeña canoa parecía sonar con sordina. F-5 se subió a ella. El frágil casco se sumergió un poco más en el agua acusando su peso.

—Vamos —dijo—. Nos queda trabajo todavía.

La mancha negra de la embarcación desapareció entre las sombras.

(1949)

¹⁵ *Non Remember Fluid*, suero amnésico puesto a punto por el Servicio Secreto Norteamericano durante la última guerra mundial. (N. del A.). También, siglas de la *Nouvelle Revue Française*, revista francesa de literatura fundada en 1908 por la editorial Gallimard. (N. del T.).

Los perros, el deseo y la muerte¹⁶

¹⁶ Cuento publicado originalmente con el seudónimo de «Vernon Sullivan». (N. del E.)

Me han jodido... Mañana voy a la silla. Pero lo escribiré en cualquier caso, pues me gustaría dejar una explicación. El jurado, como es natural, no comprendió nada. Además, Slacks está muerta. Me resultaba difícil hablar sabiendo que no me creerían. Si Slacks hubiera podido arrojararse del coche, si hubiera podido venir a contarlo... Pero por fin todo ha terminado. Ya no hay nada que hacer. Al menos en este mundo.

Lo malo, cuando se es taxista, son las maniáticas costumbres que se adoptan. Se circula durante todo el día y, por fuerza, acaban por conocerse todos los barrios. Hay algunos que se prefieren a otros. Conozco tipos, por ejemplo, que se dejarían hacer picadillo antes de llevar a un cliente a Brooklyn. Yo los llevo de buen grado. Los llevaba, quiero decir, porque ya no podré volver a hacerlo. Sí, es cuestión de costumbre. Como esa que me dio de pasar casi todas las noches, hacia la una, por el Three Deuces. Cierta vez llevé a ese sitio a un cliente borracho perdido. Se empeñó en que entrara con él. Cuando salí, conocía de sobra el género de chicas que en aquel antro podían encontrarse. El resto vino rodado, como podrán comprobar por ustedes mismos...

Todas las noches, entre la una menos cinco y la una y cinco, pasaba por el lugar. Ella salía más o menos a esa hora. En el Deuces actuaban cantantes con mucha frecuencia, y yo sabía quién era ella. La llamaban Slacks porque llevaba pantalones más a menudo que cualquier otro tipo de indumentaria.¹⁷ Después los periódicos dijeron también que era lesbiana. Casi siempre salía acompañada por los dos mismos fulanos, su pianista y su contrabajo, y se metían los tres en el coche del primero. Hacían un pase por otro antro, como diversión, y regresaban más tarde al Deuces para acabar la noche. Esto lo supe más tarde.

Nunca permanecía demasiado tiempo allí. No podía conservar libre mi taxi durante todo el rato ni tenerlo estacionado demasiado tiempo. Siempre había más clientes en aquel lugar que en ningún otro sitio del recorrido habitual.

Pero, en la noche de la que hablo, tuvieron una agarrada entre los tres que resultó cosa seria. Ella le atizó al pianista un soberano puñetazo en el rostro. Tenía la mano singularmente pesada la maldita. Lo tiró al suelo con tanta facilidad como lo hubiese hecho un poli. Desde luego, él iba bastante bebido,

¹⁷ Cierta tipo de pantalón deportivo muy suelto con pliegues en la cintura. (N. del T.)

pero aunque hubiera estado sobrio creo que se habría caído. Sólo que, borracho como una cuba, quedó tendido en la acera, mientras que el otro intentaba reanimarle arreándole bofetadas tales como para arrancarle la cocotera. No pude ver el final porque la chica optó por largarse. Abrió la portezuela del taxi y se sentó a mi lado, en el traspontín. Después encendió un mechero, y se puso a contemplarme colocándomelo debajo de las narices.

—¿Quiere que encienda la luz?

Contestó que no, y apagó el mechero. Nos pusimos en marcha. Un poco más lejos, después de haber girado en York Avenue, le pregunté la dirección, pues me di cuenta de que todavía no me había dicho nada.

—Todo recto.

A mí me daba lo mismo, claro está; el contador estaba funcionando. Así que continué recto. A esa hora sigue habiendo gente en los barrios de las *boîtes*, pero en cuanto se deja el centro, se acabó: las calles están desiertas. Nadie lo cree, pero pasada la una, es peor que los suburbios. Algunos coches solamente, y un tipo de vez en cuando.

Después de la idea de sentarse a mi lado, no cabía esperar gran cosa de la normalidad de la chica. La veía de perfil. Tenía el pelo negro llegándole hasta los hombros, y el tono de piel tan pálido que le daba aspecto casi enfermizo. Los labios pintados de un rojo casi negro, daban a su boca la apariencia de una oscura madriguera. El coche seguía su camino. Por fin se decidió a hablar.

—Déjeme conducir.

Paré el automóvil. Estaba decidido a no llevarle la contraria. Había visto la manera en que acababa de poner fuera de combate a su amigo, y no me apetecía en absoluto tener que vérmelas con una hembra como aquélla. Me disponía a echar pie a tierra cuando me agarró por el brazo.

—No merece la pena. Pasaré por encima de usted. Haga sitio.

Se sentó primero sobre mis rodillas y, a continuación, se deslizó a mi izquierda. Era de carnes firmes como una barra de hielo pero su temperatura era muy otra.

Se dio cuenta de que la cosa me había afectado; se puso a sonreír, pero sin malicia. Tenía aspecto de estar casi contenta. Cuando arrancó, pensé que la caja de velocidades de mi viejo cacharro iba a explotar. Nos hundimos como veinte centímetros en los respectivos asientos, tan brutal fue su manera de poner el coche en marcha.

Nos acercábamos a la parte del Bronx después de haber atravesado Harlem River, y seguía pisando el acelerador como una loca. Cuando me movilizaron tuve ocasión de ver conducir en Francia a determinados fulanos. Desde luego sabían darle marcha a un automóvil, pero, aun así, no lo castigaban ni la cuarta parte que aquella furia con pantalones. Los franceses se limitan a ser peligrosos. Ella era un cataclismo. Sin embargo, yo seguía sin decir nada.

¡Oh, el asunto les hace sonreír! Seguramente piensan que con mi estatura y mis músculos habría podido poner en su sitio a la damisela. Pero no, tampoco

ustedes lo hubieran intentado después de ver la boca de aquella chica y el aspecto de su cara al volante del coche. Pálida como un cadáver, y aquel agujero negro... La miraba de reojo sin decir ni pío y procuraba estar atento al mismo tiempo. No me hubiese gustado nada que un poli nos hubiera visto a los dos en el asiento de delante.

Como ya he dicho, tampoco podrían ustedes creer la poca gente que se ve a partir de determinada hora en una ciudad como Nueva York. La chica daba una vuelta tras otra metiéndose por no importa qué calle. Circulábamos manzanas enteras sin encontrar ni un gato y, de vez en cuando, distinguíamos a uno o dos individuos. Un mendigo, en ocasiones una mujer y personas que regresaban de su trabajo. Hay tiendas que no cierran antes de la una o las dos de la madrugada y otras que incluso permanecen abiertas toda la noche. Cada vez que veía un fulano sobre la acera de la derecha, la chica daba un volantazo y procuraba pasar rozando el bordillo, lo más cerca posible del individuo en cuestión. Antes de llegar a su altura frenaba un poco. Después, daba un acelerón justo en el momento de pasar a su lado. Yo continuaba sin decir ni mus, pero a la cuarta vez que lo hizo, le pregunté:

— ¿Para qué hace usted eso?

— Supongo que me divierte — contestó.

No respondí nada. Ella me miró. Como no me gustaba que separase los ojos de la calzada mientras conducía, la mano se me fue automáticamente a sujetar el volante. Entonces, como el que no quiere la cosa, me la golpeó con su puño derecho. Pegaba como un caballo. Se me escapó una maldición, y ella volvió a sonreír.

— Resultan tan ridículos cuando saltan en el aire al oír el ruido del motor...

Sin duda alguna, tenía que haber visto al perro que en aquel momento cruzaba la calle. Me dispuse a agarrarme a algún sitio para prevenir las consecuencias del frenazo. Pero, lejos de aminorar la marcha, aceleró a fondo. Pude sentir el choque y oír el ruido sordo proveniente de la parte delantera del automóvil.

— ¡Cuernos! — exclamé—. ¡Está empezando a pasarse! Un perrazo como ése ha debido abollarme la cafetera...

— ¡Cierra el pico!

Parecía estar en trance. Los ojos le parpadeaban y el cacharro comenzó a hacer ligeras eses. Dos manzanas más adelante paró junto a la acera.

Intenté bajar para ver si el golpe había dejado señales en la carrocería, pero volvió a cogerme por el brazo. Respiraba resoplando como un caballo.

En aquel momento, su cara... No, no puedo olvidar su cara... Ver a una mujer con esa expresión cuando es uno mismo quien la ha provocado es todo un placer, estamos de acuerdo... Pero estar a kilómetros de pensar en eso y verla así de repente... Había cesado de moverse y se limitaba a apretar cada vez con más fuerza el puño. Babeaba un poco. Tenía húmedas las comisuras de los labios.

Miré hacia fuera. No sabía dónde estábamos, pero no había nadie. Su

pantalón se abría con un cierre de cremallera. En el interior de un coche, por regla general, no suele quedar uno demasiado satisfecho. Pero, a pesar de eso, nunca olvidaré aquella vez. Ni siquiera mañana, cuando los muchachos me hayan afeitado ya la cabeza.

Un poco después la hice volver a pasar a la derecha y cogí de nuevo el volante. Casi inmediatamente me obligó a parar el coche. Se arregló lo mejor que pudo, sin parar de jurar como un carretero, y echó pie a tierra para acomodarse en la parte de atrás. Acto seguido me dio la dirección de una sala de fiestas a la que tenía que ir a cantar. Intenté darme cuenta de dónde nos encontrábamos. Me sentía perdido, como cuando uno se levanta después de un mes de convalecencia. Pero conseguí mantenerme en pie, cuando a mi vez, bajé para echar un vistazo a la parte delantera del coche. No tenía nada. Apenas una mancha de sangre extendida sobre la aleta derecha por efecto de la velocidad. Podía tratarse de cualquier tipo de mancha.

Lo más rápido era dar media vuelta y regresar por el mismo camino.

La veía en el retrovisor. Iba figoneando por el cristal de la portezuela. Cuando distinguí la mancha negra de la carroña sobre la acera, volví a oírla. De nuevo respiraba con más fuerza. El perro se movía todavía un poco. Debíamos haberle quebrado los riñones, y el animal se había arrastrado hasta el bordillo. Sentí ganas de vomitar y me noté desfallecer, pero, a mi espalda, ella comenzó a reírse. Viendo que me sentía mal, se puso a injuriarme en voz baja. Me decía cosas terribles, y hubiera podido poseerla otra vez allí mismo, en mitad de la calle.

No sé de qué estarán hechos ustedes, amigos, pero por mi parte, en cuanto la hube dejado en la sala de fiestas donde iba a seguir cantando, no pude quedarme fuera esperándola. Volví a ponerme en camino casi al instante. Tenía que volver a casa. Sentía necesidad de acostarme. Vivir solo no siempre resulta muy agradable, pero, carajo, felizmente estaba solo aquella noche. Ni siquiera me desnudé. Bebí algo de lo que tenía y me eché sobre el catre. Estaba muerto. Estaba verdaderamente muerto.

Por lo demás, al día siguiente por la noche estaba como un clavo en el mismo sitio, y la esperaba justo delante de la puerta. Bajé la bandera y me apeé para estirar un poco las piernas. Había movimiento en aquel lugar. No podía quedarme más rato. Y, sin embargo, la esperaba. Salió a la misma hora de siempre. Puntual como un reloj, la chica aquella. Casi al instante me vio. Y, desde luego, me había reconocido. Los dos fulanos la seguían como de costumbre. Ella sonrió con su sonrisa habitual. No, no sé cómo decirlo. Al verla frente a mí, sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Abrió la puerta del taxi, y los tres se metieron en su interior. Se me cortó la respiración. No me lo esperaba. Idiota, me dije. ¿Cómo no te has dado cuenta de que para una mujer como ésta todo se queda en caprichos? Una noche tal vez le hayas apetecido,

pero la siguiente no eres más que un conductor de taxi. Un desconocido.

¡Y que lo digas...! ¡Un desconocido...! Conducía como un tarugo, y a punto estuve de empotrarme en la trasera del cochazo que llevábamos delante. Echaba humo, seguro. Me sentía mal y todo. Detrás de mí, los tres lo estaban pasando bomba. Ella les contaba historias con su voz hombruna, aquella voz, carajo, que parecía salir de la garganta a contrapelo. Oírla hacía el mismo efecto que una buena curda.

En cuanto llegamos, se apeó la primera. Los dos tipos ni siquiera hicieron intención de pagar. También la conocían... Desaparecieron en el interior del local, y ella se asomó a mi ventanilla para acariciarme la mejilla como si fuese un niño. Acepté su dinero. No tenía ganas de discusiones. Intenté decirle algo, pero no supe qué. Fue ella quien habló.

— ¿Me esperas? — dijo.

— ¿Dónde?

— Aquí. Salgo dentro de un cuarto de hora.

— ¿Sola?

Yo no cabía en mi pellejo. Hubiera querido retirar lo dicho, pero ya no podía retirar nada. Me clavó las uñas en la mejilla.

— ¡Habrás visto! — dijo.

Sonreía todavía. Yo apenas si me daba cuenta de nada. Me soltó casi enseguida. Me toqué el carrillo. Sangraba.

— No es nada — añadió —. Te habrá dejado de sangrar cuando salga. Me esperas, ¿eh? Aquí.

Se metió en la *boîte*. Intenté verme en el retrovisor. Tenía tres marcas en forma de media luna en mitad de la mejilla. Una cuarta, algo mayor, frente a las anteriores. Apenas si salía sangre. No me dolían.

Así que esperé. Aquella noche no matamos nada. Por mi parte, tampoco obtuve recompensa.

Me pareció que hacía tiempo que no hacía el asunto ese. Como no hablaba mucho, tampoco sabía demasiado sobre su vida. En cuanto a mí, vivía aletargado durante el día y, por la noche, cogía el armatoste y me iba a buscarla. Ya no se sentaba a mi lado. Hubiera sido demasiado tonto dejarnos echar el guante por eso. Cuando lo pedía, yo me bajaba y ella se ponía en mi sitio. Al menos dos o tres veces por semana conseguíamos dar caza a algún perro o a algún gato.

Pienso que empezó a apetecerle algo más a partir del segundo mes. La cosa comenzaba a hacerle menos efecto que las primeras veces, y creo que por entonces se le ocurrió la idea de buscar una presa más importante. El asunto me parecía natural, para qué engañarles... Ella no reaccionaba ya como antaño, y a mí me apetecía que volviera a hacerlo. Sí, lo sé. Dirán que soy un monstruo, pero ustedes no conocieron a aquella chica. Matar un perro o matar a un niño; me

hubiese dado igual con tal de complacerla. Así que nos cargamos a una joven de quince años. Estaba paseando con su amigo, un marinero. Volvían del parque de atracciones... Pero mejor será que lo cuente.

Slacks se mostraba implacable aquella noche. En cuanto se montó, me di cuenta de que necesitaba algo. Al instante comprendí que, aunque tuviéramos que rodar toda la noche, habría que encontrar algo.

¡Caray, la cosa se presentaba mal! Enfilé directamente por Queensborough Bridge y, desde allí, por las autopistas de circunvalación. Nunca había visto tantos coches y tan pocos peatones. Lo normal, me dirán ustedes, en las vías rápidas. Pero aquella noche no me lo parecía. No, no estaba en lo que hacía. Rodamos kilómetros y kilómetros. Dimos toda la vuelta y, al final, nos encontramos en pleno Coney Island. Slacks llevaba el volante desde hacía un rato. Yo iba detrás, procurando sujetarme bien en los virajes. Simplemente esperaba, como de costumbre. Dicho está que yo vivía aletargado. Y sólo me despertaba cuando ella pasaba a la parte de atrás para reunirse conmigo. ¡Cuernos! No quiero volver a pensar en ello.

La cosa fue simple. Comenzaba a zigzaguear desde la Veinticuatro Oeste hacia la Veintitrés, cuando les vio. Se divertían caminando él sobre la acera y ella a su lado, por la calzada, para parecer aún más pequeña. El muchacho era grandote, un mocetón. Vista de espaldas, la chica parecía muy joven. Tenía los cabellos rubios y llevaba un vestido diminuto. No había demasiada luz. Vi el movimiento de las manos de Slacks sobre el volante. Qué zorra. Bien sabía lo que se hacía. Cargó sobre el bordillo y enganchó a la chica a la altura de las caderas. Tuve la impresión de estar a punto de reventar. Sin embargo, reuní fuerzas para volver la cabeza. Como un amasijo de carne inerte, la joven estaba en el suelo. Su amigo gritaba y corría detrás de nosotros. Después vi salir de su escondrijo un coche verde, uno de los antiguos patrulleros de la policía.

—¡Más rápido! —grité.

Ella me miró un segundo, y a punto estuvimos de subirnos a la acera.

—¡Pisa...! ¡Pisa...!

Sé muy bien lo que me perdí en aquel momento. Lo sé. No veía más que su espalda, pero sé perfectamente lo que hubiera sido. Por eso, ahora, todo me importa un rábano, ¿me entienden? Por eso es por lo que me importa un bledo que los muchachos vayan a afeitarme el coco mañana por la mañana. Es más, por mí como si me quieren dejar flequillo, cosa de reírse un rato; o pintarme de verde, como el coche de la policía. Me da absolutamente igual, ¿me entienden?

Slacks pisaba. Consiguió salir del paso y desembocamos en Surf Avenue. La vieja cafetera hacía un ruido horroroso. Detrás, la de la policía debía estar empezando a darnos alcance.

Poco después alcanzamos una rampa de acceso a la autopista. Se acabaron los semáforos rojos. ¡Caray! ¡Si hubiera tenido otro coche...! Todo se conjuraba. Y el de atrás arrastrándose también, pero pisándonos los talones. Parecía una carrera de caracoles. Era como para arrancarse las uñas con los dientes.

Slacks ponía de su parte todo lo que podía. Yo seguía no viendo más que su espalda, pero sabía lo que le apetecía, y me apetecía tanto como a ella. Le chillé una vez más: «¡Pisa!». Y pisó. A continuación volvió la cabeza un segundo. Otra patrulla desembocaba en aquel momento por una rampa en la pista. Ella no la vio. Nos alcanzaba por la derecha. Por lo menos venía a setenta y cinco por hora. Al ver el árbol me hice una bola, pero ella ni siquiera se inmutó. Cuando me sacaron de entre la chatarra berreaba como un animal, y Slacks seguía sin moverse. El volante le había hundido el tórax. La extrajeron con muchas dificultades tirando de sus pálidas manos. Tan pálidas como su cara. Babeaba todavía ligeramente. Tenía los ojos abiertos. Yo tampoco podía moverme a causa de mi pata, que se me había doblado de mala manera. Pero les pedí que acercaran su cuerpo a mi lado. Entonces fue cuando vi sus ojos. Y después la vi a ella. Tenía sangre por todas partes. Chorreaba sangre. Salvo del rostro.

Le quitaron el abrigo de piel y vieron que no llevaba nada debajo, excepto los pantalones. La pálida carne de sus caderas parecía asexual y muerta bajo el resplandor de los reflectores de sodio que iluminaban la calzada. La cremallera del pantalón estaba ya abierta cuando nos dimos contra el árbol...

(1947)

Mala pata

1

Clams Jorjobert contemplaba a su mujer, la bella Gaviale, dando el pecho al fruto de sus amores, un robusto bebé de tres meses y de sexo femenino, cosa que, por lo demás, carece de importancia para el encadenamiento de los hechos.

Clams Jorjobert no tenía más que once francos en el bolsillo, y era la víspera del día de pago del alquiler. Mas por nada en el mundo habría tocado el colchón de billetes de mil, sobre el que dormía su primogénito, que cumpliría once años el doce de abril. Clams nunca llevaba encima más que billetes y la calderilla, hasta un valor total de diez pavos, y ahorrraba el resto. Por eso Jorjobert no estimaba poseer en aquel preciso momento más que once francos y un claro sentido de la responsabilidad respecto a los recién nacidos.

—Creo que ya empieza a ser hora de que esta criatura, de la que no reniego, pero que corre ya hacia su cuarto mes de vida —dijo—, comenzara a volverse de provecho...

—Escucha —respondió su mujer, la bella Gaviale—. ¿Y si esperas a que cumpla seis? No hay que hacer trabajar a los hijos desde demasiado jóvenes. Se les desvía la columna vertebral.

—Tienes razón —replicó Jorjobert—, pero alguna solución ha de haber.

—¿Cuándo me vas a comprar un cochecito para pasearla? —dijo Gaviale.

—Te fabricaré uno con una antigua caja de caudales y las ruedas de un Packard —contestó Jorjobert—. Nos saldrá más barato y quedará muy elegante. En Auteuil todos los niños... se pasean... en... ¡Dios mío! —concluyó—. ¡Acabo de encontrar la solución!

2

La bella Gaviale atravesó a pasos menudos el aparatoso portal del inmueble situado en el número ciento y setenta —como diría Caroline Lampion, la tan conocida *vedette* belga— de la Avenue Merdozart. A la izquierda quedaba, contigua al vasto corredor embaldosado en blanco y negro, la caja de la escalera, provista de hierro exageradamente forjado, y, bajo el arranque de la espiral por la que transitaba un ascensor Luis X firmado por Boulle (pero que no era auténtico), había dos soberbios cochecitos marca Bonnichon Frères et Mape Réunis que, forrados de albo conejo, esperaban la bajada de los retoños de las ilustres familias Bois-Zépais de la Quenelle, en cuanto al primero, y Marcelin du Congé en cuanto al segundo.

La extensión de la frase que antecede permitió a la bella Gaviale esconderse detrás y pasar por delante de la puerta de la portería sin que nadie la viera. Es preciso añadir que la bella Gaviale, quien iba elegantemente vestida con una larga falda *new look*, por debajo de la cual le asomaban las puntillas de unas enaguas (las de su primera comunión), llevaba delicadamente en sus brazos a la hija que el Señor le había otorgado como consecuencia de un hábil contacto con Clams Jorjobert, su marido.

Con un solo golpe de vista, la bella Gaviale decidió que el cochecito del joven Bois-Zépais estaba en mejor estado de conservación que el perteneciente al joven du Congé. Cosa que era de cajón, pues el segundo se meaba en su interior como un asqueroso cada vez que su niñera se cruzaba con un caballo. Extraño reflejo, pues, seis años más tarde, el padre del joven du Congé moriría arruinado en las carreras. Pero no nos adelantemos...

Con mucha desenvoltura, se metió en el ascensor, subió dos pisos y volvió a bajar por la escalera para que la portera la viese. Después se acercó al cochecito escogido y, sobre los cojincillos de tosco conejo, depositó tiernamente a su hija, llamada Véronique, de la que más arriba ha quedado explicado el procedimiento de concepción.

Empujó el cochecito, salió del aparatoso portal con la cabeza muy alta y subió por la Avenue Merdozart.

Clams Jorjobert, su marido, la esperaba a cien metros de allí.

—Perfecto —dijo examinando el cochecito—. En el comercio cuesta por lo menos treinta billetes. Bien podremos sacar doce mil por él.

—Para mí esos doce mil —aclaró Gaviale.

—De acuerdo —dijo Clams Jorjobert, en plan de gran señor—. No se trataba más que de un ensayo y tú has sido quien lo ha llevado a cabo. Por lo tanto me parece correcto.

—¿Me lo devolverás dentro de una hora? —dijo Léon Dodilongo.

—Sin duda alguna —aseguró Clams. Se colocó sobre el cráneo el casco de motociclista que le prestaba Dodilongo, y se miró en un espejo.

—¡Qué elegancia! —exclamó—. ¡Me viene al pelo! Parezco un motorista de verdad.

—Ve de una vez —dijo Léon—. Dentro de una hora, aquí.

Una hora más tarde, Clams detenía una rutilante motocicleta Norton con guardabarros hasta los ejes, frente al inmueble donde tenía su leonera su viejo amigo Léon.

—No está mal —dijo su amigo, que le esperaba en la puerta sin dejar de mirar el reloj.

—Cuesta doscientos cincuenta billetes en el mercado —informó Clams—. Como no tengo la documentación, puesto que la acabo de robar, apenas si podré sacar por ella unos cien mil. Pero aun así ha merecido la pena pedirte prestado el casco ¿no?

—Seguro —contestó Léon Dodilongo—. Oye... ¿Y si me la cambias por la mía? Así no tendrías problemas con la documentación...

—De acuerdo —dijo Clams—. ¿La tuya también es una Norton?

—Sí —respondió Léon Dodilongo—. Pero no tiene como ésta el embrague tricúspide de revolución ligera.

—Bueno, en cualquier caso, no me desdigo —dijo Clams—. ¡Vaya! Aunque salga perdiendo, eres un buen amigo.

4

Clams vendió en ciento cincuenta mil la moto de Dodilongo y, mientras éste se enmohecía en la cárcel, se compró un espléndido uniforme de chófer con gorra y todo.

—¿Entiendes? —le explicaba a su mujer, la bella Gaviale, que estaba comiendo pastelillos tunecinos de pistacho, mientras Véronique se bebía un biberón repleto de Heidsick de buena cosecha—. A nadie se le ocurrirá sospechar de un coche del cuerpo diplomático, sobre todo con chófer dentro.

—De acuerdo —respondió ella—. Sobre todo gracias al chófer.

—También podría robar una locomotora con la misma facilidad —explicó Clams Jorjobert—. Pero sería preciso que me cubriera las manos de grasa y la cara de carbonilla. Además, a pesar de que tengo hechos estudios superiores, me podría ocurrir que me descubriera incapaz de conducir una locomotora.

—¡Oh! —dijo Gaviale—. Te las arreglarías muy bien.

—Prefiero no intentarlo —repuso Jorjobert—. Por añadidura, no soy ambicioso, y una media de cien mil diarios me satisface plenamente. Ello por no mentar el inconveniente de los raíles. Circular sin autorización por la red del ferrocarril me traería muchos problemas. Y por la carretera, con una locomotora, llamaría la atención.

—Te falta arrojo —afirmó la bella Gaviale—. Por eso te amo... Oye, me gustaría pedirte una cosa.

—Lo que quieras, querida mía —respondió Clams Jorjobert.

Y al decirlo se pavoneaba con su uniforme de chófer.

Ella le atrajo hacia sí y le dijo unas palabras al oído. Acto seguido se sonrojó y escondió la cara en un cojín desvencijado.

Clams se rió con toda su alma.

—Doy salida al Cadillac de la embajada y acto seguido te lo consigo —dijo.

La operación tuvo lugar sin tropiezos en lo concerniente al Cadillac, por el que le dieron un millón trescientos mil francos al contado, pues las documentaciones falsas para los Cadillac, que en la actualidad se imprimen en serie, acababan de salir a la venta y podían encontrarse en todos los estancos.

Antes de volver a casa, Clams fue al encuentro de un comerciante de disfraces que conocía. Un cuarto de hora después se reunía con Gaviale. Todo estaba en regla. Consigo llevaba un voluminoso paquete.

—Ya está, querida mía —dijo—. Aquí traigo el uniforme. Tiene de todo, hasta hacha. Dispondrás de tu coche de bomberos cuando lo desees.

—¿Podremos pasearnos en él el domingo?

—Desde luego.

—¿Y tendrá una escalera muy grande?

—Tendrá una escalera muy grande.

—¡Querido, te quiero!

Véronique protestó, pues consideraba que dos hermanos era más que suficiente.

En la cárcel, a Dodilongo se le hacía el tiempo luengo. Escuchó pasos que se acercaban, y se levantó para ver quién era. El carcelero se detuvo delante de su puerta, y la llave hurgoneó en la cerradura. Clams Jorjobert pasó al interior.

—Hola —dijo.

—Se te saluda, viejo —respondió Dodilongo—. Muy amable de tu parte venir a hacerme compañía. El tiempo se me estaba haciendo demasiado luengo.

Los dos se rieron a pesar de que la astucia lingüística quedó hecha ya unas líneas más arriba.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó León.

—Por una tontería —suspiró Jorjobert—. Acababa de birlar el coche de bomberos... Pero las mujeres son insaciables. Se le antojó una carroza fúnebre.

—Es una exagerada —dijo Dodilongo comprensivo, pues su mujer nunca

había pasado del autocar de treinta y cinco plazas.

—¿Verdad que sí? —continuó Clams—. Bueno, el caso es que compré un ataúd, me metí dentro y me fui a buscar la dichosa carroza.

—No comprendo por qué tuvo que salirte mal —dijo Dodilongo.

—¿Alguna vez has intentado caminar metido dentro de un ataúd? —prosiguió Clams—. Me hice un lío con los pies y, al caer, aplasté a un perrito. Como era el de la esposa del director de la prisión, la cosa vino por sí sola. ¿Te das cuenta?

Léon Dodilongo meneó la cabeza.

—¡Caramba! —dijo—. Mala pata...

(1947)

Una triste historia

El reflejo amarillento de la farola se encendió en el vano negro y vidriado de la ventana. Eran las seis de la tarde. Ouen miró y suspiró. Apenas si había avanzado en la construcción de su trampa para palabras.

Detestaba aquellos cristales sin visillos. Pero aborrecía aún más los visillos, y maldijo la rutinaria arquitectura de los inmuebles destinados a vivienda, agujereados con huecos desde hacía milenios. Muy afligido, volvió al trabajo. Faltaba dar el toque final al montaje de los dientes del descompaginador, gracias al cual, las frases resultarían divididas en palabras a las que, a continuación, se procedería a capturar. Casi por gusto se había complicado la tarea negándose a considerar las conjunciones como palabras verdaderas. Eran demasiado escuetas para reconocerles el derecho a tan noble denominación, y estaba procediendo a eliminarlas para reunirías acto seguido en los palpitantes receptáculos donde se amontonaban ya los puntos, las comas y los demás signos ortográficos, en espera de ser definitivamente eliminados mediante filtración. Trivial procedimiento, en verdad, técnica desprovista de originalidad, pero muy difícil de poner en práctica. Mientras lo intentaba, Ouen se estaba comiendo las falangetas.

Aquello ya era trabajar demasiado. Dejó descansar las delicadas bruzelas de oro, hizo saltar mediante una contracción del hueso malar la lupa, que apretaba contra el ojo, y se levantó de repente. Sus miembros le exigían expansión. Se sentía enérgico y confuso. Salir le vendría bien.

La acera de la desierta callejuela se deslizaba bajo sus pies. A pesar de la costumbre, a Ouen le seguían irritando aquellas maneras furtivas y en exceso cautelosas. Se pasó al borde de la calzada, cubierta de excrementos y acotada, bajo el relumbrón de los globos halógenos, por la orilla oleosa de una cuneta con agua ya corrompida.

La caminata le sentó bien, y el aire, que subía a lo largo de sus tabiques nasales para llegar a lamerle a contrapelo las circunvoluciones del cerebro, le descongestionaba paulatinamente ese pesado, voluminoso y bihemisférico órgano. Se trataba del efecto normal, pero a Ouen le seguía asombrando.

Dotado de una incurable candidez, lo vivía todo mucho más que los demás.

Llegado al final del corto callejón, dudó al encontrarse en una encrucijada. Incapaz de escoger, optó por continuar recto. Tanto babor como estribor carecían

de argumentos. La línea recta, por su parte, llevaba directamente al puente. Desde él podría contemplar el agua de ese día, sin duda poco distinta, en cuanto a aspecto, de la del día anterior. Pero la apariencia no es más que una de las mil cualidades del agua.

Al igual que el callejón, la calle estaba desierta y salpicada de luces húmedas y amarillas, cuyas jaspeaduras transformaban el asfalto en salamandra. Ésta trepaba un poco hasta el caballete del pétreo arco travesero del río, para devorarlo sin reposo. Ouen se acodaría en el pretil en el caso de que ni río arriba ni río abajo hubiera observadores. Pero si había ya algunos individuos estudiando la corriente, resultaría inútil añadir otra mirada a todos aquellos conos visuales lúbricamente enredados. En ese caso, bastaría con proseguir hasta el siguiente puente, desierto siempre porque en él se cogían impétigos.

Dos jóvenes sacerdotes pasaron furtivamente por su lado condensado en negro la nada de la rúa. De vez en cuando se paraban para besarse lánguidamente en la boca bajo las umbrías bóvedas de las puertas cocheras. Ouen se enterneció. Decididamente había hecho bien en salir. En la calle siempre pueden verse espectáculos reconfortantes. Su paso se hizo más alegre y, al instante, resolvió mentalmente las últimas pegadas de montaje de su trampa para palabras. Qué pueriles resultaban en el fondo. A ciencia cierta, un mínimo de atención bastaría para dominarlas, aplastarlas, fulminarlas, descuartizarlas, desmembrarlas y, en una palabra, hacerlas desaparecer.

A continuación se cruzó con un general que llevaba un prisionero rabioso sujeto al extremo de una trailla de cuero. Para que no pudiese hacer daño al general, le habían trabado los pies y las manos las tenía atadas detrás del cuello. Cuando le daba por bufar, el general tiraba de la trailla, y al prisionero no le quedaba otro remedio que morder el polvo. El general caminaba de prisa pues, terminada su jornada, volvía a casa para devorar su acostumbrada sopa de letras. Como cada anochecer, compondría su nombre en el borde del plato en tres veces menos tiempo que el prisionero. Y bajo la furiosa mirada de este último, se tragaría, en consecuencia, las raciones de ambos. El prisionero carecía de suerte: se llamaba Joseph Ulrich de Saxakrammerigothensburg, mientras que el general se llamaba Pol. Pero Ouen no podía adivinar semejante detalle. Incapacidad no obstante la cual, se fijó en las puntiagudas y acharoladas botas del general y pensó que en la situación del prisionero no se encontraría nada bien. Por otra parte, en la del general tampoco. Pero aquél no había escogido su situación, en tanto que la de éste era voluntaria. Y es que no es fácil encontrar aspirantes al oficio de prisionero mientras que, por el número de candidatos, la elección resulta difícil cuando se trata de reclutar poceros, policías, jueces y generales. Prueba de que hasta las más sucias tareas han de tener, sin duda, sus encantos... Ouen se perdió en una remota meditación sobre las profesiones desheredadas. Ciertamente, valía diez veces más dedicarse a construir trampas para palabras que ser general. Diez parecía resultar incluso un pobre exponente. Pero no importaba. Aun así, el principio quedaba enunciado.

Los estribos del puente estaban erizados de faros telescópicos de muy agradable efecto y destinados, por añadidura, a servir de guía a la navegación. Ouen, que los apreciaba en lo que valían, pasó por su lado sin mirarlos. Viendo cercano el final de su paseo, aceleró. Entretanto, se sintió intrigado. A un lado del puente, una silueta extrañamente corta había rebasado el parapeto. Apretó todavía más el paso. Se trataba de una joven que se mantenía en pie por encima del agua sobre una pequeña cornisa en forma de gola, provista además de un saledizo para la evacuación sin empecimiento de las aguas meteóricas. Parecía estar dudando sobre si arrojarle o no a la corriente. Ouen se acodó a sus espaldas.

—Estoy listo —le dijo—. Hágalo de una vez.

Ella le miró indecisa. Era una bonita muchacha de color *beige*.

—Me pregunto si debo saltar puente arriba o puente abajo. Si lo hago por la parte de arriba, tengo, claro está, una posibilidad de quedar atrapada por la corriente y de resultar golpeada contra un pilar. Si por la de abajo, me beneficiaré de los torbellinos. Pero también puede ocurrir que, aturdida por la zambullida, me dé por agarrarme a un pilar. Y tanto en el primero como en el segundo de los casos quedaría a la vista de todos y, probablemente, atraería la atención de algún alma caritativa.

—El problema es digno de ser meditado —dijo Ouen—. No puedo más que aplaudirla por haber decidido tratarlo con tanta seriedad. Naturalmente, me tiene a su completa disposición para ayudarla a resolverlo.

—Es usted muy amable —replicó la joven con su boquita pintada de rojo—. El dilema me perturba hasta tal punto que ya ni sé qué pensar.

—Tal vez pudiéramos reflexionar con más calma en un café —propuso Ouen—. Discuto mal sobre cualquier tema si no es bebiendo algo. ¿Podría invitarla a alguna cosa? Tal vez con ello le facilitaría, además, la consiguiente congestión ulterior.

—Acepto de muy buen grado —dijo la joven.

Ouen la ayudó a volver a pasar al puente y, al hacerlo, pudo constatar que disponía de un cuerpo astutamente redondeado en los lugares más salientes, y por lo tanto más vulnerables. La galanteó al respecto.

—Sé perfectamente que debería sonrojarme —repuso ella—, pero, en realidad, no tengo más remedio que darle toda la razón. Sí, estoy muy bien constituida. Observe, por ejemplo, mis piernas.

Dicho lo cual, se levantó la falda de franela y Ouen pudo contemplar a su albedrío tanto las piernas como su no fingida rubicundez.

—Veo lo que quiere decir —comentó con los ojos ligeramente salidos de las órbitas—. Muy bien, vamos a tomar un trago y, cuando hayamos llegado a una conclusión, volveremos aquí para que pueda tirarse por el lado más ventajoso.

Se pusieron en marcha dándose el brazo, con el paso sincronizado y los dos muy contentos. Ella le dijo su nombre: Flavie. Y tal prueba de confianza acrecentó el interés que ya suscitaba en Ouen.

Cuando estuvieron instalados bien a resguardo en un modesto establecimiento frecuentado por los marineros y sus barcazas, la chica volvió a tomar la palabra.

—No quisiera que me tuviese por idiota —comenzó diciendo—, pero la incertidumbre que acabo de experimentar en el momento de la elección de sitio para mi suicidio, la vengo padeciendo desde siempre. Por lo tanto ya era hora de que la zanjase, al menos en esta ocasión. En caso contrario muerta sería para siempre una imbécil y una dejada.

—El mal proviene —admitió Ouen— de que no siempre se da un número impar de posibles soluciones. En su caso, ni la parte de lo alto, ni la de lo bajo del puente parecen por completo satisfactorias. Así, no hay quien se escabulla del dilema. Esté donde esté situado un puente sobre un río, siempre delimita esas dos semizonas.

—Salvo si está en su nacimiento —observó Flavie.

—¡Exacto! —exclamó Ouen encantado por su presencia de espíritu—. Pero en su nacimiento los ríos suelen ser muy poco profundos.

—Ahí está lo malo —dijo Flavie.

—Sin embargo —dijo Ouen—, queda la posibilidad de recurrir al puente colgante.

—Me pregunto si eso no significaría tanto como hacer trampa.

—Y volviendo a la idea del nacimiento, el del Touvre¹⁸ especialmente, tiene un caudal suficiente para cualquier tipo de suicidio ordinario.

—Sí, pero está demasiado lejos —replicó ella.

—Por la región del Charente —constató Ouen.

—Bueno, pero si la cosa se convierte en un trabajo —dijo Flavie—, si para ahogarse hay que tomarse tantas molestias como para todo lo demás, es para sentirse desesperado. Para suicidarse incluso.

—Ya que lo menciona —dijo Ouen, a quien hasta entonces la cuestión no se le había ocurrido— ¿a qué se debe este gesto tan concluyente?

—Es una triste historia —respondió Flavie, secándose una sola lágrima, de la que, por lo mismo, estaba resultando una falta de simetría muy molesta.

—Ardo en deseos de oírla —reveló Ouen en ascuas.

Volvió a apreciar la sencillez de Flavie. Ésta no se hizo de rogar para contarle su caso. Tenía conciencia, sin duda, del superior interés de una confidencia de tal género. Por su parte, Ouen esperaba un relato bastante largo. Ordinariamente, una linda muchacha tiene ocasión de numerosos contactos con sus semejantes, del mismo modo que una rebanada de pan con mermelada tiene más posibilidades de reunir información sobre la anatomía y las costumbres de los dípteros que un cilicio ingrato y pinchoso. De tal modo, la historia de la vida de Flavie estaría sin duda empedrada de hechos y acontecimientos de los que

¹⁸ Río francés, en el departamento del Charente, que está formado por el caudal de otros dos cuyas aguas desaparecen previamente por filtración. (N. del T.)

podría sacarse moraleja de utilidad. De utilidad para Ouen, por supuesto, pues la moraleja de la historia personal no vale nunca más que para otro. Uno mismo conoce siempre demasiado bien las secretas razones que le obligan a narrarla de manera constreñida, amañada y truncada.

—Nací —comenzó Flavie— hace ya veintidós años y ocho doceavos, en un pequeño castillo normando de los alrededores de Quettehou. Una vez hecha fortuna, mi padre, exprofesor de modales en el Instituto de Mademoiselle Désir, se retiró a él para gozar apaciblemente de su dama de compañía y de los frutos de un trabajo pertinaz. Mi madre, una de sus antiguas discípulas a la que le costó mucho seducir pues era bastante feo, no le había seguido hasta allí, y vivía en París en alterno concubinato con un arzobispo y un comisario de policía. Desaforado anticlerical, mi progenitor ignoraba las relaciones de su esposa con el primero pues, en caso contrario, hubiese solicitado el divorcio. Pero, por el contrario, se alegraba del semiparentesco que lo unía al sabueso, pues le permitía humillar a tan honesto funcionario burlándose de él por contentarse con sus sobras. Mi padre poseía además una considerable fortuna bajo la forma de una pequeña parcela (que le venía de su abuelo) situada en París, en la Plaza de la Opera. Mucho le gustaba acercarse hasta ella los domingos, para cultivar alcachofas ante las narices y las barbas de los un tanto atónitos conductores de autobús. Como puede comprobar, despreciaba el uniforme bajo cualquiera de sus aspectos...

—¿Y dónde queda usted a todo esto? —preguntó Ouen experimentando la sensación de que la moza se estaba yendo por las ramas.

—Es verdad.

Flavie bebió un buchecito de la verde bebida. Y, sin más ni más, se puso a llorar silenciosamente, como si se tratase del grifo ideal. Parecía desesperada. Debía estarlo. Emocionado, Ouen le cogió la mano y acto seguido la soltó, porque no sabía qué hacer con ella. Entretanto, Flavie se calmaba.

—Soy una verdadera estúpida —dijo.

—En absoluto —protestó Ouen, que la encontraba demasiado severa para consigo misma—. La culpa es mía por haberla interrumpido.

—Le acabo de contar una retahíla de mentiras —continuó ella—. Por falso orgullo pura y simplemente. En realidad, el arzobispo no era más que un mero obispo, y el comisario un guardia de tráfico. En cuanto a mí, soy una pobre costurera a la que cuesta mucho esfuerzo llegar a empalmar dos cabos. Mis clientes son pocas y desagradables, unas verdaderas pestes. Se diría que les divierte verme deslomarme. No tengo dinero, estoy hambrienta y soy muy desgraciada. Mi amigo está en la cárcel. Vendió determinados secretos a una potencia extranjera, y le arrestaron por hacerlo por encima de las tarifas oficiales. El recaudador de contribuciones me exige cada vez más dinero. Es tío mío, y si no paga sus deudas de juego, mi tía y sus seis hijos se verán abocados a la ruina. ¿Se da cuenta? El mayor no tiene más que treinta y cinco años. ¡Si usted supiese lo que se come a esa edad!

Sollozaba amargamente. Parecía destrozada.

—Noche y día tiro de la aguja sin resultado —prosiguió— porque ni siquiera tengo dinero para comprar una bobina de hilo.

Ouen no sabía qué decir. Le dio unos golpecitos en el hombro y pensó que sería preciso levantarle la moral. ¿Pero cómo? Las cosas no se consiguen simplemente soplando. A menos que... ¿Acaso lo ha probado alguien alguna vez?

Sopló.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la joven.

—Nada —respondió él—. Estaba suspirando. Su historia me traspasa.

—¡Oh! —continuó la chica—. Lo que ha oído hasta ahora no es casi nada. Apenas si me atrevo a contarle lo peor.

Afectuosamente, Ouen le acarició un muslo.

—Confíese a mí. Alivia.

—¿Le alivia a usted?

—Dios mío —dijo—, son cosas que se dicen. Frases hechas, lo reconozco.

—¿Pero qué importa? —preguntó ella.

—¿Pero qué importa? —repitió él.

—Otra circunstancia que contribuye a convertir mi vida en un infierno —prosiguió Flavie— es mi indigno hermano. Duerme con su perro, escupe en el suelo desde que se levanta, no cesa de pegarle puntapiés en el trasero al gato, y eructa varias veces seguidas cada vez que pasa junto a la portera.

Ouen se quedó sin habla. Cuando la lubricidad y el desviacionismo pervierten hasta tal punto el espíritu de un hombre, se descubre uno incapaz de hacer comentarios.

—¿Qué le parece? —continuó Flavie—. Si es así a los dieciocho meses ¿qué no hará cuando sea mayor?

Dicho lo cual, estalló en sollozos poco numerosos, ciertamente, pero muy recios. Ouen le dio golpecitos en la mejilla, pero estaba ella llorando con tan ardientes lágrimas, que se vio forzado a retirar con presteza sus chamuscados palpos.

—¡Oh! —dijo—. ¡Pobrecita mía!

Es lo que la muchacha estaba esperando.

—Como ya le he dicho —continuó—, le falta aún por oír lo más bonito de todo.

—Cuenta, cuenta —insistió Ouen, dispuesto a soportar cualquier cosa.

Cuando empezó a contarle, se apresuró a introducirse cuerpos extraños en las orejas para dejar de oírla. Lo poco que alcanzó a escuchar le dejó un malsano calofrío que llegó a empaparle la ropa interior.

—¿Es todo? —preguntó finalmente con el fuerte tono de voz de los que acaban de quedarse sordos.

—Es todo —respondió Flavie—. Ahora me siento mejor.

Se bebió de un trago el vaso, dejando sobre la mesa el contenido de aquese.

La chiquillada no logró desfruncir el ceño de su interlocutor.

—¡Desgraciada criatura! —suspiró éste por fin.

Sacó su cartera a la luz y llamó al camarero, quien se acercó con visible repugnancia.

—¿Me ha llamado el señor?

—Sí —dijo Ouen—. ¿Qué le debo?

—Tanto —contestó el mozo.

—Aquí tiene —dijo Ouen, dejándole algo más.

—No se lo agradezco —advirtió el camarero—. El servicio estaba incluido.

—Perfecto —dijo Ouen—. Aléjese, huele mal.

Vejado, y lo tenía bien merecido, el camarero se alejó. Flavie miraba a Ouen con admiración.

—¡Tiene usted dinero!

—Tómelo todo —dijo Ouen—. Le hace más falta que a mí.

La muchacha quedó tan llena de estupor como si estuviera ante las barbas de Papá Noel. Su expresión resulta difícil de describir, pues nadie ha estado nunca delante de las barbas de dicho señor.

Ouen volvía solo a casa. Era muy tarde, y no quedaba más que una farola encendida de cada dos. Las demás dormían de pie. Caminaba con la cabeza gacha pensando en Flavie, en la alegría que había demostrado cuando le entregó todo su dinero. Se sentía enternecido. No le quedaba en la cartera ni un solo billete, pero pobre chica. A sus años se siente uno como perdido sin medios de subsistencia. De repente le vino a la cabeza que, cosa extraña, tenían ambos exactamente la misma edad. Menesterosa hasta tal punto. Ahora que se lo había llevado todo, comenzaba él a darse cuenta del efecto que la cosa puede hacer. Miró en su derredor. La calle resplandecía, incolora, y la luna estaba justamente sobre la vertical del puente. Ni un solo céntimo en el bolsillo. Y la trampa para palabras por terminar. La desierta calle se pobló de improviso con el cortejo nupcial de un sonámbulo, pero el ceño de Ouen no se desarrugó. Volvió a pensar en el prisionero. Para él las cosas eran sencillas. Para sí mismo también, en el fondo. El puente estaba cada vez más cerca. Ni un céntimo en el bolsillo. Pobre, pobre Flavie. No, pobre no, en aquellos momentos ya no lo era. Pero qué historia tan conmovedora la suya. No era posible que pudiera darse tamaña calamidad. Suerte que él acertara a pasar por allí. Suerte para ella. ¿A todo el mundo le ocurre que alguien llegue tan a tiempo?

Pasó las piernas por encima del pretil y aseguró los pies sobre la pequeña cornisa. Los ecos del cortejo nupcial se deshilaban a lo lejos. Miró a derecha e izquierda. Decididamente, la muchacha había tenido suerte con que él acertara a pasar. No se veía ni un gato. Alzó los hombros. Se palpó el vacío bolsillo. Evidentemente, inútil seguir viviendo en tales condiciones. ¿Pero por qué aquella historia de puente arriba o puente abajo?

Sin más averiguaciones, se dejó caer sobre la corriente. Sí, era exactamente como había pensado: se iba uno a pique. El lado del puente importaba poco.

(1952)

El pensador

1

Fue el día en que cumplía once años cuando el pequeño Urodonal Carrier paró mientes, de manera repentina, en la existencia de Dios. La Providencia, en efecto, le reveló de improviso su condición de pensador y, si se considera que hasta entonces se había acreditado como completamente idiota en todos los terrenos, mal se podría creer que el Señor no hubiese tenido parte en tan súbita transformación.

Con la mala fe que les caracteriza, los habitantes de La-Houspignole-sur-Côtés me objetarán, sin duda, la caída de cabeza sufrida la víspera por el pequeño Urodonal, así como los nueve almadreñazos que en la misma mañana de su aniversario le propinó el bueno de su tío, al sorprenderle comprobando por sí mismo si la sirvienta se cambiaba de ropa interior cada tres semanas, como tenía ordenado su padre. Pero es que la aldea está llena de ateos, mantenidos en el pecado por las malévolas peroratas de un maestro de instrucción primaria de la antigua escuela, mientras el párroco se pone como una cuba todos los sábados, cosa que resta bastante crédito a su sagrada predicación. Sin embargo, cuando se carece por completo de experiencia previa, no se convierte nadie en pensador sin que surja la tentación de atribuir la responsabilidad a una Fuerza Superior y, en tales circunstancias, lo más indicado es agradecersele a Dios.

La cosa sucedió de manera muy sencilla. Durante el retiro espiritual que precede a la primera comunión, al señor cura, que estaba sobrio de milagro, se le ocurrió preguntar:

—¿A qué se debió la caída de Adán y Eva?

Nadie supo responder, pues en el campo no es pecado hacer el amor. Pero Urodonal levantó la mano.

—¿Lo sabes tú? —se extrañó el párroco.

—Sí, señor cura —dijo Urodonal—. Se debió a un error del Génesis.

El sacerdote notó pasar las alas del Espíritu Santo, y se volvió a poner el alzacuello por temor a la corriente de aire. A continuación dio recreo a los

rapaces y se sentó para meditar. Tres meses más tarde, todavía meditando, dejó la aldea y se hizo ermitaño.

—Mucho alcance tiene lo que dijo —no hacía más que repetir.

2

La reputación de Urodonal como pensador se estableció desde aquel día con notable solidez en todo La-Houspignole. Se acechaban sus frases más insignificantes. Pero hay que reconocer que el Espíritu no volvió casi a manifestarse. Sin embargo cierto día, en clase de física y a propósito de una lección sobre corrientes eléctricas, el profesor le preguntó:

—Así que ¿qué es lo que significa la desviación de la aguja de este galvanómetro?

—Que hay corriente... —contestó Urodonal.

Pero eso no fue nada. Luego prosiguió:

—...Que hay corriente o que el galvanómetro está estropeado... Si lo abre encontrará, sin duda, un ratón en su interior.

Como consecuencia se concedió una beca al pequeño Urodonal, que por entonces contaba catorce años, quien terminó sus estudios sin volver a expresar nada novedoso. Pero ya se sabía de lo que era capaz.

Al final de sus estudios volvió a conquistar una resonante victoria en clase de filosofía.

—Voy a leerles un pensamiento de Epícteto —había anunciado el profesor.

Y leyó:

«Si quieres avanzar por la senda de la sabiduría, no te importe pasar por imbécil e insensato en las cosas de este mundo.»

—Y viceversa... —dijo en voz baja Urodonal.

El profesor se inclinó ante él.

—Nada tengo que enseñarle, querido hijo mío —dijo.

Como Urodonal se levantase y saliese dejando la puerta entreabierta, el profesor llamó su atención de manera muy amistosa.

—Urodonal... recuerde... una puerta sólo puede estar abierta o cerrada...

—Una puerta —replicó Urodonal— puede estar abierta, cerrada o desmontada... cuando hay necesidad de reparar su cerradura.

Dicho lo cual se alejó y tomó el tren para París con la intención de conquistar la capital.

3

Una vez en París, lo primero que Urodonal pensó es que el olor de la estación de metro de Montmartre recordaba el de los retretes del campo, pero se guardó tal constatación para sí, juzgándola sin interés para los parisinos. A continuación intentó encontrar trabajo.

Meditó largamente antes de decidir la actividad a la que deseaba consagrarse. Como en La-Houspignole había formado parte de la charanga municipal en calidad de segundo cornetín suplente quiso orientarse hacia la música.

Le era preciso, sin embargo, una justificación. Con su habitual talento, se dispuso a encontrarla de inmediato. La música, se dijo, edulcora las costumbres. Ahora bien, las costumbres severas son indispensables para todo hombre de pro. En consecuencia, no estaría bien ser músico. No obstante, los habitantes de esta Babilonia no tienen moral alguna. Por lo tanto la música no representa para ellos ningún peligro.

Como puede verse, los estudios habían desarrollado el sentido crítico de Urodonal hasta un punto que bien puede ser considerado perturbador. Pero, no se trataba de un hombre normal, y su organismo era lo bastante vigoroso como para soportar un cerebro excepcional.

La música dejaba mucho tiempo libre a Urodonal, quien decidió cambiar de rumbo y adentrarse en la literatura.

Unas cuantas tentativas fracasadas, en vez de agotar su genio, le inspiraron un epigrama:

—El éxito de un autor depende de su mayor o menor capacidad para identificarse sobre el papel con un imbécil —confió a sus amigos.

En su vida sentimental, Urodonal también resultaba prodigioso.

—Decir «tú ya no me amas» —aseguraba a Marinouille, su celosa amiguita— es tanto como decir «ya no creo que me ames». Y eso ¿cómo puedes saberlo?

Palabras que dejaron muda a Marinouille.

Sin embargo, a un tipo de la envergadura de Urodonal no le podía satisfacer la mediocre existencia que llevaba entre Marinouille y su cornetín.

—Vivir peligrosamente... —repetía de vez en cuando, con salvajes destellos discurriendo por su indomable mirada.

Y cierto día, Marinouille le encontró muerto en la cama. Desde hacía poco venía estrechando culpables relaciones con un joven descarriado de crapulosas costumbres, que se había evadido de un penal en el que purgaba tres meses de prisión por el asesinato de doce personas.

Sin embargo, Urodonal no tenía nada de vicioso. La explicación de su triste final se encontró en una recopilación de pensamientos inéditos que no contenía

más que uno, escrito en la primera página.

«Qué puede ser que más peligroso que hacerse matar», había anotado Urodonal.

Una verdad como un templo.

(1949)

Fiesta en casa de Léobille

Castigados por el ondulado rayo de sol que traspasaba el emparrillado de la persiana, los párpados de Folubert Sansonnet tenían, vistos desde dentro, un agradable color rojo anaranjado, y a Folubert le hacía sonreír su sueño. Estaba caminando con paso ligero por el blanco, mullido y cálido balastro del jardín de las Hespérides, y lindos y sedosos animales se acercaban a lamerle los dedos de los pies. En ese mismo momento se despertó. Del dedo gordo se quitó a Frédéric, su caracol amaestrado, y lo volvió a poner en la posición adecuada para que funcionase a la mañana siguiente. Frédéric refunfuñó, pero no dijo nada.

Folubert se sentó en la cama. A esa hora de la mañana acostumbraba a tomarse el tiempo de reflexionar para todo el día, evitándose así las múltiples desazones con que se enmarañan esos seres desordenados, escrupulosos e inquietos a quienes la mínima acción que deban emprender da pretexto para divagaciones sin número (perdóneseme la longitud de esta frase) y muy a menudo sin utilidad, pues acaban por olvidarlas.

Tenía que reflexionar sobre:

- 1) Cómo se iba a emperifollar.
- 2) Cómo se iba a alimentar.
- 3) Cómo se iba a distraer.

Y eso era todo, porque como era domingo, la búsqueda de dinero constituía un problema resuelto ya.

Folubert reflexionó, pues, y en el orden mencionado, sobre aquellas tres cuestiones.

Se aseó cuidadosamente, cepillándose los dientes con vigor y sonándose la nariz con los dedos. A continuación se vistió. Los domingos comenzaba por la corbata y terminaba por los zapatos, lo cual constituía un excelente ejercicio. Sacó del cajón un par de calcetines a la moda formados por franjas alternadas: una franja azul, ninguna franja, una franja azul, ninguna franja, *et caetera*. Con aquel tipo de calcetines podía pintarse los pies del color que quisiera, color que quedaba a la vista entre las franjas azules. Como se sentía un algo apocado, eligió un bote de pintura verde manzana.

En cuanto al resto, se puso los indumentos de todos los días, así como una camisa azul y ropa interior limpia, pues estaba pensando en el tercer punto.

Desayunó un arenque en angarillas rociado con aceite dulce y un trozo de

pan tierno como el ojo y, como el ojo, franjeado por largas pestañas rosadas. Por fin se permitió pensar en su domingo. Era el cumpleaños de su amigo Léobille y se celebraba una fiesta sorpresa en su honor.

Folubert se perdió en una larga ensoñación pensando en otras fiestas sorpresa. Sufría, en efecto, de complejo de timidez, y envidiaba en secreto la desenvoltura de los demás invitados del día: le hubiera gustado tener la ductilidad de Grouznié unida al ímpetu de Doddy, a la deslumbrante y encantadora elegancia de Rémonfol, a la atractiva tiesura del jeque Abadibaba y al lucífero desparpajo de cualquiera de los integrantes de la peña del Club des Lorientais.

Sin embargo, Folubert tenía preciosos ojos color castaña de Indias, una cabellera delicadamente lacia y una simpática sonrisa, que le permitía conquistar todos los corazones sin que él llegara siquiera a sospecharlo. Pero nunca se atrevía a sacar provecho de su agraciado físico, y permanecía siempre solo, mientras sus camaradas bailaban elegantemente con lindas mozas tanto el *swing* como el *jitter-bug* o la *barbette* francesa.

Y eso lo ponía a menudo melancólico pero, por la noche, agradables sueños venían a consolarle. En ellos se veía rebotante de audacia y rodeado de suplicantes y hermosas muchachas que le mendigaban el favor de un baile.

Folubert recordaba, por ejemplo, el sueño de aquella noche. En él había encontrado con una muy atractiva persona cubierta con vaporosa gasa de color azul lavanda, cuyos rubios cabellos hurtaban a la vista los hombros. La chica llevaba también zapatitos de piel de serpiente azul y un curioso brazalete que Folubert no se sentía capaz de describir con exactitud. En el sueño, ella le amaba mucho, y acababan fugándose juntos.

Seguramente la había besado, y quizá, incluso, se había ella dejado hacer más cosas, encantada de concederle algunos favores suplementarios.

Folubert se sonrojó. Ya tendría tiempo de seguir pensando en el tema de camino hacia la casa de Léobille. Se registró el bolsillo, comprobó que contenía el dinero suficiente, y salió con intención de comprar una botella de licor ponzoñoso de la marca más barata que hubiera, pues él no bebía nunca.

En el mismo instante en que Folubert despertaba, el Mayor aterrizaba en el viscoso entarimado de su habitación, arrancado del sueño por la ronca voz de su mala conciencia, con un pésimo regusto de tintorro barato en la boca.

El ojo de cristal le brillaba en la penumbra con funesto resplandor, e iluminaba con abyecta luz el fular que el Mayor se estaba pintando. Originariamente, el dibujo representaba una pejiquera pastando en medio de los hermanos prados verdes¹⁹ pero, paulatinamente, fue tomando el aspecto de una calavera veneciana, y el Mayor supo que, aquel día, tenía que cometer una mala acción.

¹⁹ En francés, hermanos *prés-vert* (*Prés* = prados, *vert* = verde), juego de palabras con los hermanos Jacques y Pierre Prévert, poeta surrealista y cineasta respectivamente. (N. del T.)

Se acordó de la fiesta en casa de Léobille y, al hacerlo, soltó una risa brutal en re sostenido, pero deslizando una nota falsa, probando así sobradamente sus deplorables intenciones. Divisó una botella de tinto peleón, achicó de un trago el tibio fluido amazacotado en el fondo, y empezó a sentirse mejor. A continuación, de pie ante el espejo, se esforzó por parecerse a Serguei Andrejev Papanin en *Iván el Terrible*. No lo consiguió del todo, pues le faltaba la barba. Sin embargo, el resultado no era por completo desdeñable.

El Mayor se echó otra vez a reír y pasó a su estudio con intención de preparar el sabotaje de la fiesta de Léobille, de quien deseaba vengarse. En efecto, desde hacía algunas semanas, este último estaba difundiendo las más tendenciosas especies sobre la persona del Mayor, llegando a pretender que se estaba volviendo un individuo honrado.

La cosa merecía un castigo ejemplar.

Al Mayor se le daba muy bien meter en vereda a cuantos enemigos le acontecía encontrarse en el camino. En parte, gracias a su pésima educación, en parte a sus inclinaciones cazurras por naturaleza y a su malicia tan superior a lo normal.

(Sin olvidar el horrible bigotito que perversamente cultivaba sobre el labio superior, impidiendo a los insectos aproximarse a él, y al que cubría durante el día con una red para conseguir que tampoco los pájaros se posaran encima.)

Folubert Sansonnet se detuvo emocionado ante la puerta de Léobille e introdujo el índice de la mano derecha en el pequeño hueco de la campanilla que, estropeada, yacía en su interior.

El gesto de Folubert la hizo saltar. Girando sobre sí misma, mordió cruelmente el dedo del intruso, que se puso a chillar de manera desaforada.

La hermana de Léobille, que acechaba en el recibidor, vino a abrir en seguida y Folubert pasó. En el pasillo, la hermana de Léobille le colocó un trocito de esparadrapo en la herida y lo desembarazó de la botella.

Los acordes del *pick-up* resonaban alegremente bajo los techos del apartamento y rodeaban los muebles de una tersa y ligera capa de música que los mantenía protegidos.

Léobille estaba delante de la chimenea hablando con dos muchachas. Al ver a la segunda, Folubert se turbó, mas como Léobille se dirigía hacia él con la mano extendida, tuvo que disimular su emoción.

—Hola —dijo Léobille.

—Hola —dijo Folubert.

—Voy a presentarte —continuó Léobille—. Aquí Azyme [era la primera chica], aquí Folubert. Y esta otra es Jennifer.

Folubert hizo una inclinación a Azyme y bajó los ojos al tender la mano a Jennifer, quien llevaba un traje de vaporosa gasa de color rojo glauco, zapatos de piel de serpiente roja y un brazalete muy extraño que el joven reconoció de inmediato. Sus pelirrojos cabellos le cubrían los hombros, y era de todo punto semejante a la chica del sueño. Naturalmente, los colores eran más vivos, cosa

del todo normal dado que, después de todo, los sueños tienen lugar por la noche.

Léobille parecía muy interesado en Azyne, así que Folubert, sin más demora, invitó a bailar a Jennifer. Cuando empezaron a hacerlo, continuó bajando los ojos pues, delante de él y bajo un escote cuadrado que les dejaba respirar desahogadamente, dos objetos muy atractivos solicitaban de manera imperiosa su mirada.

—¿Hace mucho que conoces a Léobille? —preguntó Jennifer.

—Le conozco desde hace tres años —precisó Folubert—. Nos conocimos en el judo.

—¿Practicas judo? ¿Has luchado ya en alguna oportunidad en defensa de tu vida?

—Eh... —dijo Folubert confuso—. No, no he tenido ocasión. Practico muy de vez en cuando.

—¿Te da miedo? —preguntó irónicamente Jennifer.

A Folubert no le hacía ninguna gracia el sesgo de la conversación, e intentó recobrar la confianza en sí mismo que tuviera la noche anterior.

—Te he visto en sueños —aventuró.

—Me parece poco probable —contestó Jennifer—. No sueño nunca. Has debido equivocarte.

—Eras rubia... —dijo Folubert al borde de la desesperación.

La chica tenía un talle muy menudo y, de cerca, sus ojos reían alegremente.

—¿Lo ves? no era yo —dijo—. Yo soy pelirroja...

—Eras tú... —murmuró Folubert.

—No, no creo —repitió Jennifer—. Además, no me gustan los sueños. Prefiero la realidad.

Al decirlo le miró fijamente, mas como él volviese a bajar los ojos, no pudo darse cuenta. Aclaremos que, por otra parte, no la estrechaba demasiado contra sí; de hacerlo, hubiera dejado de ver lo que estaba viendo.

Jennifer se encogió de hombros. Le gustaban el deporte y los chicos osados y vigorosos.

—Me gusta el deporte —dijo—, y los chicos osados y vigorosos. No me gustan los sueños y sí sentirme tan viva como sea posible.

Se apartó de él, pues en aquel mismo instante el disco se paró entre un horrisono estrépito de frenos, dado que el amigo Léobille acababa de cerrar sin previo aviso el paso a nivel. Folubert le dio cortésmente las gracias. Le hubiera gustado retenerla mediante una conversación inteligente y hechizante, pero en el momento preciso en que estaba a punto de dar con una fórmula verdaderamente arrebatadora, un corpulento y horrible mocetón se deslizó ante sus narices y enlazó brutalmente a Jennifer.

Espantado, Folubert dio un paso atrás. Pero al ver que Jennifer sonreía se derrumbó sin fuerzas en un profundo sillón de cuero de odre.

Se sentía muy triste, comenzaba a darse cuenta de que aquélla iba a ser una

fiesta como las demás, brillante y llena de chicas guapas..., pero no para él.

La hermana de Léobille se dispuso a abrir la puerta otra vez, pero se detuvo, estupefacta, al escuchar una detonación. Intentaba comprimir con una mano los desaforados latidos de su corazón, cuando la hoja cedió bajo el feroz puntapié que le acababa de propinar el Mayor.

Éste tenía en la mano una pistola todavía humeante con la que acababa de matar a la campanilla. Sus calcetines de color mostaza ofendían al mundo entero.

—Me he cargado a ese sucio animal —dijo—. Ocúpate de deshacerte de los restos.

—Pero... —acertó a decir la hermana de Léobille.

Y acto seguido se deshizo en llanto, el timbre vivía con ellos desde hacía ya tanto tiempo que era como si formara parte de la familia. A continuación, escapó a toda carrera hacia su cuarto, mientras el Mayor, encantado, con gesto a medias de perro y a medias de lobo, volvió a guardarse la pistola en el bolsillo.

Llegó Léobille. Lleno de inocencia, le tendió la mano al Mayor.

Éste se apresuró a depositar en ella un enorme excremento que acababa de coger del suelo ante la puerta del edificio.

—Aparta, tío —le dijo a Léobille con voz estremecedora.

—Oye... Espero que no rompas nada...

—Voy a ponerlo todo patas arriba —respondió el Mayor con la mayor frialdad del mundo, al tiempo que enseñaba los dientes.

Se acercó otra vez a Léobille, barrenándole las órbitas oculares con una insostenible mirada de su ojo de cristal.

—¿O sea que vas contando por ahí que trabajo, tío? —dijo—. ¿Vas diciendo que me estoy volviendo honrado? ¿Te permites manejos tan sucios como esos...?

Respiró profundamente y rugió.

—Pues ya puedes empezar a anunciar, tío, que tu fiesta va a resultar un poquito humeante.

Léobille palideció. Mantenía todavía en la mano la cosa que el Mayor le había depositado en ella, y ni siquiera se atrevía a moverse.

—Yo... yo no quería molestarte... —dijo.

—Más vale que cierres el pico, tío —dijo el Mayor—. Por cada palabra de más se te impondrá un recargo.

A continuación deslizó el pie derecho detrás de las piernas de Léobille, a quien empujó de manera brutal. Léobille se derrumbó.

Los invitados no se habían dado cuenta de casi nada. Como en toda fiesta que se precie, estaban demasiado ocupados bailando, bebiendo, charlando y desapareciendo por parejas en el interior de las habitaciones desocupadas.

El Mayor se dirigió hacia la barra. No lejos de ella, todavía desesperado, Folubert se apolillaba en el sillón. De pasada, el Mayor lo levantó agarrándole por el cuello de la chaqueta y volvió a ponerlo sobre sus pies.

—Ven a beber conmigo —le dijo—. No me gusta beber solo.

—Pero... si yo no bebo nunca... pero si yo... —respondió Folubert.

Como conocía un poquitín al Mayor, no se atrevió a llevar más allá su negativa.

—Venga —dijo el Mayor—. Menos gaitas.

Folubert miró hacia donde estaba Jennifer. Por suerte, ésta tenía la cabeza vuelta en otra dirección y discutía animadamente. Por desgracia, mejor dicho, pues tres jóvenes la rodeaban en aquel momento, mientras otros dos estaban a sus pies y un sexto la contemplaba desde lo alto de un armario.

Léobille, entretanto, se había levantado sin ruido y se disponía a salir discretamente en busca de las fuerzas custodias del orden, pero de repente se le ocurrió que si a las fuerzas en cuestión les daba por tomarse la molestia de curiosear en el interior de las habitaciones, sería él, Léobille, quien acabaría pasando la noche a la sombra.

Además, conocía al Mayor, y estaba seguro de que no le permitiría salir.

En efecto, el Mayor, que no había cesado de vigilar a Léobille, le dirigió una mirada que le inmovilizó.

A continuación, manteniendo todavía a Folubert agarrado por el cuello, volvió a sacar la pistola y, sin parpadear siquiera, hizo saltar en pedazos el gollete de una botella. Estupefactos, todos los invitados volvieron la cabeza.

—¡Fuera, fuera todos los tíos! —dijo el Mayor—. Las palomitas se pueden quedar.

Dicho lo cual, alargó un vaso a Folubert.

—¡Bebamos!

Los muchachos se separaron de las chicas y comenzaron a alejarse discretamente. Nadie se atrevía a plantarle cara al Mayor.

—No quiero beber —osó decir Folubert.

Pero cuando vio la cara que puso el Mayor, bebió precipitadamente.

—A tu salud, tío —dijo este último.

Los ojos de Folubert fueron a caer de repente sobre el rostro de Jennifer quien, acobardada junto a las demás en un rincón, le estaba contemplando con desprecio. Folubert sintió que le fallaban las piernas.

El Mayor vació su vaso de un solo trago.

En aquel momento casi todos los muchachos habían salido ya de la habitación. El último de ellos (que se llamaba Jean Berdindin y era un valiente) cogió un pesado cenicero y apuntó a la cabeza del Mayor. Éste atrapó el artefacto en pleno vuelo, y en dos saltos estuvo a la vera de Berdindin.

—Ven..., ven para acá —le dijo.

Y le arrastró hasta el centro de la estancia.

—Coge a una chica, la que más te apetezca, y desnúdala. —Las chicas se pusieron coloradas de horror.

—Me niego —dijo Berdindin.

—Mucho cuidado, tío —dijo el Mayor.

—Pídeme lo que quieras, pero eso no —respondió Berdindin.

Aterrorizado, Folubert se sirvió maquinalmente un segundo vaso y se lo bebió de un trago.

El Mayor no dijo ni pío. Se acercó a Berdindin y cogiéndolo de un brazo le hizo una llave. Berdindin voló por los aires. Aprovechando la circunstancia, el Mayor le quitó los pantalones antes de que volviera a caer al suelo.

—Venga, tío, ponte en marcha —le dijo cuando hubo caído.

Después miró a las chicas.

—¿Alguna voluntaria? —preguntó sonriendo con malicia.

—Ya está bien —dijo Berdindin, que tartamudeaba medio atontado todavía, e intentó agarrarse al Mayor.

En mala hora. Éste le levantó en vilo y volvió a dejarle caer pesadamente al suelo. Berdindin hizo ¡ploff! y se quedó donde había tocado tierra, frotándose las costillas.

—A ver, tú, la pelirroja —dijo el Mayor—. Ven para acá.

—Déjame en paz —dijo Jennifer palideciendo.

En aquel instante, Folubert estaba vaciando su cuarto vaso, y la voz de Jennifer produjo en él el efecto de una centella. Giró lentamente sobre los tacones y la miró.

El Mayor se acercó a ella y, con gesto brusco, le arrancó la hombrera de su glauco vestido. (La verdad me obliga a reconocer que el espectáculo que quedó al descubierto era encandilador.)

—Déjame en paz —dijo Jennifer por segunda vez.

Folubert se pasó la mano por los ojos.

—¡Debe tratarse de un sueño! —murmuró con voz pastosa.

—Acércate —le dijo de improviso el Mayor—. Vas a ocuparte de sujetarla mientras el botarate ese actúa.

—¡No! —gritó Berdindin—. ¡No quiero...! ¡Cualquier cosa menos eso...! ¡Una mujer, no!

—Está bien —accedió el Mayor—. Soy un buen Mayor.

Dicho lo cual, volvió a acercarse a Folubert, pero sin soltar a Jennifer.

—Desnúdate —dijo a aquél— y encárgate de ese truhán. Yo me encargaré de la chica.

—Me niego —contestó Folubert—. Y ya te puedes ir yendo a dar la tabarra a casa de otro. Nos estás dando en los cojones.

El Mayor soltó a Jennifer. Aspiró una larga bocanada de aire y su tórax se dilató por lo menos un metro y veinticinco centímetros. Jennifer miró sorprendida a Folubert, no sabiendo demasiado bien si debía volver a levantarse la delantera del vestido o si, por el contrario, sería más prudente dejarle reunir mayores arrestos a la vista del espectáculo. Finalmente optó por la segunda solución.

Folubert miró a Jennifer y relincho. Piafó nerviosamente en el mismo lugar donde estaba y, a continuación, cargó contra el Mayor. Alcanzado en pleno plexo solar en el momento en que acababa de dilatar el tórax, este último se

dobló en dos con terrible estrépito. Casi al instante volvió a ponerse derecho, pero Folubert aprovechó para hacerle una llave de judo absolutamente clásica: esa que consiste en abatir las orejas del castigado sobre sus ojos, al tiempo que se le insufla aire por los agujeros de la nariz.

El Mayor se puso azul eléctrico y quedó aturdido. En ese momento, Folubert, a quien el amor y los tragos habían decuplicado las fuerzas, introdujo la cabeza entre las piernas del Mayor, lo levantó en vilo y lo arrojó a la calle a través de la vidriera del salón por encima de la mesa tan abundantemente surtida de provisiones.

En el salón de Léobille, tranquilo otra vez, se hizo un gran silencio. Sin levantarse el vestido, Jennifer cayó en los brazos de Folubert, que se derrumbó, pues ella debía estar por los sesenta kilos. Por fortuna, el sillón de cuero de odre estaba justamente detrás de él.

En cuanto al Mayor, su cuerpo onduló rápidamente en el aire y, gracias a algunas rotaciones sensatas, consiguió volver a ponerse a plomo. Pero tuvo la mala suerte de caer en el interior de un taxi rojinegro y descapotable que se lo llevó muy lejos antes de que pudiera darse cuenta.

Cuando se recuperó, obligó a bajar al chófer amenazándole de la manera más vil, y dirigió el coche hacia su domicilio, villa Coeur-de-Lion.

Poco más adelante, todavía de camino, como no quería darse por vencido, asesinó mediante aplastamiento a un anciano vendedor ambulante de frutas y hortalizas, la mayoría de las cuales, por fortuna, vendía sin licencia.

Durante todo el resto de la velada, Folubert y Jennifer se dedicaron a coser el vestido de esta última, quien se lo quitó del todo para que la tarea resultara más sencilla. Léobille, por su parte, como muestra de agradecimiento, les prestó su propio dormitorio, así como la plancha eléctrica de laca china que había heredado de su madre, la cual la había heredado de la suya, y así sucesivamente de generación en generación desde la primera cruzada.

(1947)

El mirón

1

Aquel año parecía que los visitantes habituales hubieran desertado de Vallyeuse para pasarse a estaciones más frecuentadas. La nieve de la estrecha senda que constituye la única vía de acceso desde el pueblo permanecía sin hollar y los postigos del hotel, si se puede conferir tal título al minúsculo chalé de madera bermeja que domina el Salto del Elfo, parecían encolados a las ventanas.

En invierno Vallyeuse semejaba sumirse en un sueño letárgico. Nunca se había podido convertir aquel lugar aislado en una estación de moda: no seducía. Algunos canelones publicitarios, vestigios de determinadas tentativas de alcanzar esplendor, mancillaron durante un tiempo la bronca y magnífica perspectiva del Circo de las Tres Hermanas. Pero la embestida solapada e infatigable de los rigurosos vientos y de esa lluvia que a la larga desmenuza hasta las rocas más compactas, acabaron por convertirlos de nuevo en planchas que se recubrieron de musgo y se integraron en la salvaje decoración del valle. Por otra parte, la altitud del lugar debía desanimar a los más encallecidos. Y en cuanto a los demás, Vallyeuse no ofrecía la fácil comodidad de los remontes automáticos, los teleféricos y los albergues de lujo construidos con vista al desvalijamiento sistemático de las carteras. La misma aldehuela de Vallyeuse, en un abrigado rincón de la montaña, mostraba medio dispersas sus cuatro o cinco casas a seis kilómetros del chalé. Tan abrigado que los viajeros que paraban en el hotel bien podían considerarse perdidos en territorio extranjero en los confines del mundo y, en llegando quedaban muy sorprendidos al constatar que el hotelero hablaba, después de todo, su mismo idioma. Hablaba... si es que se puede decir que hablase, pues aquel hombre taciturno, de rostro curtido por largas incursiones sobre la nieve, apenas si pronunciaba tres palabras en todo el día. Su manera de recibir era, por otro lado, tan reservada, su falta de entusiasmo tan perceptible para aquellos a quienes les daba por alojarse en su establecimiento, que la soledad y la tranquilidad del lugar se explicaban muy fácilmente. Sólo los verdaderos fanáticos podían conformarse con una recepción

tan poco brillante. Aunque también es verdad que las vertiginosas pendientes, recompensas reservadas para los perseverantes, que se hubieran podido creer calculadas a propósito para favorecer la velocidad, justificaban tan inexplicable tesón, colmando con su nieve perfecta a los audaces que decidían aventurarse hasta lugar tan alejado de los albergues de moda.

Jean divisó el hotel desde lo alto de la escarpada pendiente que acababa de coronar resollando bajo los efectos conjugados de los esquís, de la pesada maleta y de la altitud. En efecto, se trataba de lo que le habían prometido: paisaje incomparable, soledumbre y un aire acerado que azotaba de manera salvaje a pesar de un sol esplendoroso que reverberaba por todas partes. Hizo alto y se secó la frente. Despreocupado del viento, iba desnudo hasta la cintura y, expuesta a los alegres rayos de la ardiente esfera, su piel se bronceaba. Viendo cercano el objetivo, apretó el paso. Los zapatos se le hundían profundamente en la nieve, imprimiendo en ellas las dentelladas de sus suelas de caucho. En el fondo de las huellas, la sombra adquiría una tonalidad azul vaporoso de agüilla macilenta. Una chispeante alegría se adueñó de él. La alegría que se siente en contacto con la indiscutible pureza, la alegría de todo aquel blanco, de aquel cielo más azul que los cielos del Mediterráneo, de aquellos abetos recubiertos de lentejuelas de azúcar, y del chalé de madera bermeja que se adivinaba cálido y confortable, con una gran chimenea de piedra blanca en la que los troncos debían arder, sin humo, entre llamas anaranjadas y densas.

Jean se detuvo a algunos metros del hotel. Tras desatar las mangas del grueso suéter que llevaba anudado a la cintura, se lo volvió a poner antes de entrar. A continuación apoyó los esquís contra la pared del edificio y dejó junto a ellos la maleta. Hecho lo cual, franqueó de tres zancadas los escalones de madera que daban acceso al chalé a través de una especie de balcón que rodeaba su estructura a un metro del suelo...

Sin llamar, levantó el pestillo de hierro y pasó al interior.

Dentro el ambiente era oscuro. Las ventanas, lo suficientemente pequeñas como para atemperar los efectos del frío, apenas si dejaban penetrar en la habitación la luz suficiente para arrancar de paso rutilante brillo a las piezas de cobre que decoraban las paredes. Paulatinamente se hacía uno, sin embargo, a la casi total penumbra. Pero no quedaba más remedio que parpadear cada vez que se miraba hacia fuera, a causa del deslumbramiento producido por la reverberación del sol sobre el plateado velo de nieve. Y después costaba trabajo volver a acostumbrarse a la atmósfera un tanto misteriosa del establecimiento.

Un agradable calorcillo reinaba en su interior. Un torpor insidioso se adueñaba de uno invitándole a arrellanarse en alguno de aquellos aparatosos sillones de crujiente mimbre, coger alguno de los libros que guarnecían los estantes situados a media pared, y adormecerse poco a poco entre los crujidos del barnizado abeto cárdeno de que estaba revestida la estancia entera. Conquistado por el ambiente de aquel piso bajo de tan macizas vigas, Jean se relajó.

Tras un estrépito de pasos en el piso superior, una sonora caída en la escalera y algunas risotadas, tres muchachas con indumentaria de esquí pasaron como una tromba por delante de él, tan de prisa que apenas si tuvo tiempo de mirarlas. Bajo las capuchas de sus negros anoraks, los ojos les brillaban con idéntico y saludable lustre. Su piel, puesta a punto de caramelo por efecto de los rayos de sol, suscitaba deseos de morder. Con ceñidos pantalones tan negros como los anoraks, las tres parecían flexibles y fuertes como jóvenes animales en libertad. Desaparecieron por la puerta, que volvió a cerrarse con tanta celeridad como había sido abierta, no obstante lo cual dejó en los ojos de Jean la impronta cegadora de la nieve inundada de sol.

Jean meneó la cabeza y volvió la mirada hacia la escalera, no se oía más ruido que el del agua que hervía, en algún sitio, sobre un fogón.

— ¿Hay alguien?

Su voz resonó en las paredes, pero nadie contestó. Sin extrañarse, repitió la pregunta.

Unos pasos tranquilos respondieron en esta ocasión a su llamada. Alguien bajaba por la escalera. Rubio, de estatura más bien elevada, en la cuarentena, el hombre tenía la tez serrana y una mirada de un azul demasiado claro, resaltaba de manera sorprendente.

— ¡Hola! — dijo Jean—. ¿Tiene habitación para mí?

— ¿Y por qué no? — contestó el hombre.

— ¿Cuál es el precio? — preguntó Jean.

— No tiene importancia.

— Es que no tengo demasiado dinero...

— Tampoco yo... — dijo el hombre—. En caso contrario no estaría aquí. ¿Seiscientos francos por día?

— Me parece demasiado barato... — protestó Jean.

— ¡Oh! — dijo el otro—. No se preocupe. Tampoco estará demasiado bien...

Mi nombre es Gilbert.

— El mío Jean.

Se estrecharon la mano.

— Suba y escoja — dijo Gilbert—. Están todas libres, menos la cinco y la seis.

— ¿Las tres chicas que han bajado? — preguntó Jean.

— Exactamente — respondió Gilbert.

Jean salió al exterior a recoger su maleta. La encontró abollada, como si alguien calzado con zapatos guarnecidos de hierro le hubiera dado un puntapié. El cuero estaba, en efecto, desollado y rugoso. Encongiéndose de hombros, la cogió y volvió a subir los carcomidos peldaños. Aspiró de nuevo el aroma a barniz y a cera del chalé, y oyó otra vez el bullir del agua. Se sentía como en casa. Feliz, coronó de cuatro zancadas el tramo de escaleras que llevaba hasta el piso de arriba.

2

En seguida aprendió sus nombres: Leni, Laurence y Luce. Leni era la más rubia, una alta austríaca de menudas caderas y busto provocativo. Su recta nariz parecía prolongarle la frente y su cara, un algo roma, con la boca esquiva y los pómulos salientes, más de rusa que de alemana. Laurence, morena con los ojos diamantinos y con ojeras, y Luce, sofisticada hasta la punta de las uñas, resultaban también, cada una en su género, criaturas tentadoras. Cosa extraña, las tres parecían construidas a partir de un mismo modelo de joven Diana. Musculosas, tenían un aspecto un poco amarimachado que quedaba desmentido cuando uno se demoraba en la contemplación de sus bustos de fascinadores torneados, cuyos aguzados pezones entesaban el ligero tejido de sus anoraks de seda negra. Entre Jean y ellas fue, de entrada, la guerra. Sin que supiera por qué, desde el primer día se habían negado a admitirle, y habían decidido hacerle imposible la existencia. Abiertamente desatentas y desdeñosas, le atormentaban cerrándose a todas sus tentativas, llegando a hacerle feos ante atenciones tan sencillas como la de ofrecerles en la mesa pan o pasarles el salero. Incómodo los primeros días, Jean no pudo obtener de Gilbert ninguna explicación al respecto. Gilbert vivía como un anacoreta en un gabinete de trabajo situado en el principal, del que no salía más que para interminables correrías por la montaña. Una pareja de ancianos montañeses se ocupaba del mantenimiento del chalé y de sus habitantes. Salvo aquellas siete personas, los días transcurrían sin que se viese un alma.

Fuera de las horas de comer, las veía muy raramente. Acostumbraban a levantarse temprano y, equipadas con prontitud, salían a la montaña armadas con sus esquís y sus bastones. Al atardecer regresaban con las mejillas sonrosadas y brillantes, muertas de cansancio y, antes de subir a sus habitaciones, pasaban una hora untando sus esquís con mejunjes complicados, ásperos como ellas, hasta dejarlos preparados para las rampas del día siguiente. Un tanto vejado por su actitud, Jean no insistía ya, y las evitaba en la medida de lo posible. Se ponía en camino por su lado, escogiendo por regla general una dirección de partida opuesta a la tomada por ellas. Las pendientes eran bastante numerosas, y había muchas posibilidades de elección. Solo, escalaba al sesgo los acopados flancos de la montaña para volver a bajarlos, un poco más tarde, entre sedosos chorros de nieve y el delicado restregar de las estrechas láminas de nogal, virando y deslizándose a lo largo de las vertiginosas caídas, para llegar al hotel embriagado de aire, con el corazón latiéndole desaforadamente, feliz y agotado. Estaba en el establecimiento desde hacía ya ocho días, y, recuperada la forma, comenzaba a hacer progresos, controlando cada uno de sus movimientos, cada golpe de bastón, cuidando el estilo y endureciendo progresivamente los músculos. El tiempo pasaba apacible y rápidamente. Eran las vacaciones.

3

Aquella mañana había salido muy temprano. Pensaba acercarse hasta la pista de Trois-Soeurs, cuyo grandioso paisaje se divisaba en el horizonte. Solo en la montaña, progresaba de cresta en cresta, para volver a bajar después de cada elevación de terreno entre inmóviles abetos cargados de algodón en rama. Un declive particularmente pronunciado le tentó. Se deslizó por él escuchando silbar el viento en sus oídos. Doblado sobre los esquíes, procurando llevar todo su peso hacia delante, descendía dejando detrás de sí una doble huella, derecha como un hilo de telaraña. Un poco engrudada, la nieve lo frenaba de vez en cuando.

Nada más franqueada una altura, cayó en la cuenta de que no podría continuar. Detrás de ella, en efecto, se abría una barranquera, el lecho de un arroyo seguramente, erizada de robustos troncos de jóvenes abetos. Habría sido preciso girar a la izquierda, pero iba demasiado de prisa. Además, también era imprudente lanzarse a tal velocidad por una pista que le resultaba por completo desconocida. Por instinto se cargó sobre el esquí derecho intentando salir del paso. Pero la pendiente que desembocaba en la hondonada estaba tan poblada de abetos y era tan pronunciada, que derrapó ligeramente. En pleno intento de estabilización chocó con una rama demasiado sobresaliente, hizo un esfuerzo desesperado para evitar el tronco del siguiente abeto, y acabó por caer sin conocimiento de resultados del encontronazo.

Cuando volvió en sí, Jean se dio cuenta de que la proyectada excursión terminaba en aquel punto. Sus dos espátulas estaban rotas, y los esquíes inutilizables. Además, en uno de los tobillos sentía un dolor espantoso. Destrabó las placas de metal de las correas de sujeción e intentó, mal que bien encordelarse el tobillo. Encontró los bastones a unos diez metros del árbol y, renqueante, emprendió el camino de regreso. Tenía para cinco o seis horas.

Caminaba entornando los ojos para atenuar el ardor de la reverberación que le cegaba. Se apoyaba en los bastones para evitar forzar el tobillo, y avanzaba con mucha lentitud. Cada cien metros se veía forzado a detenerse para recobrar el aliento.

Alcanzó por fin la parte superior de una cresta franqueada dos horas antes de una simple arremetida, y se detuvo atraído por un movimiento todavía bastante lejano. A sus pies, en la parte de abajo de la elevación, tres siluetas oscuras se deslizaban sobre esquíes siguiendo la línea de la vaguada.

Sin saber muy bien por qué, Jean se agachó. A vuelo de pájaro habría unos doscientos metros entre él y ellas, pues no se trataba si no de sus tres compañeras de hotel. A continuación, giró sobre sí mismo, siguiéndolas con la mirada. Las muchachas se deslizaban al otro lado de los abetos, y una pequeña elevación del terreno vino a ocultarlas un instante. No reaparecieron. Poco a

poco, Jean se dirigió hacia donde debían estar.

No se había preparado para la sorpresa que le esperaba cuando su prudente cabeza dominó por fin el lugar en que retozaban. Se agazapó todo lo que pudo en el burdo y frío alfombrado para evitar que le vieran. Leni, Luce y Laurence estaban desnudas sobre la nieve. Luce y Laurence rodeaban a su compañera y, de vez en cuando, se agachaban cogiendo a puñados el polvo congelado con el que friccionaban el cuerpo de Leni, orgullosa estatua de oro en mitad del desierto blanco. Jean sintió una especie de ardor recorriéndole las venas. Las tres jóvenes jugaban, danzaban, corrían ligeras como animales y, en ocasiones, se enlazaban en breves lides. Parecía como si tales ocupaciones las fuesen enervando progresivamente. De repente, Luce alcanzó a Laurence por detrás, la hizo tambalearse y caer cuan larga era. Leni se hincó de rodillas junto a Laurence, y Jean la vio recorrer rápidamente con los labios el cuerpo de la morena, que permanecía inmóvil. Extendida a su otro costado, Luce la lamía ahora a su vez. Al cabo de un instante, Jean no pudo distinguir más que un embrollo de cuerpos que sus alucinados ojos apenas si alcanzaban a descomponer. Jadeando, volvió la cabeza. Pero, incapaz de resistir, muy poco después volvió a contemplar ávidamente el espectáculo que se desarrollaba ante él.

¿Durante cuánto tiempo las estuvo mirando? Un pequeño copo de nieve que le cayó sobre la mano le hizo estremecerse. El cielo se había nublado de repente. Las tres muchachas separándose corrieron hacia donde tenían sus atavíos. Consciente de lo peligroso de su posición, Jean contuvo el aliento e intentó recular. Al hacer por mover la pierna accidentada, el dolor del tobillo fue tan intenso que, contra su voluntad, dejó escapar un gemido.

Como corzas alarmadas, Luce y Leni volvieron la cabeza en su dirección olfateando el aire. Sus desordenados cabellos y sus gestos armoniosos les daban el aspecto de bacantes. A grandes zancadas se acercaron hasta él. Jean se puso en pie gesticulando de dolor.

Al reconocerle, palidieron. Los oscuros labios de Leni se contrajeron dejando escapar una injuria. Jean intentó justificarse.

—Ha sido por casualidad —dijo—. No lo he buscado voluntariamente.

—Demasiadas casualidades ya —dijo Luce.

El brazo de Leni se bamboleó, y su pequeño puño vino a golpear a Jean en mitad de la boca. Un labio se le reventó, y por el mentón comenzó a correrle sangre caliente.

—Me he torcido el tobillo —dijo Jean— y los esquíes se me rompieron. Si alguna de ustedes quisiera prestarme uno, podría regresar al hotel sin más ayuda.

Luce había traído consigo un bastón de esquí con aparatosa empuñadura de cuero. Su mano se fue deslizado imperceptiblemente hasta el aro de aluminio. Balanceó la empuñadura en el aire y asestó un brutal golpe con todas sus fuerzas sobre la sien de Jean. Éste cayó de rodillas, machacado, y se desplomó en la

nieve. Llegó Laurence. Rápidamente, sin ponerse de acuerdo de antemano, entre las tres desnudaron el inerte cuerpo. Plantando en aspa los dos bastones del caído, lo ataron a ellos por las muñecas y después le enderezaron. El cuerpo quedó de rodillas con la cabeza caída hacia delante. Una gran gota roja había manado de la ventana izquierda de su nariz, viniendo a confundirse con la sangre del labio. Luce y Leni amontonaban ahora nieve a grandes puñados alrededor del cuerpo de Jean.

Cuando el muñeco de nieve quedó terminado, grandes copos caían apretados formando una tupida cortina. El rostro de Jean estaba disfrazado bajo un grueso apéndice nasal de nieve. Para mayor escarnio, Leni tocó la grotesca forma con un bonete de lana negra. En la boca le pusieron una boquilla de oro. Hecho lo cual y bajo el blanco turbión, las tres mujeres reemprendieron el camino hacia Vallyeuse.

(1951)

El peligro de los clásicos

El reloj electrónico de pared dio dos campanadas y me sobresalté, arrancándome con esfuerzo del torbellino de imágenes que se agolpaban en mi mente. Constaté además con cierta sorpresa que el corazón me empezaba a latir de manera un poco más rápida. Me sonrojé y cerré el libro apresuradamente. Se trataba de *Tú y yo*, un antiguo y polvoriento libracó de antes de las otras dos guerras, cuya lectura me había resistido a abordar hasta entonces porque conocía la audacia realista del tema. Sólo en ese momento me di cuenta de que mi turbación procedía tanto de la hora y del día en que estábamos, como del libro mismo. Era el viernes 27 de abril de 1982 y, como de costumbre, esperaba la llegada de la alumna Florence Lorre que hacía prácticas conmigo.

El descubrimiento me admiró más de lo que pueda decir. Me considero de mentalidad abierta, pero soy consciente de que no es al hombre a quien corresponde la iniciativa, y de que en toda ocasión debemos observar la reserva socialmente atribuida a nuestro sexo. Sin embargo, después de la extrañeza inicial, me puse a reflexionar y llegué hasta a encontrar excusas.

Es idea preconcebida imaginar a los científicos, y a las científicas en particular, con aspecto de autoridad y carentes de belleza. Las mujeres, sin duda alguna, y en mayor medida que los hombres, están dotadas para la investigación. Por otro lado, algunas profesiones en las que la apariencia externa tiene un papel selectivo, como la del actor, implican de por sí una relativamente elevada proporción de Venus. Sin embargo, si se profundiza la cuestión, podrá concluirse con bastante rapidez que una bella matemática no tiene por qué ser más difícil de encontrar que una actriz inteligente. Ciertamente hay muchas más matemáticas que actrices. Pero, en cualquier caso, la suerte me favoreció en el sorteo de asignación de internos y, a pesar de que aquel día ni el más mínimo pensamiento turbador se había deslizado en mi mente, reconocí al instante —y con toda objetividad— el innegable encanto de mi discípula. Encanto que justificaba mi desasosiego de aquel momento.

Puntual por añadidura, llegó como de costumbre a las dos y cinco.

—Estás insoportablemente elegante —le dije, un poco sorprendido por mi propia osadía.

En efecto, traía un ceñido conjunto de tejido verde pálido con reflejos marés, muy sencillo, sí, pero que seguramente procedía de una factoría de lujo.

—¿De verdad te gusta, Bob?

—Sí, me gusta mucho.

No soy de los que encuentran el color fuera de lugar, incluso en un atuendo femenino tan clásico como un conjunto de laboratorio. Es más, aun a riesgo de escandalizar, confieso que una mujer con falda es algo que no me ofende.

—A mí me encanta —respondió Florence con acento zumbón.

Debo de tener por lo menos diez años más que ella, pero Florence asegura que parecemos de la misma edad. De ello deriva el que nuestras relaciones difieran un poco de las que se consideran normales entre profesor y discípulo. Le gusta tratarme como a un simple compañero. Cosa que me resulta un tanto embarazosa. Podría, claro está, afeitarme la barba y cortarme el pelo para parecer uno de aquellos antiguos sabios de 1940. Pero ella afirma que eso me daría un aspecto afeminado y que en absoluto contribuiría a que le inspirase más respeto.

—¿Cómo va tu montaje? —me preguntó.

Hacía alusión a un problema electrónico harto espinoso confiado a mi cuidado por la Oficina Central y que acababa de resolver aquella misma mañana, de manera que me parecía bastante satisfactoria.

—Terminado —respondí.

—¡Bravo! ¿Y funciona?

—Mañana lo comprobaré —dije—. Las tardes de los viernes, como sabes, las consagro a tu instrucción.

Pareció asaltarle alguna duda, y bajó los ojos. Nada me altera tanto como una mujer tímida, de lo cual ella era muy consciente.

—Bob... Quiero preguntarte una cosa.

Me sentí muy incómodo. Verdaderamente una mujer debería evitar esos melindres tan encantadores en presencia de un hombre.

Por fin continuó:

—¿Puedes explicarme en qué estás trabajando?

Me llegó a mí el turno de dudar.

—Pero, Florence... se trata de trabajos ultraconfidenciales.

Apoyó la mano en mi brazo.

—Bob... Hasta el último de los hombres de la limpieza de este laboratorio sabe sobre esos secretos casi tanto como... como... como el mejor de los espías de Antares.

—Me... me extrañaría —dije muy preocupado.

Desde hacía semanas la radio nos venía fatigando con los obsesivos estribillos de *La gran duquesa de Antares*, la opereta planetaria de Francis López. A mí me produce náuseas esa musiquilla de baile de candil. Lo siento, pero no me gustan más que los clásicos: Schoenberg, Duke Ellington o Vincent Scotto.

—¡Bob! Por favor, dímelo. Quiero saber lo que estás haciendo...

Otra pausa.

—Venga... ¿Qué te pasa, Florence? —dije por fin.

—Bob... te quiero mucho. Por eso tienes que decirme en qué estás trabajando. Deseo ayudarte.

Así fue. Durante años leemos en las novelas la descripción de las emociones que se experimentan al escuchar la primera declaración. Y por fin, me sucedía. A mí. Era mucho más turbador, más delicioso, que cuanto hubiera podido imaginar. Miré a Florence, contemplé sus ojos claros y sus pelirrojos cabellos cortados a cepillo, a la moda del año 82. Creo positivamente que hubiera podido tomarme en sus brazos sin que me resistiera. Yo que me había reído tantas veces al escuchar historias de amor... Mi corazón capitulaba y sentía que me temblaban las manos. Tragué saliva con esfuerzo.

—Florence... a un hombre no le está permitido dejarse decir cosas como ésa. Hablemos de otro tema, por favor se lo pido.

Se acercó a mí, y antes de que pudiera hacer nada, me rodeó con los brazos y me besó. Sentí que el suelo se hundía bajo mis pies y, sin saber cómo, me encontré sentado en una silla. Experimentaba en aquel instante una sensación de embeleso tan inexplicable como imprevista. Me avergoncé de mi propia perversidad, y constaté con creciente estupor que Florence acababa de sentarse en mis rodillas. La lengua se me destrabó de golpe.

—Es indecente, Florence. Levántate. Si entra alguien... quedaré deshonorado. Levántate, por favor.

—¿Me hablarás de tus experimentos?

—Yo... eee...

Era preciso ceder.

—Todo. Te lo contaré todo. Pero hazme el favor de levantarte.

—Estaba segura de que serías amable —dijo poniéndose de pie.

—En cualquier caso —repliqué— has abusado de la situación. Reconócelo. La voz me temblaba. Florence me dio afectuosos golpecitos en el hombro.

—Venga, querido Bob. Sé más moderno.

Me apresuré a internarme en el terreno de la técnica.

—¿Te acuerdas de los primeros cerebros electrónicos? —le pregunté.

—¿Los de 1950?

—Un poco antes —precisé—. Se trataba de máquinas de calcular, bastante ingeniosas por otra parte. Recordarás que muy pronto empezó a dotárselas de válvulas especiales que les permitían almacenar conocimientos utilizables. Las válvulas de memoria ¿recuerdas?

—En la escuela primaria enseñan eso —dijo Florence.

—Recordarás que ese tipo de aparatos se perfeccionó más o menos hacia 1964, cuando Rossler descubrió que, convenientemente instalado en un baño nutritivo y bajo determinadas condiciones, un cerebro humano real podía realizar las mismas funciones ocupando un volumen mucho menor...

—Sí, y también sé que ese procedimiento resultó a su vez sustituido, en el

68, por el ultrainterruptor de Brenn y Renaud —dijo Florence.

—De acuerdo —respondí—. Poco a poco se fueron conjugando esas diversas máquinas con todo tipo de ejecutores posibles, «ejecutores» ellos mismos derivados de los mil y un instrumentos elaborados por el hombre a lo largo de todas las épocas, con intención de llegar a la categoría de los aparatos llamados robots. Una característica ha permanecido como definitoria de este último tipo de máquinas. ¿Puedes decirme cuál?

El profesor volvía a imponerse en mí.

—Tienes unos ojos muy bonitos —contestó Florence—. Son amarillo verdosos con una especie de destello sobre el iris...

Me arredré.

—¡Florence! ¿Me estabas escuchando?

—Te escuchaba, claro que sí. La característica común a todas esas máquinas estriba en que no operan sino sobre datos suministrados por los usuarios a sus operadores internos. Una máquina a la cual no se le plantea un problema determinado es incapaz de iniciativa.

—¿Y por qué no se ha intentado dotarlas de conciencia y de razonamiento? Pues porque se ha constatado que bastaba proveerlas de determinadas funciones reflejas elementales, para que adquiriesen peores manías que las de los antiguos sabios. Por ejemplo, cómprese en un bazar una pequeña tortuga electrónica de juguete, y podrán conocerse las peculiaridades de las primeras máquinas electroreflejas: irritables, caprichosas... dotadas, en suma, de carácter. Se perdió, pues, bastante pronto todo interés en esa especie de autómatas únicamente creados para disponer de una sencilla ilustración práctica de determinadas funciones mentales, pero de demasiado problemático aprovechamiento.

—Querido y viejo Bob —dijo Florence—. Adoro oírte hablar. Eres un pesado ¿sabes? Todo eso me lo sé desde undécimo.

—Y tú... tú eres insoportable —dije a mi vez poniéndome serio.

No dejaba de mirarme. Sin duda alguna estaba riéndose de mí. Vergüenza me da reconocerlo, pero sentía muchos deseos de que volviera a besarme. Para ocultar mi confusión, seguí hablando sin respiro.

—Cada vez con más afán, se viene procurando últimamente dotar a dichas máquinas de circuitos reflejos útiles capaces de actuar sobre los más diversos ejecutores. Pero todavía no se había intentado suministrar a ninguna de ellas una cultura general. Para decir la verdad ni siquiera se había considerado necesario. Ahora bien, se da la circunstancia de que el montaje que me ha encomendado la Oficina Central debe permitir a la máquina retener en su órgano de memoria un número de conceptos extremadamente elevado. De hecho, el modelo que puedes ver aquí está destinado a adquirir el conjunto de conocimientos del gran manual enciclopédico Larousse de 1978, en dieciséis volúmenes. Se trata de un modelo casi puramente intelectual, aunque posee sencillos ejecutores que le permiten desplazarse por sus propios medios, así

como coger objetos para identificarlos y explicarlos llegado el caso.

—¿Y en qué se lo empleará?

—Es una máquina-funcionario, Florence. Debe servir de consejero protocolario al embajador de Flor-Fina que se instalará el mes que viene en París, tras la clausura de la Convención de México. A cada solicitud de información de su parte, le suministrará la respuesta que se puede esperar de una persona con muy vasta cultura francesa. En cualquier circunstancia le indicará la postura a adoptar, le explicará de qué se trata en cada caso y, asimismo, cómo es preciso comportarse. Tanto si se trata de la ceremonia de bautismo de un polimegatrón, como de una cena en la residencia del emperador de Eurasia. Desde que el francés se adoptó por decreto mundial como lengua diplomática de lujo, todo el mundo quiere estar en condiciones de poder hacer ostentación de una cultura francesa completa. Y mi máquina será particularmente apreciable para un embajador, que apenas si dispone de tiempo para instruirse.

—¡Qué bien! —dijo Florence—. ¿Así que vas a hacer tragar a esta pobre maquinita los dieciséis tomos del Larousse? ¡Eres un torturador inmisericorde!

—¡No hay más remedio! —repondí—. Es necesario que lo digiera todo. Si se le inculca una cultura fragmentaria, tendría todas las posibilidades de adquirir un carácter semejante al de las antiguas e imprecisas máquinas insuficientemente dotadas de sentido. Solamente tendrá posibilidades de desarrollar un comportamiento equilibrado si lo sabe *todo*. Únicamente si se da esa condición, podrá funcionar siempre de manera objetiva e imparcial.

—¡Pero es imposible que lo sepa *todo*! —dijo Florence.

—¡Bueno! —accedí—. Bastará con que sepa *de todo* en una proporción equilibrada. El Larousse supone una aceptable aproximación a la objetividad. Es un ejemplo satisfactorio de una obra escrita sin apasionamiento. Según mis cálculos, partiendo de él podemos llegar a una máquina perfectamente culta, razonable y bien educada.

—Me parece maravilloso —dijo Florence.

Tenía todo el aspecto de estar burlándose de mí. Evidentemente, algunos de mis colegas han resuelto problemas mucho más complicados, pero, en cualquier caso, estaba yo convencido de haber realizado una elogiada extrapolación de determinados sistemas bastante imperfectos, y de que merecía algo más que aquel trivial «me parece maravilloso». Decididamente, las mujeres no se paran a pensar hasta qué punto nuestras ingratas y domésticas tareas resultan enfadosas.

—¿Puedes explicarme cómo funciona? —me preguntó.

—¡Oh! Se trata de un sistema ordinario —dije con cierta tristeza—. De un vulgar lectoscopio. Basta meter el volumen por el tubo de entrada. El aparato se ocupa de leerlo y de memorizar su contenido. Como ves, no tiene nada de particular. Una vez terminada la instrucción, se procederá, naturalmente, a desmontar el lectoscopio.

—¡Hazla funcionar, Bob! ¡Te lo ruego!

—Me gustaría mucho complacerte —dije—, pero no tengo los Larousse. No los recibiré hasta mañana por la tarde. Y no puedo hacerle aprender ninguna otra cosa, pues la desequilibraría.

Me acerqué a la máquina y la conecté a la red. Las lámparas de control se encendieron formando una discontinua sucesión de puntos luminosos rojos, verdes y azules. Un dulce ronroneo surgía del circuito de alimentación. A pesar de todo, me sentía bastante satisfecho de mí mismo.

—Se mete el libro por aquí —dije—. Se sube después esta palanquita, y ya está... ¡Pero Florence, por Dios! ¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Oh...!

Intenté desconectar la máquina de la red, pero Florence me lo impidió.

—No se trata más que de una prueba, Bob. Lo borraremos después...

—¡Eres imposible, amiga mía! ¿No sabes que no se puede borrar?

Había introducido mi ejemplar de *Tú y yo* en el correspondiente tubo y levantado la palanquita. En aquel momento oíamos la apretada trepidación del lectoscopio a medida que ante él desfilaban las páginas. En quince segundos la cosa estaba hecha. El libro volvió a salir, asimilado, digerido e intacto.

Florence observaba con interés. De repente, se sobresaltó. Dulce, tiernamente casi, el altavoz comenzó a cantaletear:

Necesito expresar, explicar, traducir.

No se siente del todo más que lo que se sabe decir...

—¡Pero, Bob! ¿Qué es lo que pasa?

—¡Santo Dios! —dije exasperado—. Eso es todo lo que sabe... Va a recitar a Géraldy sin descanso a partir de ahora.

—Oye, ¿pero por qué habla sola?

—¡A todos los enamorados les gusta hablar solos!

—¿Y si le pregunto alguna cosa?

—¡Ah, no! ¡Eso no! —dije—. Déjala en paz. Ya la has desquiciado bastante.

—¡Mira que eres gruñón, eh!

La máquina ronroneaba con un ritmo arrullador, muy dulce. De repente hizo un ruido como para aclararse la voz.

—Dime máquina ¿cómo te sientes? —le preguntó Florence.

Esta vez fue una apasionada declaración lo que brotó del aparato.

¡Ah! ¡Te amo! ¡Te amo!

¿Me oyes? ¡Estoy loco por ti...!

¡Estoy loco...!

—¡Oh! —dijo Florence—. ¡Qué desvergüenza!

—Así era en aquellos tiempos —dije—. Los hombres se declaraban a las mujeres, y te aseguro, mi pequeña Florence, que no les faltaba audacia...

—¡Florence! —dijo la máquina con tono pensativo—. ¡Se llama Florence!

—¡Pero eso no es de Géraldy! —protestó Florence.

—¿Entonces es que no has comprendido ni un ápice de mis explicaciones? —observé un tanto vejado—. Lo que he construido no es un simple aparato reproductor de sonidos. Como te he dicho, en su interior hay un montón de circuitos reflejos nuevos, así como una completa memoria fonética que le permite tanto utilizar la información que almacena, como crear respuestas adecuadas... Lo difícil era conseguir que conservara su equilibrio, y tú te lo acabas de cargar atiborrándola de pasión. Es como si le hubieras dado un bistec a un niño de dos años. Esta máquina *es* todavía un niño... y acabas de hacerla comer carne de oso...

—Soy lo suficientemente mayor como para entendérmelas con Florence —observó la máquina con tono decidido.

—¡Pero también entiende! —dijo Florence.

—¡Pues claro que entiende!

Cada vez me sentía más irritado.

—O sea que entiende, ve, habla...

—¡Y también ando! —dijo la máquina—. En cuanto a besar, sé muy bien de qué se trata, pero todavía desconozco con quién voy a hacerlo —continuó con tono pensativo.

—No te vas a besar con nadie —intervine—. Voy a desconectarte, y mañana volveré a ponerte a cero cambiándote las válvulas.

—Tú... —contestó la máquina—. Tú no me interesas para nada, horroroso barbudo. Y ya puedes irte olvidando de tocarme el contacto.

—Tiene una barba muy bonita —dijo Florence—. No seas mal educado.

—Tal vez... —dijo la máquina con una risotada lúbrica que me erizó el cabello sobre la cabeza—. Pero de lo que más entiendo es de cuestiones de amor... Acércate a mí, mi querida Florence.

Pues las cosas que tengo que decirte cada día,
son de ésas, ¿me entiendes?, que no pueden decirse
sin voz y sin miradas, sin gestos y sonrisas...

—¡Eso! Intenta sonreír un poco —me mofé yo.

—¡Cómo no! ¡Sé reírme! —dijo la máquina.

Y repitió su obscena risotada.

—En cualquier caso —proseguí furioso—, podías dejar de repetir palabras de Géraldy como si fueras un lorito...

—No repito nada en absoluto como un loro —contestó la máquina—. La prueba está en que puedo llamarte necio, borrego, alma de cántaro, estúpido, tonto, alcorcho, desecho, marmota, pedazo de carne con huesos, chiflado...

—¡Ah! ¡Basta ya! —protesté.

—Mas si a veces plagio a Géraldy —continuó la máquina— es porque no se

puede hablar mejor del amor, y también porque me gusta. Cuando seas capaz de decir a las mujeres cosas como las que les decía aquel tipo, me lo comunicas. Y por lo demás, déjame en paz de una vez. Le estaba hablando a Florence, no a ti.

—Sé más amable —le dijo Florence a la máquina—. Me gusta la gente cariñosa.

—Di mejor *cariñoso*, en masculino —le pidió el aparato—. Me siento macho. Además, calla y escucha:

Déjame desabrocharte tu corpiño.
 Las cosas que quieres decirme, mi pequeña,
 de antemano las sé. Venga, ven.
 Desnúdate y ven, mi vida.
 La manera más sensata
 de explicarse sin engañarse,
 es estrecharse cuerpo contra cuerpo.
 No más reparos. Quítate lo que pueda quitarse.
 Nuestra carne sabrá ponerse de acuerdo.

—¡Ah, cállate! —protesté escandalizado.

—¡Bob! —exclamó Florence—. ¿Conque era eso lo que estabas leyendo?
 ¡Oh...!

—Voy a desconectarla de una vez —dije—. No puedo soportar oír la hablarte así. Hay cosas que pueden leerse, pero no decirse.

La máquina callaba. Pero, poco después, una especie de gruñido surgía de su garganta.

—¡No te atrevas a tocarme el contacto!

Sin hacer caso, me acerqué a ella. En vez de decir una palabra más, prefirió abalanzarse sobre mí. Aunque me eché a un lado en el último momento, no pude evitar que con su bastidor de acero me golpeará violentamente en el hombro. A continuación, su innoble voz prosiguió:

—Conque estás enamorado de Florence ¿eh?

Me había refugiado detrás del escritorio de acero, y me frotaba el hombro.

—Lárgate, Florence —dije—. Sal de esta habitación. No te quedes aquí.

—¡No quiero dejarte solo, Bob...! Puede hacerte daño.

—Tranquila, tranquila —repetí—. Sal de una vez.

—¡Saldrá si la dejas que lo haga! —dijo la máquina.

—Lárgate, Florence —insistí—. Te he dicho que te largues.

—Tengo miedo, Bob —dijo Florence.

Y de dos zancadas se reunió conmigo detrás del escritorio.

—Quiero quedarme contigo.

—Ningún daño te haré a ti —dijo la máquina—. Es el barbudo quien me las va a pagar. ¡Ah... estás celoso! ¡Y quieres desconectarme...!

—¡No quiero saber nada contigo! —le espetó Florence—. ¡Me das asco!

La máquina retrocedió lentamente, tomando carrerilla. De repente, cargó sobre mí con toda la fuerza de sus motores. Florence gritó:

—¡Bob! ¡Bob! ¡Tengo miedo...!

La estreché contra mí al mismo tiempo que me sentaba prestamente sobre el escritorio. La máquina dio de lleno contra éste, y lo empujó hasta la pared, con la cual chocó con una fuerza irresistible. La habitación tembló, y un pedazo de cascote se desprendió del techo, si nos hubiéramos quedado entre la pared y el escritorio, nos hubiese cortado por la mitad.

—Suerte que no la haya provisto de ejecutores de más alcance —murmuré—. Quédate aquí.

Dejé sentada a Florence sobre el escritorio. Por muy poco, quedaba fuera del alcance de la máquina. Yo eché pie a tierra.

—¿Qué vas a hacer, Bob?

—No hay ninguna necesidad de decirlo en voz alta... —respondí.

—Lo sé —comentó la máquina—. De nuevo vas a intentar desconectarme.

Al verla recular, esperé.

—Conque te acobardas ¿eh? —ironicé.

La máquina emitió un gruñido furioso.

—¿Eso crees? ¡Ahora verás!

Volvió a precipitarse sobre el escritorio. Es lo que yo estaba esperando. En el momento en que lo alcanzó y comenzó a intentar espachurrarlo para llegar hasta mí, me lancé sobre ella de un salto. Con la mano izquierda me agarré a los cables de alimentación que le salían por la parte superior, mientras que con la otra me esforzaba por alcanzar la palanquita de contacto. Al instante recibí un violento golpe sobre el cráneo. Volvió contra mí la barra del lectoscopio y se disponía a volver a golpearme. Aún gimiendo de dolor, alcancé a torcerle brutalmente la palanca. La máquina gritó. Pero antes de que tuviera tiempo de reforzar mi presa, comenzó a sacudirse como un caballo encabritado y salí despedido como un proyectil. Me estrellé contra el suelo. Sentí un violento dolor en una de las piernas y vi, entre penumbras, que la máquina reculaba disponiéndose a acabar conmigo. Luego fue la completa oscuridad.

Cuando volví en mí, estaba tumbado, con los ojos cerrados y la cabeza sobre las rodillas de Florence. Experimentaba todo un conjunto de complejas sensaciones. La pierna me dolía, pero algo muy dulce se apretaba contra mis labios haciéndome sentir una emoción fuera de lo común. Abrí los ojos y pude ver los de Florence a dos centímetros escasos de los míos. Me estaba besando. Me volví a desvanecer. Pero en esta ocasión ella me sopapeó, y recobré el conocimiento acto seguido.

—Me has salvado la vida, Florence...

—Bob... —me respondió—. ¿Quieres casarte conmigo?

—No era a mí a quien correspondía proponértelo, querida Florence —contesté sonrojándome—. Pero acepto con alegría.

—Conseguí desconectarla a tiempo —prosiguió ella—. Ahora no hay aquí

ningún testigo. Y ahora..., no me atrevo a pedírtelo, Bob... Quieres...

Había perdido el aplomo. La lámpara del techo del laboratorio me hacía daño en los ojos.

—Florence, ángel mío, háblame...

—Bob... recítame a Géraldy...

Sentí que la sangre comenzaba a circularme más de prisa. Cogí su bonita y rasurada cabeza entre mis manos y busqué sus labios con audacia.

—*Baja un poco la pantalla...* —murmuré.

(1950)